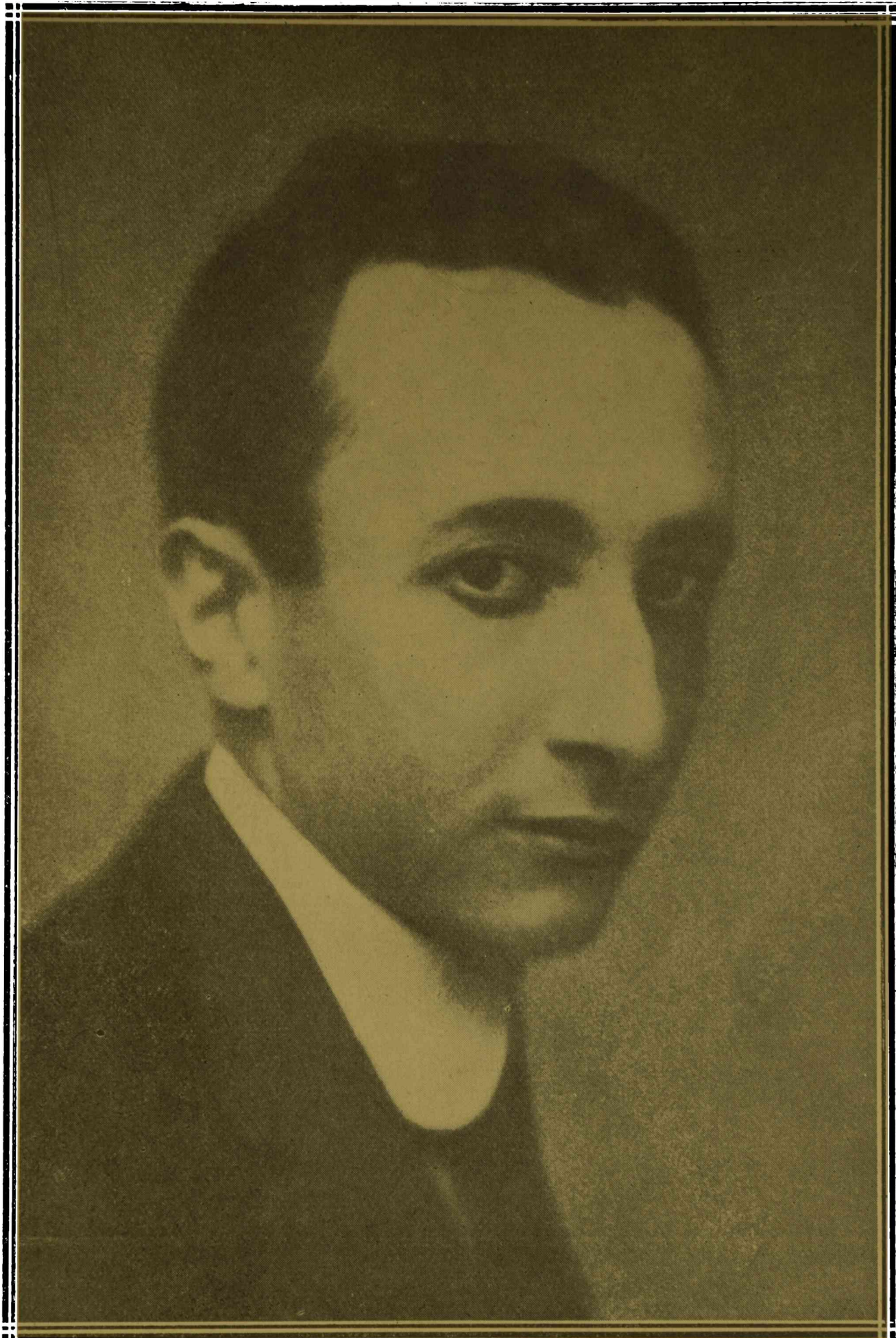


OBRAS DE HECTOR RIPA ALBERDI

1

P R O S A

**EDICION DE HOMENAJE
PUBLICADA POR EL GRUPO DE ESTUDIANTES RENOVACION
LA PLATA - MCMXXV**



Hiram Signatler

Héctor Ripa Alberdi nació en Juárez, provincia de Buenos Aires, el 26 de Enero de 1897. Residente en La Plata desde 1909, fué alumno de su Universidad Nacional, y en su colegio recibió el título de bachiller en 1916. Tomó parte activa en el movimiento de reforma universitaria (1918-1920) y en 1921 fué presidente de la delegación argentina al Congreso Internacional de Estudiantes que se reunió en México. En 1922 se le nombró jefe del seminario de letras en la Universidad de La Plata, puesto que desempeñó hasta su muerte, excepto durante tres meses en que tuvo a su cargo interinamente, en Paraná, las cátedras de composición y estilo y de literatura castellana en la Universidad del Litoral. Publicó dos libros de versos, «Soledad» (Buenos Aires, 1920) y «El Reposo Musical» (La Plata, 1923), y el estudio sobre «Sor Juana Inés de la Cruz,» sobretiro de la revista «Humanidades» de La Plata (1923) Murió en La Plata el 13 de Octubre de 1923

HECTOR RIPA ALBERDI

CONOCI A HECTOR RIPA ALBERDI EN MEXICO, EN Septiembre de 1921, y fué para mí la revelación íntima de la Argentina. Conocía yo hasta entonces, junto a la Argentina de la fama internacional, la que revelan sus escritores; siempre observé cómo el ímpetu y el brillo que dan carácter al país en nuestra época, y que por lo común se atribuyen a su reciente desarrollo, existían desde antaño: los encontraba en Echeverría, en Mármol, en Sarmiento, en Andrade. Pero la literatura argentina, con sus solos cien años, no revela toda la vida nacional: si es posible, digamos, conocer a través de los escritores el carácter del pueblo inglés, o del francés, en todos sus aspectos, ningún pueblo de América ha llegado en sus creaciones literarias a semejante *corografía*. Hay, pues, una gran parte de la vida nuestra, sobre todo de la diaria y familiar, que el simple lector, aun el lector asiduo, no puede conocer con certidumbre; y más si se piensa que, bajo muchas aparentes semejanzas, y entre muchas semejanzas profundas, existe curiosa variedad de matices espirituales entre los pueblos de América española. Ripa Alberdi, con sus compañeros de 1921, — Orfila, Dreyzin, Vrillaud, Bomchil, — descubrió a mis ojos el espí-

ritu de su tierra con todos los rasgos de fuerza cordial y delicadeza que yo deseaba. Si así es la Argentina, pensé, ya podemos confiar en que nuestra América llegue a merecer que no se le apliquen las palabras de Hostos, repetidas humorísticamente en la conversación por Antonio Caso: Hombres a medias, civilizaciones a medias. . .

Desde antes de conocerlo familiarmente, Héctor me descubrió aspectos de la Argentina nuevos entonces para mí. Se presentó en México hablando al público en el Anfiteatro de la Escuela Preparatoria: allí donde, en 1912, se realizó el extraño y conmovedor funeral de Justo Sierra, al cual llama Vasconcelos con acierto raro el acto culminante en la vida espiritual del país; allí donde, en 1922, surgió la pintura mural de Diego Rivera, abriendo la más reñida batalla de arte que aquí se haya visto: todavía dura. La casualidad me había llevado allí, al primer Congreso Internacional de Estudiantes, en que cobraba realidad la peregrina idea del agudo autor de *Miniaturas mexicanas*, mi leal amigo Daniel Cosío Villegas: los estudiantes de mi patria, a falta de uno de ellos que emprendiera el viaje hasta aquí, decidieron atribuirme su representación para que no faltara quien recordase la suerte injusta de Santo Domingo, y en particular la suerte de sus escuelas, cerradas muchas de ellas por venganza mezquina del invasor contra la protesta popular ante exigencias de Wall Street. Al inaugurarse el Congreso, el 20 de Septiembre de 1921, despertaba interés la numerosa delegación argentina: sabíamos que traía la representación del movimiento que había renovado las Universidades de su país. Comenzó a hablar Ripa Alberdi, y a los pocos instantes advertíamos cuántos velos iba descorriendo.

Si habíamos de juzgar por él, la juventud argentina había abandonado la jerga pedantesca que estuvo de moda veinte años atrás y se expresaba en español diáfano; había abandonado el positivismo e invocaba a Platón. Los que diez años antes, en el Ateneo de México, nos nutríamos con la palabra del maestro de Atenas, sentíamos ahora que nos unía con la nueva Argentina el culto de Grecia, raro en los países de lengua española.

Cosa mejor aún: la juventud de aquel país grande y próspe-

ro, país de empresa y de empuje, se orientaba con generosidad y desinterés hacia el estudio de los problemas sociales, y le preocupaban, no el éxito ni la riqueza, aunque se pretendiera asignarles carácter nacional, sino la justicia y el bien de todos. Cabía, pues, pensar que nuestra América es capaz de conservar y perfeccionar el culto de las cosas del espíritu sin que la ofusquen sus propias conquistas en el orden de las cosas materiales. Rodó no había predicado en desierto.

En singular fortuna, la labor de toda la delegación argentina no hizo sino confirmar la impresión que dejó el discurso inicial de Ripa Alberdi. Mexicanos y argentinos dominaron el congreso con sus entusiasmos por la regeneración social e impusieron las generosas *Resoluciones* adoptadas al fin y publicadas como fruto de aquellas asambleas. Durante la estrecha y activa colaboración que allí establecimos se crearon amistades definitivas. Al terminar las juntas, en muchos de nosotros surgió el deseo de que aquella delegación argentina, toda comprensión y entusiasmo, no se llevara de México como único equipaje las discusiones del congreso estudiantil y las fiestas del Centenario; queríamos que conocieran el país, siquiera en parte: los restos de su formidable pasado y los esfuerzos de su inquieto presente. Lo logramos: por mi parte, ofrecí mi casa, de soltero entonces, a Ripa y a Vrillaud. Comenzó una serie de excursiones a exhumadas poblaciones indígenas, a ciudades coloniales, a lugares históricos, a sitios pintorescos. Coincidieron más de una vez los jóvenes argentinos con otro huésped carísimo de México, don Ramón del Valle-Inclán; ninguno olvidará aquel delicioso viaje desde la capital hasta el Océano Pacífico, con estaciones en la venerable y trágica Querétaro, la alegre y florida Guadalajara, la rústica Colima.

Aprendí a conocer entonces la inteligencia clara y fina de Héctor, su capacidad de estudiar y perfeccionarse, su carácter firme y discreto; y de nuestras pláticas surgió el plan de escribir en colaboración una breve historia de la literatura en la América española. Anudamos correspondencia. Al año siguiente volví a verlo en su patria, donde pudimos conocer toda la propaganda cordial que había hecho, con sus amigos, de las cosas mexicanas. Cuando

esperaba que nos reuniéramos definitivamente en la Argentina, me llegó la noticia de su muerte... Días después, me tocó decir breves palabras en el acto que a su memoria dedicó la Secretaría de Educación Pública de México, precisamente en el histórico Anfiteatro donde lo habíamos conocido.

2

CUANDO LA MUERTE CORTA BRUSCAMENTE UNA vida que comenzaba a florecer en abundancia, como la de Héctor Ripa Alberdi, los amigos inconformes con el golpe inesperado se reúnen a pensar cómo perpetuarán la memoria del que se fué a destiempo. En el caso de Héctor, lo natural es juntar y reimprimir su obra.

La duda nos asalta luego: ¿vamos a dar, con estos esbozos, idea justa del desaparecido? Héctor fué como árbol en flor: los frutos estaban sólo en promesa: ¿pueden, quienes no lo conocieron, sorprender el aroma de la flor ya seca?

Más que en la obra escrita, Héctor vivió intensamente en la lucha por la cultura y en los estímulos de la amistad. De las excepcionales virtudes del amigo, — viril, leal, discreto, *animador*, — da clarísima idea Arturo Marasso en su artículo *Mis recuerdos de Héctor Ripa Alberdi*: página en que se cuenta la noble historia de una amistad con todo el desorden y la fuerza ardorosa de una pluma cargada de emoción. Del combatiente universitario, que tanto trabajó para imponer la orientación renovadora, muchos darán testimonio. El estudiante insurrecto de 1918 había llegado a la cátedra desde 1922; pero no para transigir con ninguna forma de reacción, cuyo germen se esconde tantas veces en espíritus que temporal o parcialmente adoptan direcciones avanzadas, sino para combatir contra ella. En los espíritus de temple puro, ni la edad, ni el poder, ni la riqueza, ni los honores crean el temor a las ideas libres: antes reafirman la fe en los conceptos

radicales de la verdad y el bien. Ni a Sócrates ni a Tolstoi los hizo la edad conservadores ni renegados. ¿No sería digno homenaje, si hubiere medios para realizarlo, que los compañeros de Ripa Alberdi en 1918 fundaran una cátedra que llevase su nombre en la Universidad de La Plata?

3

NO SABRAN TODO LO QUE FUE HECTOR RIPA ALBERDI quienes no lo conocieron y sólo lean su obra escrita; pero no exageremos el temor: conocerán, si no la amplitud, la calidad de su espíritu. Era su espíritu serenidad y fuerza. En sus versos, deliberadamente, sólo quiso poner serenidad: en ellos se lee su alma límpida, su pensamiento claro, su carácter firme y tranquilo. Aspiró a ser, desde temprano, poeta de la soledad y del reposo: unirse a los maestros cantores, como Arrieta, como González Martínez, que predicán evangelio de serenidad en nuestra América intranquila y discordante, como el griego que, en perpetua agitación y querrela pública, erigía la *sophrosyne* en ideal de vida. La naturaleza se trocaba a sus ojos en símbolos de dulzura y luz: las imágenes del campo, de su campo natal, fresco, húmedo, luminoso, rumoroso, son las que llenan sus versos. Con ellas puebla la celosa soledad de su aposento; entre ellas coloca la figura de la mujer amada o esperada. A veces, su voz se alza, va en busca de almas distantes, puras como la suya. O las almas que busca viven en el pasado, en la Grecia que lo deslumbraba, en la España de los místicos. Sólo por instantes turban aquella paz presentimientos extraños: los de la muerte prematura...

Así lo revelaba su primer libro, *Soledad* (1920). Al leer el segundo, *El reposo musical* (1923), en que persistían aquellas notas, pensé que ya era tiempo de que soltara en sus versos la fuerza que en él vivía, y así se lo dije. No hubo tiempo para su respuesta...

Ocasión hubo, sin embargo, en que salió de su retiro para

cantar, arrastrado por sus compañeros, la canción estrepitosa de la multitud juvenil. Y nunca compuso mejor canción. En el meditabundo poeta del reposo musical se escondía el maestro de los nobles coros populares (1).

4

AQUEL ESPIRITU TRANQUILO ERA ESPIRITU

fuerte: por eso unía, a la honda paz de su vida interior, la franca entereza de su vida pública. Creo que lo mejor de su obra queda en sus discursos, porque ellos representan una parte de aquella vida de acción. El hombre de estudio iba revelándose en las breves páginas de crítica. En ellas expresaba siempre su desdén de la moda, su devoción a las normas eternas. Sus asuntos eran cosas de América... En sus últimos meses había escrito su primer ensayo de aliento, sobre *Sor Juana Inés de la Cruz*. Sus artículos en el primer número de la hermosa revista que acababa de fundar con sus amigos poco antes de morir indican toda la soltura y la vivacidad intencionada que iba adquiriendo su pluma: hasta esgrimía, — con buen humor, sin encono, — las armas de la sátira. Pero sus discursos y sus artículos sobre cuestiones universitarias nos dicen mejor que ningún otro esfuerzo de su pluma cuál era el ideal que lo guiaba y lo preocupaba: comenzó pensando en la renovación de las universidades argentinas; de ahí pasó al ansia de cultura nacional, modeladora de una patria superior. Estos anhelos se enlazaron con otros: por una parte, la cultura nacional no podía convertirse en realidad plena si no se pensaba en la suerte del pueblo *sumergido*, del hombre explotado por el hombre, para quien la democracia ha sido redención sobrado incompleta; por otra parte, el espíritu argentino no vive aislado en el Nuevo Mundo: la frater-

(1) Tanto más me interesaron aquellos cantares para fiestas de estudiantes cuanto que, dado como soy a rastrear la poca metafísica que hay en la poesía castellana (Fray Luis... Espronceda... Jiménez), descubro allí este verso:

La realidad existe porque el alma la crea...

nidad, la unión moral de nuestra América, la fe en la “magna patria”, son imperativos necesarios de cada desenvolvimiento nacional.

Poseída de esas verdades, inflamada por esos entusiasmos, la palabra de Ripa Alberdi cobraba alta elocuencia. “En el seno de estas inquietudes — decía refiriéndose a la revolución universitaria — está germinando la Argentina del porvenir”. Y en otra ocasión afirmaba: “En el alma de la nueva generación argentina ha comenzado a dilatarse la simpatía hacia las naciones hermanas”, llamando a este hecho “especie de expansión de la nacionalidad”. Llega a ofrecer a México sangre argentina para la defensa del territorio... Y en Lima, con noble indiscreción, afrontando con serena valentía la hostilidad de gran parte de su auditorio, predica el sacrificio de los rencores estériles en aras de la América futura, que verá “la emancipación del brazo y de la inteligencia”.

En verdad, lo que de la obra de Héctor Ripa Alberdi nunca deberemos echar en olvido es este manojito de páginas del luchador universitario que se exaltó hasta convertirse en soldado de la magna patria.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.

México, 1924.

D I S C U R S O S

EL COLEGIO NOVECENTISTA

LA ACTITUD "NOVECENTISTA", CREEN LOS EQUIVOCADOS, es una manifestación de odio hacia aquellos hombres que, por no dar unos pasos más, se quedaron en el siglo XIX. Muy lejos está de nosotros ese sentimiento negativo, que siempre ha de arrojar sombras sobre la más potente claridad espiritual. Sabemos perfectamente que en nuestro país grandes hombres de ciencias y de letras nos contemplan desde un campo diverso. No por eso hemos de ir contra ellos en la actitud rebelde y bullanguera que tan sólo denota la inconciencia. No. Que, como lo expresara el galano decir del marqués de Santillana: "Ciertamente bien merece—Preeminencia—Quien de doctrina e prudencia—Se guarnece". Mucho respeto guardaremos, pues, a esos hombres que no piensan como nosotros. Y aún más, su vida laboriosa nos servirá de norma para labrar la nuestra: que la tolerancia es gran virtud, hija del amor que nos enseña a comprender.

Pudiera suceder que al adoptar esta actitud nos equivocáramos; ello no importa, habremos tenido la virtud de errar, pues el nunca errar es condición propia del que nada hace. Y por lo tanto, si el camino andado no fuera el verdadero, no por ello todo habría

sido vano en la empresa, puesto que siempre encierra alguna virtud el paso que en su actitud resuelta va proclamando la nobleza del gesto.

DICE LESSING QUE EL AMOR NO SE CANSO NUNCA de guiar la mano de los grandes artistas de la antigüedad.

Y ese sentimiento puro que puso un soplo cálido en la sabiduría del griego, al hacer florecer la forma en el bloque de mármol pentélico, será, en su concepción suprema, el fanal de nuestra ruta. Y así como llevó a la punta del cincel antiguo un inefable temblor de emoción bella, también ha de traer la misma inquietud misteriosa, cuando nuestra frente se incline a labrar el pensamiento, síntesis excelsa de la meditación tranquila. Amor a la armonía serena, amor a la belleza pura y a la concepción filosófica: todo, bajo la diáfana claridad de una orientación idealista. Y entre esa matinal ondulación de luz hemos de hacer vibrar la campana que anuncie a los espíritus la hora del despertar glorioso.

Nuestros jóvenes universitarios viven reclusos en el estrecho marco mental que les trazan los programas de estudios. Indiferentes a toda especulación desinteresada, pasan por los claustros universitarios, repitiendo lo que sus anteriores repitieron y que los venideros repetirán, porque no sienten ese calor íntimo que alienta las grandes aspiraciones, y porque, desgraciadamente, son pocos los profesores que tienen la mano de nieve esperada por el arpa de Bécquer.

Los problemas filosóficos, los problemas estéticos, no hallan la inquietud juvenil que les dé asilo y los cultive noblemente. Y esto que en la ciudad universitaria — holgada le va la antonomasia — parece risueña paradoja o apreciación desmedida, no es sino el concepto cabal de una simple realidad.

Aún carga sobre nuestras espaldas el prosaísmo del pasado siglo, que, al decir de un escritor contemporáneo, se inclinó con exceso a ver la comedia sobre la tierra. Nada debe sorprendernos, pues, si la carcajada aún no se ha extinguido, y si por lo tanto, los hombres están todavía ocupados en sostener el vientre con ambas manos.

Es menester que refrescados vientos oreen las frentes y lleven nuevas fragancias a los espíritus, para que, al roce inefable de sus ondas, nazcan las nuevas rosas de la vida. Para ello, como en la vieja Academia platónica, hemos de ofrecer a las generaciones que surgen armoniosos banquetes espirituales.

Es necesario entonces que al retoñar la nueva generación sienta en sus fibras las fuerzas de la libertad creadora, que así se adelantará al porvenir como el férreo león de Leonardo: resuelto el paso, amplía la mirada y con un ramo de lirios en el pecho.

Esa es la juventud que aguarda esta argentina tierra: la que se sienta grande al evocar su estirpe, la que se sienta heroica al evocar su gesta. No la que vaya a pedir resplandores a la ciudad-luz, para volver borracha de gloria y borracha de alcohol, sino la que piense bajo la clara inmensidad de nuestro cielo, la que sienta la belleza virgen de nuestras selvas y la serenidad adusta de nuestras montañas: esa juventud de mente diáfana y de visión optimista ha de ser la clara alondra que se elevará en el amanecer de la patria nueva. Pero para llegar ahí, jóvenes amigos, hay un gran obstáculo que vencer; y es este nuestro pueblo democrático, masa amorfa y revuelta volcada sin rumbo sobre los abiertos brazos de nuestra tierra. Alto y noble pueblo cuando abre la tierra cantando, miserablemente bárbaro cuando se guarece en la cueva del comité político, para sostener con su puño de hierro la tiranía de la ignorancia. Nuestro campo político ha sido hasta ahora, y lo seguirá siendo por mucho tiempo, un cenagoso pantano donde el rebullir de odios acerbos corroe el corazón de la argentinidad.

Es menester purificar el ambiente, y nada mejor para ello que una juventud sana de espíritu y consciente de su responsabilidad histórica y moral. Creímos, durante muchos años, que nuestro problema nacional estaba resuelto con la libertad del comicio, creímos que era la llave de oro que abriría las puertas de la posteridad; y fatalmente nos engañamos! Le dimos la libertad al pueblo, abandonamos las bridas, y ahí va, señores, el bruto desbocado, haciendo resonar sus cascos sobre el desierto. Olvidamos que la soberanía no reside en el pueblo, sino en la "razón del pueblo". Dice José Manuel Estrada que "cuando todo hombre, cualesquiera

que sean su moralidad y su instrucción, posee la atribución electoral, síguese a menudo una de dos cosas: o bien, que la masa cede al cohecho, a la violencia, a sugerencias pérfidas en cuyas redes se arroja su propia ignorancia, y entonces, siendo confiscado el sufragio, se desnaturaliza y sirve de pretexto a la tiranía o da títulos aparentes a un gobierno oligárquico; o bien, que exalta al poder, operando auténticamente, las hechuras de la mayoría que no representa la civilización ni la más alta moralidad, ni los antecedentes gloriosos, ni la inteligencia política requeridos para gobernar, y cuya prepotencia no tiene más fundamento que el número. En ambos casos fracasa la soberanía de la razón del pueblo: en el primero, porque el gobierno se funda en el fraude; en el segundo, porque se funda en la fuerza”. Y ese es el gobierno que hemos tenido: antes, el fraude, ahora, la fuerza; nunca la soberanía, en el noble concepto de filosofía política que ella entraña. Está, pues, ante nosotros, un gran problema que espera solución: el problema de la cultura. Y nada mejor que la virilidad juvenil para afrontar empresa tan magna. A la generación que retoña le incumbe levantar esta caparazón mercantil que nos agobia, para infundir un alma a nuestro pueblo. Pero estas cosas no se improvisan, y es necesario antes que todo el estudio paciente que aquílata el lustrado blasón de la aristocracia mental, mejor gobernadora de pueblos que todas las mal entendidas democracias. Pero hay un mal en nuestra tierra que sofoca en germen toda noble aspiración, y es la atracción que ejerce el comité sobre las mentalidades jóvenes, aún no bien modeladas por el estudio; ese nuestro comité a quien podría aplicársele la definición que, según Herodoto, diera Ciro del mercado griego, diciendo que “es un lugar establecido para que las gentes vayan y se engañen bajo juramento”.

Y no se crea, señores, que al detestar el mercado político, sueñe en la Platonópolis de Plotino. Es que, en nuestro medio, política y sabiduría son ahora términos inconciliables. En Atenas, hasta los pórticos del Ágora llegaba la fragancia que nacía en los jardines de la academia; pero aquí el Ágora es plaza de traficantes que mora muy lejos de la Academia, desde la una no se divisa la

otra, y puesto yo en la encrucijada, tomo la senda platónica: cabalguen otros sobre el inquieto lomo popular, y en buena hora tengan la suficiente entereza para no dejarse vencer. Pero sucede por lo común que nuestro universitario, con su limpidez espiritual, aún no bien acentuada, penetra al comité; vienen las promesas seducoras a costa de pocos sacrificios, cantan las sirenas y en su canto le arrebatan los escrúpulos; y es claro, al poco tiempo, quebrado su carácter, trocado su espíritu, sale calzando alpargata intelectual. Es preciso, pues, no doblarse bajo ningún peso, para conseguir dominar al comité y arrancar de su entraña, despiadadamente, las viejas normas que lo han transformado en cosa vil y plebeya. No debe preocuparnos ese brillo transitorio, gloriola de fácil conquista; aprendamos primero a estudiar para que el espíritu adquiriera firmeza y resista el calor de toda llama, y para que cada palabra, al salir de nuestros labios, lleve el sello de fuerza y autoridad que otorga la sabia y profunda labor del pensamiento, puesto que del hondo pensar ha de nacer el sereno decir. Porque otro de los grandes males de nuestra generación es la audacia que afirma, la mente superficial que con un adjetivo pretende destruir una montaña, y con otro adjetivo crear un dios; que con una inconciencia de niño díscolo enloda el rostro del grande porque es adusto y glorifica al insignificante porque le sonrío; la vanidad ilustre que de un liviano coplero hace un poeta, y brinda una palma al pedante para que el pedante le devuelva un ditirambo; la falsa sabiduría que hoy osa escalar todos los tronos, y que es mil veces más funesta que la total ignorancia.

Estudiar, ha de ser, pues, nuestra palabra de todas horas; para lo cual debemos colocarnos al margen de esta gárrula caravana de nuestro tiempo, que por un instante llena el ámbito con su estruendo, pero que como todo estruendo no tardará en disiparse totalmente. Y mientras el pueblo argentino, ese pueblo enronquecido y desgredado que ama la plaza pública, se adelanta hacia la historia, hueco y sonoro, ataviado con el ropaje de la democracia, nosotros, humildísimos artistas, iremos labrando silenciosamente, a la luz de la lámpara idealista, una estatua de amor y de belleza. Y en los venideros tiempos, cuando los hombres nuevos exploren

el camino por nosotros andado, levantarán entre el polvo la pequeña estatua esculpida bajo el impulso de una noble aspiración. Y cuando ese mármol imperecedero vuelva a su plinto, nada quedará de aquel clamoreo que pareció colmar toda una época. Todas esas cosas vanas pasarán para siempre, y solo perdurarán las creaciones del espíritu, porque llevan una luz en su entraña que es esencia de Dios mismo. Será entonces también cuando se levantará el que ha de labrar nuestra historia, y extinguida ya la grotesca figura de los tiranos y la bolsa de los mercaderes, dirá a los hombres del porvenir: Esta fué una bienaventurada tierra, que si tuvo cadenas que la hicieron gemir, también tuvo poetas y filósofos que la hicieron cantar: en la armonía de la estrofa los unos, y en la armonía del pensamiento los otros. Esa es la ley inmortal. Grecia ha cruzado los siglos y cruzará los venideros, porque a la nave homérica y a la nave platónica no hay tempestad que la derribe.

Labremos pues la belleza, amigos míos, si queremos darle un alma inmortal a nuestra tierra. Y para ello, tornemos primeramente a las grandes culturas, con el espíritu abierto a todos los vientos grávidos de rumores profundos y de simientes fecundas; llevemos los labios al ánfora griega y a la fuente latina, para beber, como decía Menéndez y Pelayo, “el vino añejo que remoza el alma”.

Así algún día florecerá sobre nuestra pampa, la flor de la sabiduría argentina sustentada con ubérrima savia antigua.

Nuestra Universidad ha sido siempre — aunque parezca paradójico — un templo severo del positivismo. Algo así, aunque en distinto plano ideológico, a la “encantada y fantástica Coimbra”, antes que hiciera estremecer sus portalones el verbo vigoroso y grávido de Antero de Quental. Una que otra voz se levantó en su seno modulando de vez en vez el acento libre de su fe idealista. Pero la tierra ha seguido su rotación, y apuntan ya en el oriente los signos del nuevo día, que a juzgar por la anunciación auroral ha de ser inmenso y magnífico. No desesperéis, amigos míos, algo inusitado acontece en el templo positivista. Dicen que en una grieta del patinado muro, se ha abierto una flor desconocida con seductora fragancia helénica, y la han llamado Drama Lírico; tam-

bién parece que en la sombra del templo se han sentido pasos extraños, y alguien se atrevió a decir que eran los manes de Kabir y Omar Khayyam. Lo cierto es que amanece, y el sol al filtrarse por los ventanales ha de develar el misterio.

Aprovechemos este amanecer, jóvenes amigos, que siempre ha sido el alba la hora propicia para abrir la besana en la tierra labrantía. Pero antes, escuchemos a Korn Villafañe, que, como buen labriego de altas tierras, ha de entonar el canto augural de la jornada.

Julio de 1919.

*Pronunciado en la sesión inaugural del Colegio Novecentista de
La Plata*

DESPEDIDA AL MAESTRO

HABIAMOS DE LLEGAR NOSOTROS TAMBIEN, CON nuestras palmas y nuestros lirios para engalanar la frente abolida del maestro. Ya que la partida había de ser hacia la eternidad queríamos que llevara sobre su blanco cabello de patriarca paramentos de juventud, de la juventud por él tan amada y de ella tan querido. Para eso fuimos a los prados espirituales y recogimos esos lirios del corazón que son las palabras cariñosas, y que a él tanto le agradaba ver florecidos en los labios juveniles. De ahí que en sus pláticas magistrales era de su predilección echar a volar de vez en cuando el ave ligera de la ironía. Un optimismo saludable, como la brisa del alba, impregnaba su palabra cordial; y los jóvenes iban a escucharlo como quien va a beber agua clara en un manantial montañés. En esa forma, él, que había andado mucho por las sendas fragosas del mundo, ocultaba su fatiga para no amenguar una fe, para no apagar una esperanza. Acaso siguiera a Campoamor en aquello de que “el secreto de la vida consiste en nacer todas las mañanas”; y así la renovada luz de su espíritu tenía siempre fulgores nuevos para disipar la sombra de la duda o el desaliento. La pureza del corazón y la firmeza del ca-

rácter hacían que su ancianidad veneranda trascendiera el cariño que despiertan los hombres que llegan hasta el alma, y el respeto admirativo de los que se elevan ante el pensamiento. No agitaban su alma las tormentas de las grandes pasiones; había adquirido el reposo prudente y sabio, y tenía el don de ser tolerante, que es prestancia de los varones ilustres. También era poseedor de tacto delicado para juzgar con rectitud, que al decir de Gladstone, figura entre las más raras y preciosas virtudes de los hombres. Nunca le vieron susurrar en la penumbra, donde se engendran las serpientes de la maledicencia; gustaba transitar por las sendas claras donde los hombres juzgan a los hombres inspirados en el más alto sentido de la justicia. Pocos se encuentran en la vida de tan acendrada estirpe moral: la nobleza fué su norma y el bien fué su acicate. Nunca quedó oculta entre sus labios la doble significación de la frase; decía todo lo que había de decir, porque así se lo ordenaba su sinceridad: puesto en el trance del Apóstol jamás habría negado al Nazareno. Y así como las palabras, eran sus obras hijas de la convicción; al ejecutar cualquiera de sus actos ponía en ellos el calor del alma en que se gestaban: condición, es esta, propia del árbol generoso que elabora el fruto con la propia savia. Si todos los hombres obraran así nunca hallarían obstáculos para hacer bien y para solucionar los más oscuros problemas, porque, como dijera Longfellow, en su poema inmortal, cuando el corazón va por delante, como una lámpara, iluminando el camino, se ven claras muchas cosas que de otro modo permanecerían ocultas en la sombra.

Por haber lanzado tanta palabra oportuna, por haber sido tan alto consejero, los dioses brindaron al doctor de la Colina la vejez tranquila con que Zeus premió la sabia probidad de Néstor.

La juventud le amó, porque fué su maestro y amó a la juventud. Y si alguna vez estuvo en discrepancia con ella se lo dijo con la unción delicada y paternal que ennoblecía sus palabras: así sus gestos de varón preclaro le redimían de toda suspicacia.

Por eso vengo, en nombre de la Federación Universitaria y el Centro de Estudiantes de Ciencias Jurídicas y Sociales, a decir al maestro estas cosas humildes que me van saliendo del alma; por

eso viene la juventud universitaria con lirios y palmas: los unos para su pecho, las otras para su frente. Acaso todo esto que voy diciendo caiga sobre su tumba "como los copos de nieve del invierno en un nido solitario de donde los pájaros se han ido". No importa; nunca debemos pensar que los hombres van hacia la muerte sino que van hacia la vida. Y así os digo: con el epitafio romano, en esta nueva ruta de vuestro viaje: Sit tibi terra levis.

Febrero de 1920.

En el sepelio de los restos del Dr. de la Colina

NUEVAS ORIENTACIONES

QUIERE LA RUDA Y CANDOROSA PARLA DEL ROMANCIERO que “Rey que non face justicia—Non debiera de reinare”. Y nosotros que tenemos florecida en el alma una melodía de vidalita y de cancionero no vacilamos en traer a los labios aquella rimada sabiduría de trovadores; y más que traerla en la palabra, la hundimos en la ondulación de nuestra sangre para hacerla revivir en la acción: Porque si es bello el Sol cuando hace cantar las alondras, es más bello cuando revienta los granos y hace brotar las sementeras. He aquí que nuestros reyes universitarios, como es usanza en todos los reyes de todos los tiempos, tampoco hacían justicia, y nosotros, que a veces solemos tener gestos de paladines, les dijimos acaso con un poco de ingenuidad y otro poco de insolencia: “que non debieran de reinare”.

Y eso fué nuestro gran delito, el delito de rebeldía que libertara nuestra personalidad para exigir que los hombres escucharan a los hombres. Pero para que entrara la luz propicia en esos espíritus era menester hacer girar las enmohecidas puertas del misonéismo: muchos años dormían sobre los goznes y las puertas no giraron. Entonces la juventud argentina, forjada en los moldes

calientes de las nuevas ideas, templada en la llama viril de los más altos ideales, impelida por la fuerza heroica de la propia convicción, se volcó sobre nuestra tierra como un viento pujante para agitar las selvas del pensamiento y barrer los campos estériles de la enseñanza. Y así luchó sin tregua, sonriendo en el dolor y cantando en la gloria, odiando alguna vez y perdonando muchas, como es ley en las humanas aventuras donde el odio suele ser fuerza de lucha y el perdón alta prestancia de héroes preclaros. Porque esta juventud tumultuosa como torrente despeñado, esta juventud combativa y altanera, tiene en su pecho viril un corazón que sabe perdonar porque sabe amar. Y si supo atacar reciamente en la lucha, también en la hora del trabajo sabrá de recogimiento y de templanza, porque bajo su coraza de combatiente corre sangre generosa: así como entre las rudas rocas de la montaña, nunca falta el manantial oculto que brinda su agua clara a los peregrinos.

Pero ante este desborde de fuerza creadora muchas voces nos interrogan con asombro: ¿Adónde váis? ¿Qué quimera anidó en vuestra mente? ¿Qué secreta voz murmuró en vuestros oídos palabras de encantamiento? ¿Qué numen pérfido enloqueció vuestras almas y descarrió vuestros pasos?

Y yo les digo: ¿Es que hay voces que pregunten todavía adonde va la juventud, en qué sueña, qué numen la inspira? ¿Acaso tomó alguna vez un rumbo que no fuera el del porvenir? ¿Acaso soñó alguna vez en algo que no fueran altos ideales? ¿Acaso la inspiró alguna vez otro numen que no fuera el de la libertad y la justicia?

¡Oh sombras de Mariano Moreno y Bernardo Monteagudo! Fuera menester que vuestras voces salieran de la entraña de la historia, para que vinieran a incendiar en llamaradas de pasión a estos sabios hombres que, de tanto amar las palabras graves, dieron a la voz una sorda sonoridad de tumba. ¡Ah! hombres de poca fe que habéis plegado las alas que os diera la vida cuando os lanzó a la conquista de tan anchos espacios; hombres de poca fe que os desesperáis preguntando: ¿qué habéis obtenido en seis meses de huelga? equiparándoos así a aquel rechoncho escudero a quien le inquietaba la tardanza en llegar a la suspirada ínsula de sus amo-

res; hombres de poca fe que no os atrevéis a dar un paso para alcanzar el ritmo de los tiempos nuevos, a vosotros os decimos contemplándoos desde la roca olímpica que huellan nuestras plantas: Vosotros no llegaréis nunca a rimar dos versos, a esculpir un trozo de mármol, a cincelar el bronce o a golpear el yunque entonando una canción, porque habéis perdido el alma en los meandros del camino y con ella perdisteis la libertad interior que es la fuerza inspiradora de los que cantan en el verso, en el mármol, en el bronce o en el yunque. Pero ya que aún lo ignoran las gentes hemos de repetir que una curiosidad superior, una soberana ansiedad de cosas nuevas levantó a la juventud argentina para emprender — glosando palabras de un valiente escritor español — la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón.

Venían gobernando nuestro país, tanto en política como en enseñanza, hombres del pasado siglo, modelados por la mano áspera de la filosofía positiva. Viejas ideas y viejas teorías eran el pan desabrido que se brindaba a las nuevas generaciones. Salían los jóvenes de los claustros universitarios, encajados en fórmulas rígidas que tan sólo les servían para cruzar por la vida como las viejas naves de Tiro y de Sidón que surcaban el Mediterráneo celosas del oro que guardaban en sus entrañas. La tiranía de los que no van más allá del catecismo comtiano había echado cadenas al alma argentina; ni una inquietud por superarse, ni un aleteo de esperanzas nobles o una leve fulguración idealista. La voz augural dormía en el corazón de la juventud y tardaba en llegar el instante del glorioso amanecer. Como el arpa de Bécquer, las nuevas generaciones argentinas aguardaban silenciosamente la mano de nieve que hiciera resucitar las olvidadas notas. En tanto pasaba la vida con rutinaria displicencia, el pensamiento había envejecido al cruzar las montañas del siglo XIX, y era menester retornar a las ánforas helénicas, para beber el vino sagrado que había de redimir a los hombres, por gracia de la tríade platónica que encendió en los espíritus la llama inextinguible del amor, la verdad y la belleza.

Nadie osó pensar en lo próximo del instante supremo y he-

roico de la rebelión espiritual. Pero el instante había de llegar, y así fué. Y esa fuerza que los lanzó a la lucha, esa pujanza que les brotó en el alma llevaba en su ímpetu juvenil toda la generosidad idealista de las nuevas ideas. El renacimiento del espíritu argentino se opera hoy, pues, por virtud de las jóvenes generaciones que al cruzar por los campos de la filosofía contemporánea han sentido aletear en su frente el ala de la libertad. Y estos movimientos de la juventud no son más que una altiva afirmación de esa libertad: libertad que derriba, libertad que crea, libertad que avanza. A su amparo un pensamiento innovador rejuvenece el alma de las instituciones universitarias.

Hubo un tiempo en que la pavorosa visión del desierto hizo nacer en la mente de Sarmiento la idea de llevar aunque fuera la más humilde semilla espiritual para arrojarla en aquellos yermos desolados. Y esa idea altruísta que fué la obsesión perenne del gran educador argentino respondía íntegramente a las necesidades de nuestro país en esa época, o por lo menos era la gota del agua primordial para hacer abrir una flor en la tristeza de nuestras montañas y de nuestras pampas. Pero actualmente, se ha desvanecido en parte aquella visión del desierto y los hombres de hoy comienzan a sentir la inquietud de otros problemas. Y he aquí que manos de juventud han iniciado una labor de alta cultura, no sólo en el sentido de despertar en el universitario la curiosidad y el amor por las especulaciones intelectuales y superiores, sino también tratando de vincular el pueblo a la Universidad para que lleve esa función social que es la razón misma de su existencia. Se trata de señalar una nueva orientación al espíritu argentino, renovando valores en el aula de la escuela y en el claustro universitario, a objeto de formar una sólida conciencia nacional. Para ello es menester purificar los elementos de cultura, desde el libro al maestro, y no olvidar que son complemento indispensable para la educación de un pueblo los ideales éticos y estéticos.

¡Ya el primer paso hacia esa lejana estrella lo han dado estas nuevas generaciones que por el hecho de haber aprendido a pensar también en algún momento supieron dudar: y dudaron hasta de sus maestros! Y esto que a algunos antójaseles un sacrilegio es pa-

ra otros una virtud. Yo creo más bien en lo último por cuanto hasta el mismo Cristo, que era la encarnación de la virtud, llegó a dudar del Eterno Padre cuando el dolor le atormentaba en el huerto de los Olivos.

En el seno de estas inquietudes está germinando, pues, la Argentina del porvenir. Pronto comenzará a tallear el espíritu del novecientos al amparo de las nuevas orientaciones filosóficas y al calor de la tierra nativa, que también debemos amar, puesto que el primer eslabón de la solidaridad humana debe empezar por forjarlo cada uno en la llama sagrada del propio hogar. Ya dijo un joven filósofo: “para quien lo pequeño no es nada, no es grande lo grande”. Amemos, pues, nuestros campos y nuestras ciudades para luego llegar a amar nuestro continente; y de ahí será muy fácil cruzar los mares y hermanarnos con todos los hombres de la tierra: supremo ideal que levantará la mente libre de los hombres que soñaron en el bienaventurado instante de arribar a las lejanas playas de la armonía internacional, de la patria internacional donde pueda volar la mente humana, sin corrientes que detengan su raudal remonte y aspirando en todos los ámbitos una misma emanación cordial. Hacia ella va la humanidad como el pueblo de Israel hacia la tierra prometida. Y en algunos instantes de meditación, me parece escuchar un inmenso clamoreo de los hombres que van por las rutas del mundo. Yo los veo cubrirse de polvo en los caminos, yo los veo morir de sed en los desiertos, yo los veo sangrarse las plantas en las rocas despiadadas de las montañas, pero siempre tenaces y triunfadores, avanzando hacia el alba remota de los tiempos nuevos, donde los arcángeles de la libertad con sus trompetas de oro, como los siete mil clarines del rey Marsilio que asombraban a Rolando, anunciarán a los ciudadanos del mundo que es llegada la hora de la redención social.

Hacia ella vamos, señores, y negarlo fuera un empaque inútil. No en vano Cristo subió al calvario, no en vano tantos hombres enrojecieron el ara del martirio con sangre rebelde. Démosle, pues, abrigo en nuestra mente a esa visión promisoría, que si ahora no es más que un sueño romántico, un día se llegará a la reali-

zación del sueño. Y en tanto que llega la aurora del futuro, luchemos por hacer un poco de luz en la noche del presente.

Así lo han entendido las nuevas generaciones argentinas, y por eso piden maestros que sepan transitar por esas rutas espirituales, quieren maestros que hayan acordado el ritmo de su pensar al ritmo del pensar moderno. Húndanse en el pasado los que del pasado quieren vivir en el presente. Sirva tan sólo la nostalgia de los tiempos idos como una emoción poética para engalanar el esfuerzo de hoy, puesto que como dijera un cantor nuestro hasta “los legionarios galos llevaban una alondra sobre sus cascos”.

En tanto, oh ciudadanos que escucháis mis palabras de joven imperito en la tarea del pensar, aguardemos al rapsoda de la tierra indiana, que como Renan ante la Acrópolis, vaya hasta las sagradas ruinas de piedra que labraron los autóctonos, y en la Puerta del Sol cante la extinguida metrópoli y el desvanecimiento de las razas que poblaron nuestras montañas y nuestras selvas y que en su viaje hacia el misterio se llevaron el secreto de la sumergida Atlántida. Y luego que haya cantado la sangre abolida, abra sus brazos como dos alas, y suelte a todos los vientos la canción augural que señale a los hombres de América las anchas rutas de venturanza que se extienden hacia el porvenir... Y mientras en el poniente se hunda el sol de los Incas, el rapsoda, de pie sobre las indianas ruinas, habrá dicho la oración de los tiempos nuevos.

1921.

En un mitin de la Federación Universitaria de La Plata

EUGENIO D'ORS

HABLO EN NOMBRE DE UNA INSTITUCION QUE ha ganado para nuestro país la más noble y elegante de las victorias: la victoria idealista; institución, en el día de cuyo nacimiento rieron los positivistas, sonrieron los escépticos y dijeron tonterías los ignorantes. Hoy los positivistas fruncen el ceño airado, los escépticos sonríen con la fría sonrisa de ayer y los ignorantes callan porque algo aprendieron. Hablo en nombre del Colegio Novecentista.

VENIA JESUS POR EL CAMINO DE JERUSALEN, al viento el oro de su cabellera blonda. En el silencio piadoso de sus labios adivinábase una dulzura de parábolas, y era como si temblara en ellos la divina fruta del perdón. . . En la mitad de su ruta, hallóse junto a la fuente de Jacob con una mujer samaritana que venía a recoger agua en su cántaro; y Jesús le pidió de beber. Ante el asombro de ella por tal requerimiento, continuó: "Si conocieses el don de Dios, y quien es el que te dice: Dame de beber, tú pedirías de él y él te daría agua viva. Cualquiera que bebiere de vuestra agua, volverá a tener sed, pero el que bebiere del agua que yo le

daré para siempre no tendrá sed; mas el agua que yo le daré será en él una fuente que salte para vida eterna”.

El alma argentina es como la Samaritana del Evangelio. Ha menester que el hombre nutrido a los pechos de la sabiduría venga a revelarles que en su interior está la fuente de agua viva: agua que no se extrae con cántaro de barro, sino con fino cántaro de amor. Extraviada en el rumor cosmopolita de Buenos Aires, no acierta con el sendero de la meditación que conduce a descubrir las propias cámaras donde mora el secreto de la grandeza de los pueblos.

Toda su atención se diluye en la efímera sonoridad del mundo, mientras las flores del pensamiento y de la belleza nacen y se deshojan en el olvido, con la delicada palidez de las flores abiertas en la sombra. Por ello hubiera preferido llevaros, maestro, fuera de las ciudades, por senderos arbolados y fragantes, para que, en el delicioso caminar platónico, fuerais vertiendo en los corazones fieles las recónditas aguas de vuestro pensar. Así, con elegancia y majestad antiguas, al calor de la amistad y por gracia del diálogo, como vos lo predicasteis, remontaríamos en ascensión serena la florida rampa de la sabiduría. Y a fe que en ello encontrarán saludable nutrimento los espíritus, porque siempre fué alta prestancia de claros varones el “*Otium cum dignitate*” que alabara la lengua de Cicerón. Pero asimismo, a pesar del estruendo ciudadano, no se ha de extraviar vuestra voz, porque ya contáis en estas tierras con fieles amigos que han de hospedar en su espíritu las armonías de vuestro pensamiento. Ya en otros días que pasaron, albergó la Universidad Argentina a un maestro de vuestra España que se dijo platónico viajero, cuya palabra henchida de fuerza idealista, al cruzar con la rauda firmeza del viento, deshojó el viejo árbol que con tanto esmero cuidaran las rudas manos del positivismo; y hoy ya viene a ser como el árbol solitario de la tapera, que se va secando lentamente, y donde sólo detienen su vuelo las aves cansadas o las aves perdidas.

Ahora a vos os toca sustentar la nueva planta que comienza a tallear. “Sed de totalidad” tiene esta juventud argentina que viviera hasta ayer aletargada en su realismo ingénuo. Comienzan a despertar en ella los tres impulsos de la estética schilleriana, en

cuya armonía está la fundamental educación del hombre; rompe ya los estrechos límites de la materia, remonta hacia la forma. Pero aún su despertar reciente la mantiene indecisa y no acierta a batir sus alas en la firmeza de un vuelo raudo y seguro. Esta juventud se siente libre, o al menos con la inquietud de la libertad triunfadora que pugna por expandirse en victoriosa encíclica de pensamiento. Es menester, pues, que alguien le abra rumbos en el espacio, porque luego no le faltarán bríos para la empresa. Más de una vez la han agitado, en los últimos tiempos las luchas intelectuales; y respecto a su bizarría podrán decir los campos de combate cuánto se estremecieron al vernos pasar, armoniosamente heroicos como los corceles de Tracia. No más que anatemas escuchó a su paso esta nueva generación; se la creyó movida por pasiones secundarias, cuando su ademán resuelto y su palabra implacable eran el brazo y el martillo de su fragua.

Puesta frente a un maestro de esos que saben su magisterio filosófico, volcará su fuerza en más perdurables moldes, trocará su ímpetu zahareño en caudalosa libertad creadora: tal como la dura rebeldía del mármol, ante el encanto de las Gracias, se torna dócil y entrega el secreto de su armonía. Acaso será necesario para ello que surja también ante nosotros la "divinal figura" de la Bien Plantada. Ella nos dirá lo que en aquella tarde, mientras caían las musicales cascadas de Tívoli, dijera a aquel hombre arrepentido de sus malos pensamientos de la víspera que se llamara Xenius: "Más que toda la bárbara ciencia que habéis aprendido, hay verdad y sabiduría en una sonrisa de Sócrates o en una voladora y cantadora metáfora de Platón el divino". Yo la evoco en este instante, no en los jardines de Hipólito de Este, sino creciendo en la espuma bravía del Mar Dulce de los navegantes, como Venus en las rumorosas playas de Cíteres.

Me parece escuchar su voz renovada en más vibrantes timbres, como para que repercuta en el último valle de la montaña andina. Y dice su voz, tan clara como los clarines del rey Marsilio: Levantaos, argentinos, que la etimología de vuestro nombre guarda el secreto del metal luminoso y fuerte en que se forjó vuestra estirpe; entonad la canción de los hombres libres por la gracia

del espíritu; abrid los campos, enrojeced el hierro, cincelad el bronce, esculpid el mármol, encended el pensamiento, para eso habéis nacido hombres y es vuestra misión ennoblecer, dignificar la vida: que todo ennoblece y dignifica la vida cuando se hace con superior propósito de creación. Ya dije una vez a aquel atribulado Xenius: "Sócrates podía frecuentar, sin mácula de su alba túnica de filósofo, la compañía de los retóricos, de las hetairas y de los libertinos. Así mis amigos podrán pasar por aulas y redacciones y aún por teatros y ramblas y aún, si tan bajo quieren llegar, por tabernas y lustrós, sin perder la esencial elegancia de su vida, sin turbamiento de su serenidad, porque llevarán consigo a todas partes una misma primacía de los valores de contemplación, una ironía rica en indulgencias y una misma majestad y prudente juicio y mesura".

Y dicho lo que antecede, veo que la Bien Plantada se levanta a la vera de esta mesa cordial, extiende su brazo y agrega: Aquí llega el hombre que, repitiendo el milagro de la antigua mitología, me engendró en su frente. El es mi padre, pero yo soy su maestro; él me dió la vida, pero yo le di la inspiración. Recíbidle, que trae a vuestro templo la luz y el óleo de mi lámpara novecentista.

1922.

*Pronunciado en el banquete de recepción a Xenius
en Buenos Aires.*

POR LA UNION MORAL DE AMERICA

HERALDO DE LA JUVENTUD ARGENTINA ME ADE-
lanto hacia vos, oh pueblo hermano, como el austero león
de Leonardo, lento y seguro el paso, amplia y serena la mirada y
con un ramo de lirios dentro del pecho. Ábrase, pues, mi pecho ar-
gentino y caiga a vuestros pies el florido presente de mi pleitesía
viril.

LA ARGENTINA RENACIENTE, LA QUE DESPER-
tara de su sueño, con motivo de las últimas revoluciones universi-
tarias, la que se está forjando en la fragua de una juventud vigo-
rosa de pensamiento, nos envía a esta tierra cordial para que os
digamos toda su férvida inquietud de alma joven, todo su inmenso
amor dilatado más allá de las fronteras, todas sus esperanzas en la
emancipación gloriosa de los hombres y de los pueblos.

Venimos de los campos de combate, donde derribáramos los
muros de la vieja universidad detenida en el pensamiento del pa-
sado siglo, y donde levantáramos la nueva universidad, abierta a
todas las corrientes espirituales; venimos de sostener una dolorosa
lucha entre la juventud creadora y la vejez misonéista, entre la

voluntad heroica que avanza y la voluntad abolida que resiste; venimos, compañeros, de vencer a las fuerzas reaccionarias que nos impedían dar el paso definitivo de la liberación.

No os extrañéis, pues, si nuestra lengua vibra como una espada, si a cada instante nuestra palabra se enciende, porque crepita aún en nuestros corazones la roja brasa de la rebeldía. Libertada de toda servidumbre, dominadora de las fuerzas espirituales, la juventud argentina marcha hacia la universidad ideal por las rutas que le abriera la filosofía contemporánea. Enrojecida en la llama de las grandes ideas, templada a los rudos golpes de la acción, su ideal ha de ser tan puro como su frente jamás doblada ni vencida y tan humano como su sangre tumultuosa y cálida. Tendrá los quilates del pensamiento, pero también la fuerza de la vida, porque sabemos, según lo aconseja la *Epístola moral*, que la más alta educación es aquella que iguala con la vida el pensamiento. De nada vale la austera frialdad de los claustros mientras no lleguen hasta ellos las palpitaciones del mundo, de nada vale la elegante gimnasia del pensamiento si no ha de tener una trascendencia humana. Dejemos para el arte la "Finalidad sin fin" de la estética kantiana, pero en tratándose de la educación del hombre no olvidemos que la nueva universidad ha de despertar en él un alto amor a la sabiduría en el sentido platónico de la palabra. El amor a la sabiduría es la más preclara virtud del hombre, porque es el amor a la ciencia pura y a la belleza, fuente de la que surge el alma integral nutrida en los valores lógicos, éticos y estéticos. Nada debe ser indiferente a la educación de los pueblos, desde la ciencia que nutre hasta el arte que liberta; en la nueva universidad grande ha de ser la importancia que se le dé a la historia de los conocimientos humanos como base de toda cultura.

Las jóvenes generaciones argentinas así lo han sentido y así lo han proclamado. Para ello reclamaron el derecho a darse sus maestros, y se dieron sus maestros. Pero antes fué menester libertarse del peso de una generación positivista, una generación que al desdeñar los valores éticos y estéticos dejó caer en el corazón argentino la gota amarga del escepticismo. Y no sólo se libertó de ella, sino que se levantó contra ella, hundiéndola definitivamente en el pasado.

He aquí, pues, que una nueva vida comienza para mi país; la juventud se ha sentido libre y por eso mismo responsable. Un optimismo sano y fuerte es el acicate de su acción. El sol del idealismo alumbra nuestras rutas cuya generosa amplitud se pierde en la dilatada sombra del futuro. Hoy tenemos una ética para nuestra voluntad y una estética para nuestra fantasía. La falta de lo primero había hecho perder a los hombres del ochocientos el carácter y la nobleza: el carácter para imponer la propia voluntad; la nobleza, para llevar a la acción la integridad del pensamiento. O bien olvidaban la convicción, porque la convicción era un obstáculo para la vida, o bien olvidaban la vida para poder sustentar una convicción. Cuando lo propio de un hombre total es infundir la convicción a la vida, darle a la una calor de espíritu y a la otra fortaleza de realidad.

Para llegar a ese limpio modo de vida, que implica firmeza y elegancia a la vez, los griegos no olvidaron ninguna disciplina del cuerpo y de la inteligencia. Las fuentes de educación de un joven ateniense oscilaban desde el citarista hasta el gimnasiarca. Y entre la armonía musical y la agilidad del atleta no desdeñaban tampoco la austera conversación filosófica que dirigiera Platón en los deliciosos jardines de Academo. Allí, bajo la fresca sombra de los plátanos, se congregaban los jóvenes atenienses para escuchar la palabra honda y serena del maestro; allí se entregaban al ocio divino de pensar, que es la mayor ventura de los hombres. Los más bellos motivos y los más hondos misterios de la vida florecían en los labios platónicos, como una profusión de rosas en las mañanas primaverales. Y los jóvenes académicos recogían los conceptos y las metáforas llenos de fragancia idealista, como quien recoge flores silvestres en los campos. La claridad les inundaba el alma, y ante la lejana visión de sus rutas dilataban sus esperanzas hasta lo infinito...

Ved, pues, mis queridos amigos, cómo era la vida en aquellos tiempos de poemas y de mármoles, cuando la mano del artista hacía triunfar la forma en los talleres de Atenas, y la filosofía se brindaba en las divinas ánforas del diálogo, y la gracia escultural de los atletas derramaba una armonía heroica sobre los cam-

pos de Olimpia. ¡Oh la tierra imperecedera y sagrada, donde el espíritu de los hombres fuera profundo y luminoso como el cielo natal; donde al claro repicar de los cinceles florecían, entre los paramentos de los mármoles, armoniosos relieves e inmaculadas estatuas, en tanto discurrían bajo la sombra de los olivos, en el valle de Himeto, los escépticos y los dogmáticos!

Así pasaban las horas doradas y florecientes ante la hermosura de la naturaleza y el encanto de la palabra.

Pero hoy la belleza y el conocimiento son flores de soledad. Las metrópolis enormes nos aplastan, y tan sólo se advierte el estruendo de los hombres que luchan contra los hombres.

La vida se nos escapa por mil senderos inútiles; derrochamos nuestra fuerza espiritual en múltiples labores sin objeto. Atraídos por la sonoridad del mundo, renunciamos a la soledad intensa y dolorosa, donde el fuego del pensamiento purifica toda acción. En la soledad asistimos a la propia tragedia interior; en ella se derrumban las ilusiones y se levantan los ideales nuevos; toda inquietud nace a su amparo y todo impulso se levanta de su seno, como las águilas de los abismos de las montañas. En la soledad descubrimos las sendas interiores donde una secreta voz murmura trascendentales palabras, y donde, como una armonía silenciosa, se dilata la música del pensamiento. Allí aprendemos la suprema virtud de dialogar con nosotros mismos: aprendizaje imprescindible para el que quiere tener derecho a hablar con los hombres, puesto que no puede exigir se le escuche quien no supo escucharse a sí mismo. He ahí la virtud y el blasón que ostentaban los maestros de la antigüedad. Aprendieron en sí mismos la ciencia que transmitieron a los demás. Sus palabras salían humedecidas en aguas cordiales, y por ello se deslizaban con suavidad hasta el fondo de los corazones. Id, les decían, a las serenas cámaras del silencio y allí oiréis el rumor de una fuente; escuchad la voz de esa fuente con recogimiento que luego os brindará las eternas aguas de la eterna sabiduría... Y decían bien los maestros antiguos. Ellos todo lo sabían porque nunca estudiaron nada. No les preocupó más que la comprensión del propio espíritu, y cuando a ello llegaron todo lo comprendieron. De ahí que a los discípulos se les ha-

blara en voz baja, en el cálido tono de la conversación, como para que la onda emotiva, mansa por lo confidencial, se derramara en el espíritu atento con la lentitud rumorosa de la ola en la playa. Nunca levantaban la voz en la plaza pública, porque sabían muy bien que eso era oficio de mercaderes que pregonan su mercancía material o intelectual. La profunda, la inmortal sabiduría, ni se inculca ni se vende: se descubre. Es innata como la Idea platónica. Y en instantes de soledad, cuando dialogamos con nosotros mismos, o con un maestro de esos que saben su magisterio filosófico, la sentimos aletear dentro del alma como la mariposa que ve entreabrirse el velo de seda del capullo...

Ese sabor suave de la palabra antigua, que trasmitía el saber sin torturar el lenguaje ni el pensamiento, se pierde por completo en la oscura inmensidad de la Edad Media. A la educación clara y sencilla sustituye la enseñanza dogmática con agrio sabor escolástico, hasta que el Renacimiento nos liberta nuevamente devolviéndonos algunas de las cualidades esenciales de la cultura helénica. En el siglo xvi, Erasmo de Rotterdam expone ideas nuevas acerca de la educación natural del hombre, ideas que más tarde han de ser sistematizadas por Rousseau. La misma corriente siguen otros escritores franceses como Rabelais y Montaigne que condenan la educación profesionalista; y el más alto representante del humanismo español, Luis Vives, al levantarse contra la escolástica medioeval preconiza un ideal de cultura que emancipe al hombre del artificio retórico.

Los más diversos rumbos siguió luego la enseñanza, de acuerdo con las oscilaciones de la filosofía, hasta que el siglo xix le encadenó por completo al pedagogismo positivista, a pesar de tener dos grandes figuras como Herbart en Alemania y Tolstoi en Rusia; excesivamente rígido, por lo cienticista el sistema del primero; bellamente ideal por lo evangélico el del segundo. Pero un nuevo renacimiento apunta ya. Hay dos fuerzas que comienzan a demoler el viejo edificio de la cultura y en las que yo he puesto toda mi esperanza; el renacer vigoroso de la filosofía idealista y la sana rebeldía de la juventud. Contribuyamos todos a este nuevo despertar del espíritu. Eduquemos al hombre en el amor a la

sabiduría. Para ello es menester arrojar a los mercaderes de la enseñanza, derrumbar la universidad profesionalista y levantar sobre sus escombros la academia ideal de los hombres, donde cualquier Sócrates descalzo, sin más prestancia que la de un verbo sabio, pueda volcar en los corazones el agua mansa y melodiosa de su filosofía.

Septiembre de 1921.

Pronunciado en la sesión inaugural del primer Congreso internacional de estudiantes, reunido en México.

PORQUE OS AMAMOS PROFUNDAMENTE

PORQUE OS AMAMOS PROFUNDAMENTE, PORQUE os sentimos como hermanos en la sangre y en el destino, no venimos a avivar fuegos de beligerancia ni a encender pasiones de valor negativo en la vida de los pueblos. Venimos a afirmar un concepto de armonía prohiado por las generaciones nacientes obedeciendo al mandato de la nueva conciencia histórica.

Mal hacen los que os hablan de vuestro dolor o de vuestra venganza; fuera mejor que os hablaran de vuestra justicia, porque la justicia nunca muere, aunque se levanten cuarteles en las bibliotecas y los templos. Cuando los conquistadores romanos entraron a Grecia, Grecia les brindó sus poemas y sus mármoles, y en lugar de perecer bajo las armas, floreció su espíritu sobre los muros de la Ciudad Eterna. No nos detendremos, pues, a lamentar vuestras desventuras; bien sabemos que la justicia os lleva de la mano ante el supremo tribunal de la historia. Nuestra lengua vibrará por lo tanto en lo porvenir, que ese es el timbre de los ideales superiores. Harto malaventurada ha sido la experiencia recogida por los hombres para que nos detengamos a cosechar enseñanzas a la vera de los polvorientos caminos del pasado. Sea-

mos como águilas que al lanzar su vuelo desde la montaña, indiferentes al abismo, clavan tan sólo la pupila en el espacio.

Traemos palabras cordiales para todos los pueblos de América, porque es nuestro anhelo más hondo que las rencillas entre hermanos se resuelvan, no por la fuerza de las armas, sino por la indulgencia de los corazones. Creo que no pueden abrigarse odios perdurables en esta tierra donde se han levantando templos al sol, el más generoso de los astros; como tampoco creo que puedan sustentarse ideas imperialistas en un país donde las lanzas de Arauco se quebraron sobre el escudo de los conquistadores. Y entiéndase que hablo del alma de los pueblos siempre pura y justiciera, porque las guerras no las hacen los pueblos sino los gobiernos que ignoran que la conquista de cualquier territorio no vale la vida de un hombre. Tengo el convencimiento de que, una vez que hable la justicia, a esta nube negra flotante en el cielo americano la han de desvanecer vientos de olvido. Nada hay en nuestros corazones que pueda servir de alimento a la serpiente del odio. Son más grandes nuestros amores que nuestros intereses; hay más fuego purificador en nuestras almas que deleznable sensualismos en nuestros cuerpos. No nos preocupamos sino en ser fuertes de fortaleza espiritual, que es lo que a los pueblos agranda en el amplio panorama de la historia. Y nada más propicio para ello que estas mentalidades vírgenes de América, no contaminadas aún por pasiones despreciables ni egoísmos materialistas. Aquí ha de nacer vigoroso el ideal magnífico de redención de los hombres, que es al mismo tiempo de glorificación de la personalidad humana. Ningún sueño más noble ni más alto puede abarcar un espíritu que la hermandad de los pueblos en la fiesta creadora del trabajo. La suprema sabiduría está en el saber amar porque también va en ello la suprema virtud. Y mientras los hombres se empeñen en luchar con los hombres, en deponer las virtudes inmortales para esgrimir las pasiones perecederas, no podrán avanzar en el ritmo heroico de la vida y permanecerán aherrojados por las fuerzas deleznable y transitorias del mundo. Es menester derribar las murallas que limitan nuestro horizonte, romper el círculo de los conceptos y de las creencias que impiden el

soberano despliegue de nuestra generosidad afectiva e intelectual. Falsos conceptos y falsas creencias que desde hace siglos han venido orientando la acción de los hombres y educando su espíritu para la muerte en vez de educarlo para la vida. Desde la ciencia positiva que llenó de tristeza al mundo con su intento de matar la libre personalidad humana, hasta la política, que llenó de sangre al mundo por su incapacidad de amor, todo ha conducido a las multitudes por sendas de prejuicios y por mares de luchas estériles. Mientras no haya una noción clara de la libertad no habrá una noción pura de los ideales; y mientras el concepto de la responsabilidad no sea el fundamento de la ética, tampoco habrá el estímulo de la virtud. En tanto falte todo ello, faltará la única base sólida en la que pueda levantarse triunfadora cualquier acción. Es menester, pues, dar una nueva educación a los pueblos, una educación idealista, o sea, una educación para la libertad, que es la tierra donde arraigan las más nobles esperanzas y las más fuertes empresas de los hombres. Hace siglos que la humanidad viene andando su camino doliente, con la pesada cruz de la injusticia a cuestas. A cada instante se le habla de mejores días, de la redención social, del advenimiento de la paz en la tierra y todo se desvanece con la música de las palabras. En todas las épocas y en todos los pueblos, en nombre de la justicia se ha castigado el pensamiento libre, en nombre de los deberes se han aherrojado los derechos, en nombre de la libertad se han forjado cadenas en las fraguas de los tiranos; y los pueblos, dóciles como los bueyes, han seguido abriendo la tierra para que las aves advenedizas sustentaran su vida en el surco. De hoy en adelante no más palabras, arranquemos la lengua a la sirena, que el estudio y la acción directa son la verdadera escuela de los fuertes. Cada época necesita sus hombres, y los de hoy han de ser lo suficientemente heroicos como para trasponer la montaña de prejuicios que nos impide dar el paso definitivo de la liberación. Forjemos reciamente nuestra voluntad, que en ella reside la fuerza de todas las aventuras humanas, y en ella está el impulso de toda emancipación. También en la voluntad se nutre la soberana esperanza y le sirve de roca para lanzarse al espacio; la constancia creadora del hombre tiene

en ella su fuente de energía, el fuego de su fragua y el metal de su yunque.

La historia del pensamiento nos enseña que dos son siempre los destinos que aguardan a los sueños de la mente humana: o se quiebran ante la ruda realidad del mundo o se pierden en la infinitud del tiempo sin hallar el instante presentido.

Nunca se nos entrega el mundo como lo viera nuestra esperanza. El espíritu va creando la vida como el artista su obra; pero jamás floreció la vida, pura y armoniosa como la soñó el espíritu. Por eso el secreto del triunfo está en la recreación de lo creado, así como el valor perenne de los ideales está en la constancia de su vuelo. Los ideales cuanto más imposibles más bellos son para nuestras esperanzas que gustan alimentarse de formas puras. La vida toda no es más que vibración de espíritu, y por lo tanto, en el fuego de la idea se purifica y eterniza el momento que pasa. Sólo se aprende a vivir cuando se descubre la corriente de eternidad que discurre sin tregua por el cauce recóndito de nuestra vida, se aprende a vivir cuando se intuye la creación de la vida, porque en la creación de la vida se elabora la eternidad del espíritu. Démosle, pues, a ella su cabal trascendencia colmándola de valores absolutos. Al marchar por los caminos del mundo olvidemos las piedras que pisamos y abramos las ventanas del alma a la música pitagórica de lo infinito.

EN LA SOLEDAD INMENSA DE LOS MARES, EL más hondo placer es el placer de las horas pensativas. Una noche, después de vivir en su plenitud el ocio divino, quise encontrar en la sombra un punto donde detener la mirada; pero del seno de la sombra sólo se levantaba el sordo clamor de las olas. Levanté entonces la vista y el cielo me brindó la temblorosa claridad de una estrella.

Mis queridos compañeros: aquella escena del barco, cada vez que pienso en el destino de los pueblos americanos, la veo repetirse en estos mares procelosos de nuestra vida tumultuosa y violenta. Cuando en medio de sus luchas, en la vorágine de sus guerras, en el clamoreo de sus multitudes, he querido averiguar el rumbo de los hombres, mis ojos se han perdido en la sombra, y sólo he

podido escuchar una inmensa confusión de voces que imprecán, que demandan o que imploran. Pero entonces he levantado la vista y he descubierto esta juventud del novecientos, pensadora y rebelde, que ha sido para mis esperanzas como el consuelo de la estrella en aquella noche de los mares. Y yo quiero en esta hora trascendental del mundo, en que las ideas amplias y fuertes retoñan con inusitado vigor sobre la gleba juvenil, desde esta tierra donde el alma indígena desafiando al tiempo floreció en la piedra, lanzar a los vientos de América la palabra augural que anuncie la emancipación futura del brazo y de la inteligencia. Quiero evocar la sangre abolida de los Incas, la sangre bravía de aquellos hombres dorados por el sol de las montañas, para sentir por un instante el renacimiento de la pureza heroica y de la belleza fuerte. Y que por gracia de la evocación, aquella estirpe indómita nos preste su pujanza para llevar a las luchas del futuro la firmeza de nuestras rebeldías. Entreveo en lejanos tiempos la victoria del hombre sobre el mundo. El sagrado numen de las edades remotas, dilatándose a través de los siglos, dictará los nuevos mandamientos a la conciencia humana, hermanando a los pueblos del continente en una suprema armonía de acción y de pensamiento.

1922.

Pronunciado en la Residencia de Estudiantes de Lima.

B I E N V E N I D A

SE ME HA CONFIADO LA MISION DE DECIROS NO sé qué cosas muy cordiales que vosotros no necesitabais por cierto que se os dijeran; palabras de ofertorio profano, algo así como si levantáramos el corazón para ponerlo en vuestras manos. Quieren los muchachos que os entregue nuestro afecto despojado de todo estrépito retórico, con la desnudez intacta de los sentimientos esenciales. Y ello es muy fácil cuando, como en la ocasión, se trata de México: no hay más que tocar la roca, esta blanca roca de nuestra vida, para que se repita el milagro del manantial.

En el alma de la nueva generación argentina ha comenzado a dilatarse la simpatía hacia las naciones hermanas de Ibero-América. Pero esa especie de expansión de la nacionalidad se realiza muy lentamente a causa del excesivo afán por el propio mejoramiento. Nos cautivan y nos exaltan ideales imprecisos y remotos, hasta el punto de olvidar los problemas concretos e inmediatos cuya solución demandan los pueblos hermanos del continente. Acaso aún nos domine aquella vieja preocupación de vivir reclamando derechos y olvidando deberes. La juventud de hoy ha tenido la dicha de vivir fuertes horas de lucha. La acción ha sido una gran es-

cuela para templar su espíritu. El impulso de nuestros movimientos universitarios lo ha dado el deseo de emancipación. Pero hasta ahora sólo hemos reclamado derechos, y la conquista de los derechos como finalidad en la acción de los hombres ha sido siempre el único ideal de ideología romántica. ¿Y saben ustedes, mis amigos, qué es una ideología romántica? Una ideología romántica es música de pensamiento al margen de la vida. Y la vida, para ser en ella un hombre total, debe ser el cauce por donde corra nuestra acción, a veces silenciosa, a veces murmuradora, y cuando fuere menester, tronando en el férvido salto de la catarata. El estudio en las páginas de los grandes libros, la lucha por los grandes ideales; junto a la mano que derriba, la mano que construye; junto a la voz que reclama, el corazón que cumple. No basta, pues, con reclamar los derechos, hay que cumplir con los deberes, que así se completa la responsabilidad humana. Nosotros hasta ahora no hemos sido más que románticos, que es ser la mitad de la vida; ahora es menester que lleguemos a ser hombres, que es la vida total. A esto último llegaremos cuando hayamos tenido conciencia plena de la solidaridad humana, cuando no sólo nos acordemos de los derechos, que es exigir para sí lo que otros poseen, sino también de los deberes, que es dar a los otros aquello que uno ha conquistado. Pero no olvido tampoco que ya somos algo grandes para creer en esas bellas aventuras que demandan mucho desinterés y mucho amor. Estamos saturados de egoísmo, y cuando alguna vez el egoísmo falta, el escepticismo sobra. De manera que el problema de la solidaridad continental no lo resolverán ni los mandatarios, ni los parlamentos, porque es un problema de educación. Hay que afrontarlo desde la escuela; la savia ha de entrar siempre por la raíz. Y los sentimientos que son la savia de los pueblos han de entrar por la niñez, que es cuando se tiene fe en las grandes empresas, aunque la afirmación parezca paradójica. Yo nunca creí en los viajes a las estrellas sino cuando era niño. Se ha dicho que el problema de la educación elemental es el problema de la educación esencial. Y así es, aunque no lo haya dicho un pedagogo, o acaso por eso mismo, porque no lo ha dicho un pedagogo. La gran

potencia de voluntad que lleva la substancia misma de la vida es lo fundamental en el hombre. Más que la civilización del hombre, que es el esqueleto de su espíritu; más que la cultura del hombre, que es la carne de su esqueleto, debemos atender a la esencia vital, que es donde están las fuerzas creadoras. El espíritu argentino posee esas fuerzas interiores, pero exclusivamente orientadas hacia la elaboración del propio destino. Nos falta acrecentar esa gracia cordial de la simpatía humana, que lleva espontáneamente a gozar de los ajenos dones y a compartir las desdichas ajenas. Somos capaces de reunirnos en multitud para aplaudir con frenesí o para hacer sonora una indignación colectiva, pero individualmente nos falta el corazón hospitalario. Preferimos el efecto fugaz de la palabra a la definitiva conquista por el pensamiento. Somos capaces de cualquier heroísmo, menos del heroísmo de callar cuando fuere menester. Educamos al pueblo en voz alta, a puro acorde de Marsellesa, en tanto las músicas secretas y los sentimientos perdurables duermen en el alma primitiva, en cuya sencillez se acendra el valor humano de las cosas.

No pasa así en México, donde la poderosa raíz nativa continúa nutriendo su cultura. No poseen esa nuestra inquietud por abarcar todas las cosas, por imitar a todos los pueblos, por resolver todos los problemas que lleva en sí algo de frivolidad; pero en cambio ¡qué hondura de pensamiento, qué amplitud de corazón, qué reciedumbre humana en todas las manifestaciones de su vida! Tierra de revolucionarios por la libertad, como Hidalgo y Morelos, tierra de mártires por la justicia como Francisco Madero, tierra donde la sangre indígena aún conserva su antigua pujanza, tanto para inspirar a pintores y poetas, como para mover grandes hombres de acción y pensamiento.

Hermanos que venís desde México a este lejano rincón de vuestra tierra: el grupo de estudiantes que hoy saluda en vosotros a la tierra de donde venís es el retoño de una nueva conciencia universitaria que con el tiempo puede llegar a ser una conciencia continental. Ahora que estáis en paz no os podemos dar sino nues-

tro cariño, pero quizá si algún día intentaran atraparos las uñas del mercader que os acecha, borbotará la sangre de nuestra raza para enrojecer las estrellas sin luz de su bandera.

Octubre de 1923.

A la embajada intelectual mexicana, en el homenaje que el Grupo Renovación le ofreció en el teatro Argentino, de La Plata.

ELOGIO DEL DOCTOR P E S S O L A N O

HACE SEIS AÑOS, MAS O MENOS, UN GRUPO SE-
lecto de jóvenes tuvo la valentía de hacer algo que hasta
entonces solo por excepción se había hecho en nuestro país: y fué
la ocurrencia de ponerse a estudiar con el único propósito de saber.

Y en verdad eso era una cosa excepcional en un país como el
nuestro, esencialmente ganadero y normalista. Ahondaron con re-
posado amor en las corrientes esenciales de la cultura. Se asoma-
ron a contemplar el mundo del espíritu desde las más altas cum-
bres del pensamiento. Y al doblar las páginas ilustres donde ha-
bía madurado la labor creadora de los hombres, sintieron que una
nueva vida les vigorizaba las fibras intelectuales, y algo así como
un soplo de emancipación los levantaba por sobre nuestro ambien-
te cultural. Esta peregrina ocurrencia de ir a buscar el saber en las
obras fundamentales, de ir a contemplar el movimiento, la reno-
vación constante de las ideas, les vino a revelar que, en materia
de cultura, estábamos vistiendo formas ridículas por lo anticuadas
y antiestéticas. En las modas intelectuales que obedecen al apogeo
y a la decadencia de las ideas, apenas si habíamos superado la épo-
ca de la hoja de parra. Nuestra personalidad intelectual, casi des-

nuda, habitaba la caverna positivista. Era la hora en que se hablaba con mucha emoción de la psicología experimental, de la sociología y otros platos fuertes que fueron delicada ambrosía en los banquetes de nuestra Universidad Social, según la denominara un profesor de Metafísica, que enseñó Metafísica durante varios años sin lograr descubrirla.

En ese instante aquellos jóvenes sintieron un poderoso impulso de rebelión contra el ambiente pesado que los ahogaba. Se propusieron redimir la Universidad, hablar de las cosas nuevas que habían aprendido, y también de otras cosas, que no eran nuevas, pero que ignoraban los Mentores de nuestros Telémacos. Así comenzó la polémica entre las nuevas y las viejas generaciones argentinas; y esa fué la ocasión en que el Dr. Pessolano reveló el temple magistral de su pluma. Las páginas que entonces escribiera fueron los golpes más firmes que dió al adversario la flamante espada idealista. Luego, su tesis para optar al título de Doctor en Filosofía y Letras fué un episodio romántico de nuestra cultura, a la vez que una valiente afirmación de un temperamento.

Frente a la mesa que lo examinaba, de la que formaba parte un profesor de sociología, autor de un tratado sobre la materia, sostuvo victoriosamente la imposibilidad de fundar, precisamente, una sociología. Claro que en esa actitud había toda la hidalga insolencia del caballero que iba a vengar los agravios filosóficos de una generación. Pero es que en el Dr. Pessolano hay cierta fibra heroica y delicada, como la que en Garcilaso unas veces vibraba con los nuevos ritmos italianos, y otras era espada de valentía en el asalto a los castillos roqueros.

Hace poco ha obtenido por concurso la cátedra de Estética en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, disciplina que tiene la predilección de su espíritu. De este modo el combativo estudiante de ayer se incorpora a las filas de los maestros. Para ello no sólo posee la abundancia necesaria del saber, sino también el vuelo armonioso de la palabra que ha de transmitirlo. Saber y saber decir, he ahí las virtudes cardinales del que ha de enseñar.

Doctor Pessolano: el 12 de julio de 1919, época en que sobre nosotros ejercía mayor imperio la fantasía que el pensamiento,

tuve oportunidad de predecir la historia sin haber leído a Spengler. Anuncié, en la ocasión, que una voz nueva produciría un escándalo fecundo en esta obscura catedral del pedagogismo. Era aquello en una humildísima reunión celebrada, como quien dice, en los arrabales de la Universidad. Ahora, podemos decir, metafóricamente, usando la terminología municipal, que el escándalo fecundo ha llegado al corazón de la planta urbana. Aquí os dejo para que afrontéis la responsabilidad de la victoria.

1922.

*Pronunciado en la Facultad de Humanidades de La Plata
para presentar al Dr. B. Pessolano*

E L B A N Q U E T E

EL BANQUETE ES UNA INSTITUCION CLASICA, DE invención socrática o si queréis platónica. El asunto es discutible. Todo depende de que el escultor Sofronisco, en el siglo v antes de la era vulgar, haya tenido o no un hijo que se llamara Sócrates. Pero eso es un problema histórico que no he de dilucidar puesto que dejé de creer en la historia desde el día en que un gran humorista inglés contemporáneo me dijo: Vea, amigo, la verdad está en la leyenda y no en la historia, puesto que la leyenda nace y vive en el seno mismo del pueblo y la historia es inventada por el único hombre aburrido que hay en el pueblo. De manera, pues, que si Sócrates, el famoso que vosotros conocéis, no existió, sabemos que ahora existe y a mí me consta porque a menudo suelo concurrir a los banquetes que se celebran en las páginas de los diálogos platónicos.

Y hasta he descubierto en esos banquetes que Sócrates no era tan modesto como la gente cree. Era de una sencillez presuntuosa. Solía llegar un poco tarde a la mesa para que los comensales tuvieran la inquietud de su retardo. Yo hoy no hice lo mismo, porque me dijeron que no basta llegar tarde a un banquete para ser

persona importante, y mucho menos para poseer espíritu socrático. De manera, pues, que en este instante, en lugar de decir que estamos comiendo, podríamos decir que estamos afianzando una vieja institución helénica. Eso sí, hay gran diferencia entre las comidas de antaño y las de hogaño, pues lo que antes era un acto académico ahora se ha convertido en una función epicúrea; y eso no está del todo mal. Confieso que aunque el epicureísmo haya sido condenado como doctrina del egoísmo y del interés, tiene algunos jugos filosóficos que, bien exprimidos, suelen poner una gota de miel en este sabor amargo de la vida rutinaria y animal.

Por ello el buen Arcipreste, devoto y sensual, solía decir en su rotunda cuaderna vía:

Como dice Aristóteles, cosa es verdadera,
el mundo por dos cosas trabaja: la primera
por haber mantención; la otra cosa era
por haber juntamiento con fembra plentera.

Sin embargo, este Arcipreste creía en Dios. Yo también creo en Dios, pero a menudo creo en el Arcipreste.

Como veis, es una fe un tanto errabunda la mía, que oscila entre los senderos del mundo y los espacios del cielo. La culpa de ello recae en el Supremo Hacedor por haber puesto manzanas en el paraíso.

El primer banquete del mundo trajo la deliciosa perdición del hombre. Entre el paraíso y la manzana el hombre optó por la manzana, pero inmediatamente inventó la multiplicación de la vida para tener tiempo de reconquistar el paraíso perdido. En aquella época no se conocía la estética de Kant, aún no había sido escrita la crítica del juicio, de modo que apenas vieron la fruta, un concepto utilitario de las cosas los llevó a comerla. Adán y Eva son así los precursores de Epicuro.

De modo que no habréis de extrañar si os digo que acepto el banquete, no como un acto académico, sino como una función epicúrea. Yo no sabría decir si estos homenajes son una dignificación de la comida o un pretexto para acercar los corazones humanos.

De cualquier modo es algo así como la fuerza romántica del apetito tratando de confundir en un solo goce el aroma de los manjares y el coloquio de los espíritus. Y para que nada falte, el alma de los vinos amenizará el goce como en una obra de Omar Khayyam o en una succulenta comilona napolitana. El vino ha sido la musa de muchos grandes poetas: musa cuya danza, desvanecida como una delicada ondulación de velos, nos trae el secreto de ritmos imprevistos o nos hunde en la sombra diabólica de una zanja.

Amigos, he aceptado esta comida porque no me la habéis ofrecido; por eso tampoco os la agradezco.

1923.

*Pronunciado en la comida de homenaje por la publicación de
"El Reposo Musical"*

C U E S T I O N E S
U N I V E R S I T A R I A S

LA NUEVA GENERACION UNIVERSITARIA

UN VIENTO REFRESCANTE Y SANO, GRAVIDO DE fuerzas ocultas ha hecho despertar a la nueva generación universitaria, y este es el momento en que vibra y se agita la selva de retoños, empeñada hasta ahora en la labor lenta y silenciosa del tallecer.

Vivía nuestra juventud la vida reposada y soñolienta del que goza mirando pasar, echado a la ventura en el mullido diván de su hastío. Corta en aspiraciones, crecía y se plasmaba dentro de las viejas normas. Productos de un molde común, estos hijos de la universidad en todo se parecían, y al abrírseles las puertas de los claustros, una era la ruta elegida; casi siempre rumbo al desierto intelectual.

Toda noble rebeldía, que llevara en su ademán resuelto un anhelo de libertad y de renovación, se embotaba en la conciencia, fofa por lo indiferente, de nuestra colectividad universitaria. Acostumbrados a ir todos como los rebaños, por el mismo caminito, a beber en la aguada común, llamábanle descarriado a aquel que se apartara con el propósito de buscar nuevos manantiales. Era una absurda moral del zafio, que en su inflada vanidad, equiparán-

dose al zorro de la fábula, declaraba verdes las uvas que no pudo alcanzar en la impotencia del salto.

Pero he aquí que estos descarriados, a fuerza de transitar, también marcaron huellas, y fué entonces cuando otros espíritus, aunque con cierta timidez, se desviaron hacia los nuevos rumbos.

Así comenzó la inquietud espiritual en la joven generación argentina, inquietud que más tarde, cobrando cohesión y fuerza, llevó un aliento juvenil a la orientación moderna de las universidades, y que actualmente en su vibración creadora se ha extendido a todos los órdenes de la actividad.

Muchas instituciones de estudiantes universitarios se han constituido en el país, todas ellas con orientaciones definidas y sobre la base de altos y nobles anhelos; con rumbo a las reformas sociales, unas, y a la renovación estética y filosófica, otras; todas con levantados propósitos y con la tenacidad viril y actividad fecunda propia del alma juvenil, que se vigoriza en el estudio para luego obrar con firmeza en la acción.

En el seno de estas instituciones, con la noble vehemencia de la fibra nueva, se discuten los grandes problemas que afectan a la cultura nacional. Y así mientras el Ateneo Universitario de Buenos Aires determina su actitud ante las cuestiones universitarias, religiosas, políticas y sociales, el Colegio Novecentista define su rumbo espiritual "ajeno a toda suerte de índole religiosa o política" y "reaccionando contra el criterio materialista de la época" declara que ha de "bregar por una revisión total de la cultura argentina, a la luz de un criterio ético y estético".

Son estas las dos instituciones representativas de la inquietud espiritual que levanta hoy a la generación universitaria argentina. Grandes ideas al servicio de grandes esperanzas. Así surge esta exuberante floración de fuerzas nuevas, sustentada en las modernas corrientes de ideas. Sana pléyade, llena de ilusiones y henchida de vigor optimista, pronta a extirpar esta nuestra modorra espiritual, para infundir la actividad del pensamiento creador en el alma nacional.

Venturoso ha de ser, pues, el porvenir de la república que estará en manos de esta generación risueña y pensativa, que frente

al patriotismo de cortos alcances y bajo concepto, ha definido su alta noción de la argentinidad.

Ha sonado la hora de retirada para los viejos luchadores; nuevos contingentes se adelantan a reemplazarlos. De ahí que no deba extrañarnos encuentre resistencia esta fuerza que avanza, pues nadie se resigna a abandonar la gloria del primer puesto. Paulatina será la conquista, pero será. La rotación es fatal y nadie la detiene. Y tanto más regocijo habrá en el triunfador, cuanto más se aquilate el premio en el esfuerzo de la lucha; porque, al igual que los gladiadores romanos, todo combatiente en la arena se agiganta.

1919.

A LOS UNIVERSITARIOS DE LA REPUBLICA

NO DEJAN LOS SEÑORES PROFESORES DE ARROJAR palabras despectivas sobre la masa estudiantil del país; no dejan de llamarla inconsciente y bullanguera, y de censurarle su actitud resuelta; pero los hechos están ahí, como refutación incontrovertible, proclamando la verdad de nuestras afirmaciones y la justicia de la protesta.

Las reformas obtenidas en Córdoba, en Buenos Aires, en La Plata y en otros lugares de la República, han tenido como punto de partida un requerimiento de las instituciones estudiantiles. Y por más que argumenten los directores de la enseñanza, en el sentido de desvirtuar los movimientos universitarios, no llegarán nunca a demostrar lo contrario de la anterior afirmación. El juicio de la historia dirá quiénes fueron los paladines de la reforma universitaria en 1918 y en 1919, y a buen seguro que la gloria no ha de ser muy pródiga en palabras lisonjeras para con los Consejos Superiores y Académicos.

Frente a la solicitud franca y a la protesta viril de los estudiantes, no se ha hecho más que esgrimir razonamientos pueriles y ofrecer soluciones engañosas por lo transitorias, todo lo cual no

ha hecho más que demostrar la falta de sinceridad y de decisión en los hombres que rigen la política universitaria del país.

No nos causa, pues, gran extrañeza que el Consejo Superior de la Universidad de La Plata, ante los hechos recientemente planteados, asuma una actitud indefinida, como lo hicieron en otra oportunidad sus similares de Córdoba y Buenos Aires; actitud vergonzosa para ese cuerpo de profesores que viene a renovar la posición ambigua de Poncio Pilatos, por no atreverse a pronunciar la palabra que condena o la palabra que absuelve.

No es posible que después de pasados varios meses en el estudio de un asunto que afecta al corazón mismo de la Universidad, se dilate nuevamente el tiempo del pronunciamiento, aduciendo razones triviales que denuncian una vez más la falta de carácter para afrontar una empresa que será dolorosa pero que es imprescindible para salvar la moralidad universitaria. No se nos pasa inadvertido lo grave de la medida por nosotros solicitada, pero es que no de otra manera puede procederse ante lo grave también de las irregularidades cometidas. Si los señores miembros del Consejo Superior no se sienten capaces de anteponer sus deberes de tales a la amistad personal, y creen que es muy alta virtud proteger la inmoralidad para cubrir la mentida pureza de un nombre, si eso creen, como parece atestiguarlo la actitud asumida, es menester que abandonen sus cargos, porque no piensa así la conciencia pública, y porque tampoco es esa la moralidad que los mismos señores profesores pregonaron desde su cátedra.

Vengan a suministrar justicia hombres de más heroico temple espiritual, que no amolden a las circunstancias el concepto cabal del deber, y que sepan conservar una acendrada rectitud de espíritu ante todos los casos que se sometan a la decisión de su criterio.

Al principio no creímos que habíamos de llegar a la situación en que estamos, porque teníamos fe en los hombres que componen el Consejo Superior, reconocíamos en muchos de ellos a las personas que honran a nuestro país por su talento, y no había motivo para dudar de su ecuanimidad y rectitud, ante el caso que les sometíamos. Pero los hechos nos han demostrado que una cosa es la virtud cuando se teoriza, y otra cuando es necesario aplicarla; y

muy malos maestros han de ser aquellos que puestos en el trance de obrar no tuvieron en cuenta lo que enseñaron. Así, en nuestro caso, dicen que la razón nos acompaña, y temen ponerse del lado de la razón; dicen que de nuestra parte está la justicia, pero el hacer justicia les espanta. ¿Acaso les da vergüenza el curarse las heridas que la juventud les denunció en el propio cuerpo? ¿Acaso les duele tomar un camino, porque la juventud les indicó el rumbo? ¿O es que, como ya dijimos, el vínculo personal o algún temor lejano hacen enmudecer los labios que han de pronunciar la sentencia? Ya la conciencia de cada uno de los profesores habrá despejado las interrogaciones. Pero después de los hechos ocurridos cabe hacer otra pregunta, más dolorosa aún para el que tiene plena conciencia de lo que ella sugiere: ¿Si los hombres bajo cuya égida crece y se forma el espíritu de la juventud tuercen en esta forma el concepto de justicia, qué porvenir le aguarda a la República? La respuesta sería desoladora, pero para ventura nuestra tenemos fe en la juventud de hoy, que a falta de maestros se forjará a sí misma, y si menester fuere, forjará también a los maestros.

Por eso, ante la situación indecisa del Consejo Superior, que después de comprobados los hechos no se atreve a imponer la pena evidente, la Asamblea Universitaria levanta su voz para pedirles a los miembros que componen ese Cuerpo y a su Presidencia, en cuyas manos la ley ha puesto el gobierno supremo, moral, administrativo y didáctico, de la Universidad Nacional de La Plata, la renuncia de los cargos que desempeñan.

¡Se necesitan hombres, con la suficiente entereza de ánimo, para imponer un castigo y luego asumir la responsabilidad de lo que hicieron!

La Universidad Argentina debe a la juventud universitaria de hoy el gran paso dado para orientar la enseñanza en el sentido de las modernas corrientes de ideas.

La Plata, 30 de Octubre de 1919.

*Redactado por Héctor Ripa Alberdi y firmado por la Asamblea de la
Federación Universitaria de La Plata.*

LOS MOVIMIENTOS UNIVERSITARIOS DE CORDOBA Y LA PLATA

NO HAY DUDA NINGUNA QUE, DE LOS MOVIMIEN-
tos universitarios habidos ultimamente en el país, el de Córdoba y el de La Plata son los que tuvieron una verdadera trascendencia dentro de la cultura nacional.

Sobre la Universidad de Córdoba flotaba algo del espíritu espeso de la escolástica. Conservadora y unilateral, no entraba allí ninguna resonancia que pudiera despertar las conciencias dormidas aún en el largo sueño colonial. Las camarillas gobernantes velaban por que la Universidad no dejara de ser la “casa de Trejo”, es decir, un reducto de muertas ideologías, donde desoyendo las voces del siglo se pretendía hacer revivir un espíritu desarraigado hacía tiempo de la Córdoba sin prejuicios que retoñaba en su juventud. Aquella nueva Córdoba, cuya conciencia libre se había venido elaborando lentamente, no pudo resistir más tiempo la obstinada insolencia de los reaccionarios, y se lanzó a la calle para entablar la lucha con los “Idolos del Foro”. Fué un gesto de emancipación a la vez que un desafío. Todas las fuerzas contenidas estallaron con violencia. Por ello, al contemplar desapasionadamente aquel movimiento, y contando con la amplia perspectiva del tiem-

po ya pasado, puede advertirse en sus manifestaciones externas (discursos, manifiestos, etc.) cierta exaltación jacobina, donde abundan más las palabras de vidrio que los pensamientos de bronce.

Así, una de las primeras medidas de los estudiantes fué el destrozar varios retratos de sacerdotes existentes en la Universidad, y luego el pretender destruir la estatua de Trejo y Sanabria que se halla en el patio de la institución. Aquello era el estallido de la "impiedad histórica" que fustigara Rodó en las páginas admirables de *Liberalismo y Jacobinismo*, cuando defendiera el liberalismo que asegura la libertad y no el que la niega afirmando la intolerancia. El dogmatismo es siempre terco y sordo como el empaque del bruto, y nunca puede ser por lo tanto una bandera de emancipación intelectual. Pero bien pronto aquella corriente debía cobrar una más reposada amplitud, aunque sin abandonar por ello su cauce primitivo. Hasta que el Congreso estudiantil, reunido poco después, asentó aquella efervescencia de ideales confusamente expresados, y pudo plasmarse todo un cuerpo orgánico de resoluciones donde se definían claramente las nuevas orientaciones universitarias. Aquí, en La Plata, estaba el asiento de la generación normalista que se educara en la escuela de Scalabrini. Sus discípulos más fervorosos habían transformado esta joven casa de estudios en un verdadero campo de experimentación del más chato pedagogismo. Tampoco aquí hallaban eco las voces nuevas. Era el prototipo de esa lamentable "Universidad Social", desvencijada carreta del progreso para uso de los mercaderes de nuestra política. La ética se recortaba a la medida del catecismo comtiano, y en general toda la cultura iba por los caminos que le señalara la pedagogía utilitarista de Spencer. Por eso, mientras en Córdoba la palabra "liberalismo" enciende la tea revolucionaria, en La Plata la palabra "idealismo", mucho más sana y más honda en el sentido filosófico, lleva a la juventud a derribar todo un sistema de educación sostenido por los últimos puntales de lo que una pluma de Francia ha llamado últimamente "el estúpido siglo XIX". Hubo que luchar contra muchos hombres de arraigado prestigio intelectual en el país; y no es fácil hacer comprender al pueblo la diferencia puramente ideológica entre dos generaciones. De ahí

que sólo la fuerza de la mocedad pudiera soportar durante tanto tiempo la batalla y sacar triunfantes sus ideales, a pesar de haberse unido en su contra todos los reaccionarios de la prensa y de la cátedra. Este movimiento tuvo como fuerzas enemigas a los católicos y a los liberales. Ello habla bien alto en su favor, demuestra que un anhelo más fundamental, una sana orientación inspirada en los valores esenciales de la cultura, movía a los rebeldes. El fanatismo, venga de donde viniere, es en el fondo la misma sombra que ampara los mismos puñales inquisidores. Y como en La Plata en nombre de una cultura humanística superior se atacó a un mismo tiempo al liberal vacío y al católico intolerante, ambos se unieron en la reacción.

Naturalmente, como sucede en todo movimiento colectivo, tanto en La Plata como en Córdoba, la ola revolucionaria cuando se derramó en la arena de la lucha dejó ver su buena parte de resaca y de espuma. La primera aún obstruye el camino de la acción purificadora, en tanto que la segunda fué declamación que se llevó el viento.

1923.

LA REFORMA UNIVERSITARIA

ES MENESTER, CAMARADAS DE AMERICA, QUE levantemos la nueva Universidad y que llevemos a sus aulas un amor más puro por las altas creaciones del espíritu. Sumerjémonos en las entrañas de la vida, disipemos sus sombras, develemos sus misterios, desde los abismos donde se elaboran los sólidos principios de la ciencia hasta los espacios donde remonta su vuelo la metafísica. No desoigamos las inquietudes trascendentales ni despreciemos las humanas conquistas, que tanto unas como otras nos abren rumbos de eternidad.

No olvidemos tampoco que, según lo proclaman modernas teorías intuicionistas, la vida es un constante devenir y que el hombre posee una potencia innata que es su libertad creadora. Emancipado, pues, de las fuerzas del mundo, está en el deber de realizar su conquista. No se vive la vida dejándose arrastrar por la corriente como un tronco, sino creando las fuerzas que lo impulsan, domando la adversidad que lo detiene y elaborando el propio destino. Por ello los estudios filosóficos han de ser la base de toda cultura. La filosofía, a más de libertar el espíritu y darle agilidad al pensamiento, le descubre al hombre la secreta armonía que vincu-

la y totaliza las cosas del alma y del mundo.

Por lo general la juventud vive en un realismo ingenuo y es incapaz de distinguir el punto matemático de Descartes del punto metafísico de Leibnitz. Su mentalidad no tiene el aguzamiento intuitivo como para trasponer la superficie de las cosas y descubrir el valor absoluto que encierran. Eduquemos, pues, nuestras fuerzas espirituales en el sentido de una comprensión total de las cosas, y de una visión clara de los fenómenos universales, que nos pone frente al verdadero camino de la sabiduría, el camino de la eternización del hombre.

La Reforma Universitaria realizada en los últimos años en nuestro país se debe exclusivamente a los estudiantes. Ellos la iniciaron, ellos la sostuvieron contra los reaccionarios y ellos se encargaron de hacerla triunfar. Nada, pues, se les debe a los consejos de profesores a no ser la resistencia que ocasionó el estallido violento de la juventud. La mayoría de los profesores fué adversaria a la reforma, lo que dió motivo para que la lucha fuera más interesante y llegara a levantar el espíritu universitario en tal forma, que luego nada pudo contenerlo hasta la completa derrota de las fuerzas enemigas. El primer acto de rebeldía se produjo en el año de 1918 en la Universidad de Córdoba, que era el foco de la enseñanza dogmática. Los estudiantes, en la imposibilidad de libertar la enseñanza de su caparazón colonial, un buen día decretaron la huelga y tomaron la Universidad como quien toma una fortaleza, exigiendo la renuncia de sus autoridades. La lucha empezada así duró cinco meses hasta que los estudiantes lograron su propósito.

Más tarde, en las demás Universidades se produjo el mismo fenómeno, hasta que en octubre de 1919 estalló la gran huelga violenta en La Plata, que duró cerca de un año. En ella se derribó el armazón de la falsa disciplina; cayeron los profesores sin autoridad moral; se derrumbó todo un sistema anacrónico de enseñanza. Y sobre esos escombros se levantó la nueva Universidad. La revolución ha sido, pues, nuestra arma de lucha, con ella hemos templado el ánimo de la juventud y con ella hemos avasallado los más recios obstáculos. Tan grande era la montaña de intere-

ses creados que impedía todo avance, que sólo en esa forma se podía dar un paso gigantesco hacia lo porvenir. Hoy lo que hemos dado en llamar *la Reforma* impera en todas las Universidades del país, que poco a poco irán abandonando su orientación napoleónica, chata por lo utilitarista, para afianzarse en el cultivo de las ciencias puras. Se ha despertado una inquietud de superación, un anhelo por aquilatar los altos valores del espíritu; y ese anhelo, esa inquietud, se han llevado a las aulas. Es algo así como un viento nuevo que ha barrido el viejo polvo de los claustros. La Universidad no puede seguir siendo un organismo estático sin otra función que la de expedir títulos; debe convertirse en un laboratorio de superiores investigaciones y de elevada especulación filosófica, sin abandonar por ello el ritmo fecundo de la vida. Una de las formas para combatir la frivolidad de la enseñanza es la instauración de los Seminarios. Ahí el alumno aprende con sus propios medios a descubrir la verdad. Su ciencia es ciencia sólida y bien adquirida porque él mismo la arranca al misterio; no la hueca que se aprende en el texto recortado a la forma de los programas.

Y así como un profesor mediocre no podrá dirigir un seminario, porque ello exige vastedad de conocimiento, así también el alumno advenedizo tendrá que huir porque ello exige intensidad de estudio. De manera que el seminario, a más de ser la verdadera fragua del pensamiento, es también un medio de depuración de la Universidad en sus estudiantes y personal docente. Especialmente esto último es todavía un problema en nuestras naciones jóvenes, donde sólo por casualidad se encuentra un maestro en el sentido estricto de la palabra, es decir, uno de esos hombres que entienden como un apostolado las funciones de su magisterio. La política y el profesionalismo son los males que más perjudican a las Universidades americanas, puesto que tanto para el político como para el profesional que llegan a la cátedra, la enseñanza es una labor secundaria en su vida. Pero esos dos males y otros muchos pueden combatirse con éxito consiguiendo la autonomía de las Universidades y una más amplia remuneración de las labores magistrales. En tanto esperamos que ello suceda se

pueden conseguir mejoras notables llegando a la implantación de lo que hemos dado en llamar en la Argentina *la reforma* y que puede sintetizarse así:

1.º *Participación de los estudiantes en el gobierno de las Universidades.*

Es un error arraigado el de que la Universidad pertenezca al profesor, lo cual le da el derecho exclusivo a gobernarla. Grave error que es necesario sea rectificado por los estudiantes de América para que reivindiquen la parte que de tal derecho les corresponde. La Universidad es tanto del estudiante como del profesor y a ambos corresponde por consiguiente su gobierno. No sólo es imprescindible que los intereses estudiantiles tengan sus defensores en los consejos, sino que deben llevar el impulso de las fuerzas nuevas a la orientación fundamental de la enseñanza. Para que un gobierno sea plenamente responsable de sus actos debe ser la concentración ejecutiva de todas las fuerzas.

2.º *Implantación de la asistencia libre.*

Gran importancia le damos a ello porque la libertad del estudiante dentro de la Universidad es indispensable para una enseñanza efectiva y esencial. Sólo el amor puede dar la comprensión clara de las cosas, y tanto el amor a la ciencia como el amor a la casa de la ciencia no nace de la autoridad de los reglamentos, sino que surge espontáneamente de la sustancia medular de cada vocación. Nunca puede tener la simpatía amplia del estudiante aquello que comienza por humillarlo, por someterlo a normas establecidas, encadenando así su libertad en lo que se refiera a la elaboración de sus conocimientos. Las modernas orientaciones pedagógicas nos llevan hacia la emancipación completa del educando, hacia la formación libre de la personalidad intelectual. Por otra parte, la asistencia voluntaria no sólo destruye la mecanización de la enseñanza, sino que pone en manos del alumno un instrumento de defensa contra el profesor mediocre. Es un mal común a nuestras Universidades de América la formación de camarillas alrededor de las cuales se crean intereses que impiden la apreciación cabal de los valores intelectuales. Y por ello se ve que

al amparo de esos intereses se perpetúan en la cátedra hombres sin condiciones para ejercer el alto apostolado de educar a los jóvenes. Hay que arrojar, pues, de la cátedra a todo el que haga de ella un simple *modus vivendi*. La asistencia libre nos da la solución al respecto, dado que sólo tendrá alumnos en su clase el maestro que sepa atraerlos con su enseñanza.

3.º *Implantación de la docencia libre.*

Para que sean completos los resultados de la asistencia libre ha de ser completada con la docencia libre. Las puertas de la Universidad deben estar abiertas para todo el que haya ahondado en alguna clase de estudios y quiera transmitirlos desde la cátedra. A más de ser eso un estímulo para el estudioso, es una manera de seleccionar el maestro de acuerdo con el ascendiente y simpatía que despierta en los alumnos. Así no se dará el caso de algunas Universidades de hoy, cuyo profesorado tiene una orientación intelectual atrasada con respecto a la mentalidad estudiantil, que en los últimos tiempos ha avanzado enormemente en todas las formas de la acción espiritual.

Estos puntos que dejo así esbozados en forma harto somera, están muy lejos de limitar nuestro ideal universitario. Son apenas un paso brevísimo en el largo sendero de estudios y de lucha que tiene deparado el destino a las generaciones que comienzan a tallar.

Bogotá, 1922.

A LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS DE LA REPUBLICA

LA FEDERACION ARGENTINA NOS DESIGNO PARA que la representáramos en el Congreso que debía reunirse en Septiembre del año pasado en la ciudad de México. Sabíamos la responsabilidad que ello implicaba, por cuanto la inquieta hora universitaria que estaba viviendo el país nos imponía el deber de reflejarla, llevando una palabra nueva a la juventud del mundo, palabra encendida en la lucha revolucionaria que llevara en su seno una afirmación para lo porvenir. Con el anhelo ferviente de llevar esa voz de una juventud que creíamos había despertado a una vida superior, afrontamos las incomodidades de un largo viaje. Llegamos a México; y en el seno del Congreso hicimos vivir por un instante el ideal colectivo de nuestras masas estudiantiles: sus luchas violentas contra el espíritu estático de la Universidad, su esfuerzo titánico por la propia emancipación, el dolor de los maestros que nos traicionaron, el placer de las multitudes que nos aplaudieron, la gloria de ver triunfar una fe, un concepto idealista, una fuerza renovadora. Les referimos nuestra agitada historia de un instante, haciendo resaltar lo que representaría, especialmente para los pueblos de América, un ideal colectivo, generoso,

creador, encendiendo a las grandes masas universitarias y llevándolas a ejecutar con el brazo aquello que vislumbraron con el pensamiento. Y así fué cómo hallamos en aquella juventud allí reunida un solo corazón para nuestro afecto y una sola voluntad para nuestros deseos. Planteados los problemas fundamentales se esbozó un amplio plan de acción a desarrollar. La Internacional Estudiantil debía ser el tronco de una vasta solidaridad, la base de una fuerte comunidad de voluntades que, recogiendo las esperanzas de la hora actual, llevara todo el vigor de las fuerzas nuevas al campo de los que luchan en la gran guerra cristiana de redimir al hombre de los terrenos yugos a que le unciera el hombre. Nadie con más derechos que la conciencia limpia de la juventud para salir en demanda de cosas nobles; nadie con más deberes que la juventud para exigir y esperar la palabra de la justicia social.

Así lo entendimos todos y así lo afirmamos en una profesión de fe para lo porvenir. Claro que, lógicamente, debía preceder al desarrollo de estos propósitos una total revisión de los métodos de enseñanza, para que las nuevas corrientes de la cultura nos dieran universidades que no se colocaran al margen de la vida; para que dichos institutos dejaran de ser esa cosa artificial y vacía donde con cuatro inmutables conocimientos se fabrica el profesional, y se tornaran en algo más sabio y más humano a la vez, es decir, en una fuente de sabiduría en donde el hombre pudiera sentirse hombre en la totalidad de su fuerza creadora dentro del mundo. En esos nuevos crisoles de la vida y del saber se purificaría la nueva conciencia de los hombres, y saldrían las multitudes redimidas de su caparazón de siglos muertos, dispuestas a hacer vivir en la acción la ideología de los más altos pensadores. Pero todas estas cosas, en aquella hora optimista de México, no fueron más que entrevistas nubes de esperanza. Aquel conjunto de voluntades fuertes y solidarias no eran más que un gran bloque virgen; era menester sacar de su entraña la nueva estatua. Y se eligió a la ciudad de Buenos Aires como taller para realizar esa labor.

El segundo Congreso Internacional debía dar forma definitiva a aquellos ideales hondamente sentidos y confusamente expresados. Y se puso el pensamiento en esta tierra porque en una hora

de exaltación lírica tuvimos la ingenuidad de creer en la emancipación intelectual de nuestras masas universitarias.

Pero he aquí, compañeros estudiantes de la República, que todo este optimismo se derrumba frente al espectáculo desolador que ofrecen en la actualidad las instituciones estudiantiles del país. La más absoluta miseria intelectual corroe la autoridad que en algún instante tuvieron dichas instituciones.

Al volver la pesada ola de la reacción, con su carga de oportunistas y politiqueros, ha barrido todo el prestigio que se conquistara cuando los valores éticos fueron la causa de toda acción, al par que la pauta orientadora en la apreciación de los hombres. No hay una idea noble, no hay una aspiración elevada que encauce y mueva la labor de los centros. Todo ha quedado reducido a una miserable lucha electoral con las mismas bajas pasiones y los turbios procedimientos que caracterizan a los que hacen de la política el mercado de sus apetitos.

Si alguna vez se creyó que la misión educadora de las instituciones estudiantiles era la razón misma de su existencia, hoy ese concepto no existe sino en los que con el más hondo dolor asistimos al fracaso de nuestros sueños cuando apenas habían nacido nuestras esperanzas.

Ante el espectáculo inmoral que ofrece la Federación Universitaria Argentina, culpable de la desmoralización nacional ¿qué podemos hacer los que tuvimos fe en un porvenir donde gobernarán los hombres esclarecidos por la inteligencia y la aristocracia de la conducta? No queda otro camino que el de lanzar a la faz de la República una palabra vibrante, que sea a la vez denuncia y azote para los que traicionaron los ideales de una juventud que los supo hacer triunfar sacrificando muchos sentimientos y afrontando largas horas de lucha.

Después de haber derrumbado organizaciones universitarias, después de haber arrojado de sus posiciones a los maestros de una generación para afirmar la base de una ética en la conducta de los hombres, venimos a demostrar que somos incapaces de implantar esos mismos principios en nuestras propias instituciones.

Hechos recientes, que son del dominio público, han eviden-

ciado que la actual Federación Universitaria Argentina no puede ser la corporación representativa de los estudiantes, porque carece de toda autoridad, intelectual y moral, para orientar una acción y ser responsable de ella. Toda su labor, durante el último año, se ha reducido a rencillas bochornosas y a maniobras desvergonzadas que han precipitado su decadencia en el concepto de las masas estudiantiles.

En nuestro reciente viaje por Europa y América, al regresar del Congreso realizado en México, tratamos de estrechar relaciones con numerosos centros universitarios, y obtener el mayor número posible de representantes para el segundo Congreso que debía realizarse en Buenos Aires. Hace más de tres meses que están en poder de la Federación Universitaria Argentina varias notas venidas del extranjero, entre ellas una del Rector de la Sorbona, M. Appel, y otra del Ministro de Instrucción de México, D. José Vasconcelos, y todavía ninguna de ellas ha tenido contestación. Con tal motivo, en la imposibilidad de obtener una respuesta por parte de esta institución que representa la voz y el pensamiento de los universitarios de la república, se nos han dirigido cartas particulares en las que nos manifiestan sus quejas por tal descortesía. No nos asombra, sino que nos indigna este descomedimiento; y no nos asombra porque en el orden interno está pasando lo mismo. Ha habido una serie de conflictos en Córdoba, Tucumán y Litoral sin que la Federación Universitaria Argentina dijera una palabra al respecto; y no la ha dicho, en parte por inepticia, y luego porque, aunque la hubiera dicho, nadie la habría escuchado: tal es el desprestigio en que las han hundido sus autoridades actuales. Se ha perdido toda noción de responsabilidad, y por ello no se vacila en cometer aquellas mismas acciones que tan enérgicamente fustigara la conciencia de la nueva generación. Ayer arrojamos a los falsos maestros, hoy debemos arrojar a los falsos discípulos. Y con estos debemos ser más despiadados aún, puesto que aquellos tenían su raíz ideológica en una generación pasada, y eran fieles a ella, pero éstos están dentro de nuestra generación traicionando su profesión de fe y desvaneciendo sus esperanzas. El peor enemigo de una causa es su mal defensor. Debe, pues, la juventud del

país, hacer pedazos la actual Federación Universitaria Argentina, organismo estático y sin orientación, que ha perdido su fuerza al desarraigarse de la conciencia universitaria y dejar de vivir su vida tan llena de inquietudes y de aspiraciones. Corremos el peligro de que la nueva personalidad estudiantil muera en nuestras propias manos, y resurjan las fuerzas derrotadas para reconquistar el campo que perdieron. No es posible que por un espíritu de tolerancia cobarde nos estemos complicando todos en la acción de una comedia inmoral, donde el fundamento mismo de la reforma sirve para cubrir ambiciones deleznable y apuntalar situaciones ya hundidas en el concepto de toda conciencia no contaminada.

Compañeros estudiantes de la República: al regresar del Congreso Internacional de México, era menester que la Federación Universitaria Argentina impusiera a los universitarios del país acerca de la forma como habíamos cumplido con nuestro deber. Ahora sabéis por qué no lo ha hecho.

En casi todos los países de América y de Europa se han establecido ya las secretarías de la Primera Internacional Estudiantil. La Argentina ni siquiera se ha adherido: pero ahora sabéis por qué.

Y si mañana sufrimos algún desaire por parte de las Federaciones Estudiantiles de Europa o América, también sabréis por qué.

Nosotros hemos dicho nuestra palabra, que será conocida por los de acá y por los de fuera. Con ello justificamos nuestra actitud y salvamos la responsabilidad contraída.

Junio de 1922.

Redactado por Héctor Ripa Alberdi y firmado por él en unión de Arnaldo Orfila Reynal, Pablo Vrillaud y Enrique Dreyzin.

I N T E N C I O N E S

VALORACIONES... LA PALABRA ES DE UNA SONORIDAD enérgica y vibrante: rotunda en sus primeras sílabas, se aluenga y se afila en las terminales. Acaso vaya en ello sintetizado el simbolismo de la espada que en esta ocasión conviene cabalmente a la inquietud polémica de nuestros espíritus. A los que venimos a provocar batalla dentro del campo de las ideas, no está mal que con el tiempo pueda servirnos de ejecutoria la significación juvenil y combativa de una palabra. Nuestra actitud es de rebeldía contra los valores gastados que aun perduran, y de afirmación de nuevos valores. El país, en materia de cultura, está muy lejos de alcanzar el ritmo de la cultura europea. Las universidades atrofiadas bajo el grueso cascarón de la rutina, siguen siendo esas pesadas y desesperantes carretas del progreso, que llenaron de orgullo al espíritu resignado y elemental de nuestros abuelos. Otra cosa demanda la evolución moderna de las ideas. En los tiempos actuales, la fantasía y el pensamiento de los hombres son muy diversos de los de aquellos que veían en la novela experimental la más completa manifestación del arte, y en la espesa filosofía positivista la totalidad del espíritu humano. Esa nueva fantasía y ese nuevo pensamiento, que nos llegan traídos por una amplia y

poderosa corriente de humanismo, hemos de recoger en estas páginas, afirmando así, sobre una sólida base idealista, nuestra posición estética y filosófica.

La acción de la revista abarcará todas las manifestaciones de la vida nacional y extranjera, deteniéndose especialmente en aquellos hechos o ideas que de algún modo contribuyan a la definición histórica del momento. La vida anecdótica de los corredores y de las plazas, la vida intensa de las aulas y de los libros, los grandes como los pequeños acontecimientos, todo guarda su sabor esencial, su partícula de sustancia perenne, y contribuye por lo tanto a perfilar la fisonomía de los pueblos, dentro del cauce universal por donde pasa la corriente de la vida humana.

En la actividad fundamental de nuestro país, las cuestiones universitarias asumen actualmente un papel preponderante. Les dedicaremos, pues, la atención que en tal sentido merecen. No admitiremos la discusión entre reformistas y anti-reformistas. Los que en este instante se colocan en ese terreno, están accionando sobre el más burdo tinglado de la farsa. La bandera de la reforma, que en otro momento fuera el símbolo de una actitud gallarda, hoy no es más que el trapo descolorido que envilecieron las traiciones de los mercaderes. Sostendremos que ninguna bandera política o religiosa debe agitarse dentro de la Universidad; en ella todos los anhelos culturales deben hallar completa satisfacción. Y así como exigiremos del alumno una ética estricta en sus procedimientos, también nos reservamos el derecho de someter a una crítica severa las reputaciones falsas que abundan en el profesorado. Creemos que actualmente la política universitaria ha descendido a un plano subalterno, transformándose en lucha de pasiones donde no se juegan más que los intereses personales. Al margen de toda esa bullanguería de comparsa, haremos efectiva la reforma en la manera honesta como nosotros la entendemos: superación mental del estudiante y crítica del profesorado. Es necesario que los estudiantes terminen de una vez esos discursos apologeticos de las huelgas pasadas. La historia es una almohada muy confortable para dormir y soñar. Ahora es menester despertarse porque ha llegado la hora del trabajo. Hay que dar vida por medio de una labor estudiosa a aquellas aspiraciones vagamente enunciadas. En las páginas de *Valoraciones* trataremos de hacer

en ese sentido una labor constructiva, orientando a la juventud hacia rutas fundamentales de la alta cultura. No acogeremos por lo tanto ninguna voz que venga a quebrar nuestra armonía de acción y de pensamiento. Los que con nosotros no estén, guarden la distancia y defiendan sus posiciones: no les daremos armas para que combatan contra nosotros, y mucho menos desde nuestra propia torre. Luego, aceptaremos la lid caballeresca pero no la riña desgredada. Atacaremos con toda la reciedumbre del brazo joven, sin descomponer por ello la elegancia del ademán. De manera que si abrimos heridas en el adversario, no podrá decir que lo fué porque usamos armas innobles. “Con la pluma vuela el hierro que ha de herir”, dijo el docto conceptista. Bien sabemos que ese hierro puede ser la lanza homérica del discurso o la saeta enherbolada del epigrama. De ambas hemos de usar, tratando de poner en ello la prudencia del justo y la certeza del diestro.

Septiembre de 1923.

Artículo - programa de la revista VALORACIONES.

ULTIMA PALABRA

DE AQUI EN ADELANTE NO DEFENDEREMOS LA reforma universitaria, sino que la haremos efectiva. Hoy hasta los más torpes reaccionarios se erigen en sus paladines, pero interpretándola, como es natural, con un criterio absurdo y malintencionado. Diremos pues aquí, de un modo sintético, nuestra última palabra en defensa de todo lo que contra ella se ha dicho.

Mucho es en verdad lo que se ha hablado acerca de los movimientos estudiantiles habidos en los últimos años, así como también de sus consecuencias.

Ha faltado casi en absoluto el abierto espíritu de comprensión, capaz de descubrir en ese férvido movimiento de juventud una nueva fuerza histórica llamada a renovar las bases fundamentales de nuestra cultura. Y esa falta de sentido humano para entrever la honda corriente espiritual que nutría y vigorizaba la raíz de una generación, inspiró todos los ataques de las fuerzas reaccionarias. Nadie advirtió que era la sublevación de una juventud cansada, aburrida de ver siempre los mismos panoramas intelectuales a través de una enseñanza rutinaria y elemental. En todas las Universidades de la República se levantaron los enemigos de los estudiantes. Se les llamó revoltosos porque tuvieron que

apelar a la revolución para que se les oyera en la demanda de sus derechos; se les llamó holgazanes porque esgrimieron la huelga como arma de lucha; se les llamó declamadores porque no expusieron, como base para la nueva Universidad, todo un sistema, con sus normas absolutas: planes de estudio, ordenanzas, reglamentos y demás geometrías del espíritu. Nadie se puso a pensar que cuando una multitud se levanta es porque hay algo dentro de ella que así la inspira, y que debe por lo tanto merecer el estudio y no el anatema. Los hombres individualmente podrán obrar por caprichos, pero una voz colectiva es siempre la voz de un estado de conciencia. Cuando los hombres se unen para construir o para derribar, es porque con el tiempo esa actitud se ha venido haciendo necesaria. De ahí que al llegar esos instantes en la vida de los hombres o de las instituciones, baste tan sólo un hecho o una voz para que las conciencias solidarias sientan un mismo impulso y se encuentren proclamando un mismo ideal. Esa es la enseñanza de la historia, esa es la lección harto repetida desde que las fuerzas dinámicas de la cultura se apoderaron del alma del hombre para orientar su acción y su pensamiento. Sólo un espíritu estático, adormecido al margen de toda actividad creadora de la inteligencia, puede levantarse a condenar el gesto unánime de una juventud que llegó a la violencia por el camino de la sinceridad y de la convicción. Era menester esa sacudida violenta para que la Universidad pudiera despertar de su letargo: El misoneísmo pesaba como una lápida sobre nuestra cultura, y llegó a cegar de tal manera el espíritu de los hombres de estudio, que no vieron más que anarquía destructora en la agitación estudiantil. Hubiera sido suficiente el más atenuado sentido filosófico de los hechos, para entrever en ese confuso clamoreo de voces el asomo de una nueva fuerza espiritual. Así, de esa manera turbulenta e imprecisa, han aparecido siempre todos los ideales destinados a abrir rumbos en la vida de los pueblos. Exigir, por lo tanto, mayor elegancia o cierta compostura académica a una muchedumbre de estudiantes, es no haber sentido nunca el calor de las pasiones humanas. Por eso aquellas vidas a las que jamás llegaron las voces de la calle, voces que son como las alas sonoras de la conciencia colectiva, no pudieron ni pueden llegar a comprender el valor afirmativo que para el desarrollo de nuestra cultura tendrá la últi-

ma revolución universitaria. No creo en los efectos de la reacción que ahora inician los impacientes que piden frutos al retoño.

La Universidad argentina ha cerrado sus puertas a las corrientes retrógradas que quieren volver a entrar, y reclama al momento actual una expresión nueva de la inteligencia. La masa estudiantil no puede darla, porque hasta tanto no llega su responsabilidad. Sólo pudo exigírsele la rebelión altiva y desinteresada contra el dominio de las fuerzas anacrónicas, y en ese sentido respondió íntegramente al llamado de la época. La posición afirmativa, la siembra de las nuevas ideas, es la labor que hay que comenzar. Esa es la misión de aquellos cuyo pensamiento ha madurado al calor de las ideas filosóficas fundamentales. Pero en tanto llega esa nueva palabra, que señalará un rumbo seguro a la actividad de las nuevas generaciones, debemos comenzar la labor creadora que salve la responsabilidad contraída y afirme nuestra posición frente al futuro.

Somos los primeros en reconocer los errores que la juventud comete cuando se lanza en aventuras de esta índole; pero también sabemos que esos son los errores de todo movimiento colectivo. La muchedumbre no puede detenerse en el camino para pensar en las consecuencias de ciertos actos; un momento de reflexión puede perderla. Pero con la misma buena fe con que cometió ayer esos errores, hoy está dispuesta a rectificarlos. Serán arrojados de la Universidad, los que hayan llegado a ella sin merecerlo, aprovechando un instante de confusión. Y a la vuelta de todos esos cambios se impondrán los que realmente triunfen en la cátedra. La Universidad habrá ganado enormemente con todo ello, porque su espíritu será otro, y nuevos hombres tomarán la dirección de la enseñanza universitaria infundiendo renovados bríos al progreso cultural del país. Dice Virgilio en su Libro Primero de las *Geórgicas*: "bueno es también a veces el incendio del campo estéril". Yo pienso que la reforma universitaria ha sido el incendio de un campo estéril. Todo se ha quemado, pero esperemos el renacer de todo.

1923.

ESTUDIOS Y
DISCUSIONES

AL MARGEN DEL AMBIENTE LITERARIO

LAS ESCUELAS LITERARIAS QUE NO SE APOYAN en un sólido fundamento estético son siempre de un vivir efímero. No quiero significar con ello que sean absolutamente perecederas y que el tiempo se las ha de llevar sin dejar la más insignificante huella de su paso. Suele haber en ellas algo de permanente que con el andar de los años se desprende del resto, y entonces los críticos de visión clara lo extraen de entre las cenizas que alentaron la deslumbradora llama de un día.

Acontece en asuntos atañedores a escuelas de arte, como en todo asunto, que son siempre los fanáticos los que descomponen la forma desviando la corriente espiritual por los cauces más imprevistos. Indiferentes a toda crítica, arrasan con lo existente al par que crean una nueva manera. Nada importa que el resultado responda o no a una elevada concepción artística, lo fundamental es que sea nuevo. Y a veces sucede con estos pertinaces buscadores de novedades que llegan a descubrir cosas ha mucho tiempo descubiertas; es lo que sucedió con los inventores del verso libre.

Un juvenil afán de originalidad suele llevar a muchos hombres inteligentes a derrochar su talento en trabajos insustancia-

les. La originalidad no puede ser nunca norma exclusiva para la realización de un ideal estético. Las elevadas manifestaciones del arte puro, hechas con honradez intelectual, son siempre originales porque trasuntan la fisonomía recóndita del alma del artista. Y son así puesto que la originalidad es inherente a la obra misma; viene diluída en su esencia y es por lo tanto inseparable de ella: como la fragancia en las flores o el color en las cosas. Y por lo mismo que es algo natural e inconsciente, no se tiene en cuenta en el instante de la concepción. De ahí que cuando se la tome como finalidad no sea más que un falso reflejo; engañando al artista, lo hace desviar de la verdadera ruta, de la ruta “donde el corazón alumbra como una lámpara”. La originalidad como objeto, como fin del arte, engendra tan sólo obras falsas por lo artificiosas; carecen de la espontaneidad que trae en sí el fuego sagrado del alma e infunde a lo creado un cálido soplo de vida. Productos de la alquimia cerebral, no vibra en ellas la onda emotiva, y como esas plantas que nacen en la sombra, llevan en la hermosa palidez de su pigmento el sello fatal de su destino.

CUANDO NUESTROS POETAS, ATRAIDOS POR LA sirena simbolista, y al amparo de los númenes revolucionarios de Francia — a cuyas riberas los transportara la barca opulenta de Darío — se esforzaban en el remedo de los ritmos nuevos, de los epítetos violentos y de las ideas exóticas, raro fué el escritor que se alejara de los senderos trillados para extraer de las fuentes eternas la savia inmortal, preferida por los espíritus selectos que anhelan sobrevivir a las escuelas transitorias.

Cundía en nuestro ambiente literario ese soplo rebelde que levantaba la frente de los jóvenes poetas, y con arrogancia pueril les hacía arrojar al olvido toda norma anterior. Con el afán de encauzar la “nueva sensibilidad” ensayaban formas caprichosas, sometiendo el verso a toda clase de torturas. En mala hora el admirable cantor de *Sagesse* echara a volar su concepto de la poesía, en aquella frase que fuera luego tan traída y llevada por los livianos rimadores de la decadencia; y como si ello no fuera bastante, Rubén Darío, para mayor desventura, nos hace oír la armo-

niosa risa de la marquesa Eulalia. La música fué desde entonces la estrella de los poetas, y en el afán de alcanzarla, lamían y re-lamían la forma, soñaban con el siglo XVIII de Francia, exuberante de princesas danzando al ritmo de las pavanas y de las gavotas; y así la sensibilidad iba perdiendo vigor a trueque de refinamiento. El numen languidecía en ese ambiente de fragancias extemporáneas. En su amor por la danza en los salones de Luis XV había perdido la aptitud para el vuelo soberano en la inmensidad de las noches estrelladas, y en la contemplación de los paisajes de Watteau, el alma del artista había perdido la capacidad para abarcar los vastos rumores que se levantarán un día de las vírgenes selvas de Chateaubriand.

Todas las nobles virtudes que son prestancia de las almas superiores se habían desvanecido. El estudio reposado que aquilata el saber, la frecuencia de las grandes páginas del pensamiento y de los poemas inmortales eran el solitario templo al que tan sólo acudían un reducido número de oficiantes. El humanismo, flor del Renacimiento, era senda demasiado escabrosa para aquella juventud vagabunda, veleidosa y gárrula, que a toda costa quería volar sin advertir que carecía de alas. Se quedaba contemplando la propia melancolía,

E il piacer de mirarla era celeste.

En aquel ambiente se escribieron esos libros empalagosos, como los que fustigara Carducci en su tierra, diciendo que tan sólo sirven para distraer los ocios de las camareras sentimentales. Nuestros poetas creyeron en el sagrado aliento de las musas, tomaron al pie de la letra aquello de que el poeta nace... y en vano aguardaron el celeste fuego de la inspiración. Olvidaron que los maestros del simbolismo habían llegado al nuevo país del arte después de doblar las cumbres de las viejas montañas: conocían los idiomas clásicos y se habían empapado en las aguas eternas de las grandes culturas. La armonía y el pensamiento de griegos y latinos habían dejado su voz perenne bajo el ropaje de las formas transitorias. Jules Laforgue había respirado en las auras ger-

mánicas el amor por la alta disciplina filosófica; Paul Verlaine contempló el mundo del arte desde las colinas romanas, y en su peregrinar por las tierras de Milton, cuando la vida le fué cruel, deñendióse enseñando el idioma de Horacio; Stéphane Mallarmé estaba poseído de una gran curiosidad intelectual y exponía con pasión la estética hegeliana que le sirvió de plinto para levantar la propia estética; y el mismo Rubén Darío no habría dado al idioma esa flexibilidad de onda clara si no hubiera escuchado el secreto de la lengua en el rumor sereno y hondo de los clásicos castellanos. Su juventud laboriosa le llevó a catar los añejos vinos, y en ellos halló la oculta esencia que había de ser la sustancia fundamental de su fibra posterior.

Pero nuestros jóvenes que no vieron en Verlaine más que al desdichado peregrino de las tabernas, y en Darío al bohemio de las rimas galantes, se refugiaron bajo el ala de la fantasía, aguardando no sé qué pájaro azul que había de anunciarles el venturoso advenimiento de la gloria. Y esta ave quimérica fué tan fiel a los moradores de nuestro parnaso como el cuervo del arca bíblica.

ESE CONTINUO TAÑER EN UNA MISMA Y DES-
afinada cuerda terminó por cansar a los espíritus y ser la causa de una reacción brusca. Al desembarazarnos del refinamiento neosimbolista caímos en brazos de un realismo un tanto pueril. El desventurado Evaristo Carriego da los primeros pasos en esta nueva senda. El ya no ha de cantar a la marquesa Eulalia, sino a la obrerita del arrabal; no cantará a las flores extrañas que en otros tiempos exornaron por un instante el fausto palatino, ni remontará la corriente de los años para despertar en los viejos nidos la lengua de los ruseñores muertos. La musa que le inspira es más humilde y más humana: tiene la encantadora sencillez de las florecillas silvestres y la serena cordialidad de las almas nobles. Su poesía peca con frecuencia de prosaica, pero la redime una llama interior, idealista y sentimental, que pone un ansia de amor y de belleza aun allí donde el cansancio de vivir quiebra las alas a la inspiración propicia. Las cosas más sencillas, cuando llega a iluminarlas el sentimiento de un verdadero poeta, se transfiguran

y trascienden la emoción de su belleza oculta. Eso es lo que hizo Carriego: en el tono dulcemente elegíaco de sus poemas cantó la vida olvidada y triste de la gran metrópoli; levantó, engalanada en la armonía del verso y ennoblecida en la emoción poética, la mujer pálida y silenciosa a quien la vida le anticipa el ocaso, desvaneciéndose como las rosas crepusculares, en un lánguido aroma de sonriente resignación.

Esta reacción realista puede decirse que se extinguió con la voz del poeta que la iniciara. Si se la acogió con simpatía no fué seguida con entusiasmo. Sólo en estos últimos tiempos, aunque con un matiz diverso, vuelve a retoñar en la obra de Fernández Moreno (1) y la pléyade lamentable de sus discípulos, insignificantes copleros empeñados en rebajar el noble concepto de poesía. La manera poética cultivada por el autor del *Intermedio Provinciano* es tan sencilla que a todos ha parecido fácil de imitar, y cuanto escritorzuelo existe por estas tierras ha dado en la tarea de rimar tonterías con seriedad y suficiencia, como si aguardara el momento de trasponer los umbrales del Paraíso llevado por la mano angélica de Beatriz. Desde luego, no debe cargar el maestro con la culpa de que le hayan salido discípulos tan zopencos; aunque bien pudieran éstos, para justificar sus extravíos, esgrimir en más de una ocasión chabacanas estrofas de aquél. Porque en este caso, como en el de los discípulos de Darío, sucede que se imita lo peor, lo más pueril y más defectuoso, precisamente porque es lo más fácil de ser imitado. Pero esa es la corona de espinas que ha debido ajustar a su frente todo espíritu que se haya levantado sobre el horizonte de la vulgaridad. De estos imitadores de Fernández Moreno no se puede esperar absolutamente nada, son simples repentistas que carecen de la más superficial cultura estética. El tiempo se los llevará al olvido y sólo se ha de salvar el iniciador de la escuela, después que los críticos avienten la abundante paja que hay también en su cosecha.

(1) Entre Fernández Moreno y Carriego hay un núcleo distinguido de poetas como Banchs, Marasso, Capdevila, Arrieta, etc., de quienes me ocuparé en una obra que tengo en preparación. Es posible que agregue también un trabajo sobre *Lugones y Rojas*.

HOY REINA EN MATERIA LITERARIA LA MAS completa desorientación. Andamos a tientas en la sombra sin acertar con la ruta definitiva. Acostumbrados como estábamos a seguir el ritmo de la producción europea, lógico era que el extravío de allende repercutiera en la literatura de aquende. Los literatos europeos andan a la busca de novedades que llamen la atención del público. Y para llegar a ello no escatiman extravagancia de forma ni sensualismo de fondo. Es una orgía de exotismo de la que ha huído definitivamente el buen gusto. Una exuberante floración de "ismos" (dadaísmo, futurismo, creacionismo, etc.), ha surgido especialmente en tierras de Francia, al amparo de espíritus endebles que han perdido el vigor para empresas de mayor aliento. Todo ello no es más que el fruto desabrido que nos brinda la decadencia de la alta cultura. Únicamente el retorno a las páginas inmortales podrá devolver a los espíritus la serenidad cálida de armonía y sabrosa de pensamiento. Sólo podrá redimirnos de este infierno de banalidades "il lungo studio e il grande amore", que grabara en la montaña de su *Comedia* la mano firme del gran florentino.

1921.

ESCOLIOS Y EVOCACIONES

Ingenuidad sonora

NINGUN ACONTECIMIENTO HUMANO DEBE SERnos indiferente, por la gran lección de vida que entrañan las acciones de los hombres. Estos, en su paso hacia el infinito, van dejando en la memoria de los que quedan la fisonomía borrosa de los que fueron. Y será mayor nuestra curiosidad histórica cuanto más caudalosa sea el agua de pensamiento que brota de las páginas del infolio remoto. De los hechos podemos extraer una lección ética, una lección ideológica o simplemente una emoción estética. (Acaso alguien pretenda también hallar una religión, y levantar templos y altares para elevar las preces del patriotismo chabacano y tamborilero; pero eso es polvo de casa antigua... y ya soplarán los vientos). Para que ocurra lo primero ha de reverdecer una nobleza superior en las acciones pasadas; para lo segundo, será menester una proyección de los espíritus hacia lo futuro; y lo tercero dependerá de la educación artística del alma que contempla.

Si volvemos la mirada para observar con espíritu de poeta y de filósofo la trayectoria de vida de nuestro pueblo, veremos que es harto ingenua y sonora. De largo en largo se ve, en la lucha

de nuestros hombres, algún claro ideológico que se destara en la sombra del pasado como un abra en la montaña. El gaucho pendenciero o el ambicioso de pocas letras pasan por los campos argentinos, el uno dejando la vibración de su alarido salvaje, pero heroico, y el otro, la página doctoral, labrada entre una revuelta cuartelera y una lectura de Tocqueville. Si se escribió una *Carta de Yungay*, era porque en el Ejército Grande no se había alcanzado más que el secundario menester de boletínero. Si en la restauración del cintillo rojo se vislumbraba la sombra de la tiranía, era porque a la vuelta del exilio todos creían tener derecho a redimir el país. Cada uno traía en el zurrón el poema ripioso y doliente o el panfleto contra Rosas, para aquilatar sus virtudes y cobrar en oro de gloria el pan amargo del destierro. Querían agigantarse bajo la protectora sombra del martirio, y obtener así, por elevación del pedestal, lo que no alcanzó la propia estatura. Esa es nuestra historia política desde la revolución de Mayo hasta hoy; hueros demagogos, soldados pintorescos y alguno que otro poeta o pensador que sirvieron de espejo plano para reflejar la luz que venía de Europa. Ello no se debe a otra cosa más que a la falta de substancia espiritual. Cada hombre que ha de hablar al pueblo, es menester que lo haga desde la tribuna de Demóstenes... aunque Demóstenes sonría. Hay que llenar con inflazón retórica el espacio que se negaron a ocupar las ideas. Nos halaga el ruido, la vana ostentación, el empaque magistral: todo lo hemos heredado de aquellos hombres que tan pronto rayaban el suelo con la contera de la espada, como hacían vibrar las desvencijadas liras. Por eso si asistimos hoy a una clase de historia, así sea en la escuela primaria, en el colegio secundario, y aun en alguna universidad, veremos que lo que se enseña no es historia sino epopeya; nuestra ingenuidad nos hace correr tras los tambores. Se magnifican los personajes y las acciones con un entusiasmo infantil. La mano que cortó más cabezas es la más heroica y el hombre que pronunció más arengas el más eminente.

Todo ello a pesar del "otium cum dignitate" de Cicerón.

Esto le diría...

LA DISCRECION ES UNA GRAN VIRTUD, PROPIA de los espíritus nobles. La sabiduría es una estrella muy lejana que algunos hombres llegaron a contemplar, pero hasta muy pocos llegó su celeste claridad.

No busques la fama entre tus contemporáneos, porque cuando bajas a la tumba volcarán sobre ti todos los epítetos de la lengua; luego los cubrirá la tierra y se hará el silencio definitivo. Esculpe tu estatua en la soledad, en forma lenta pero segura, y luego déjala que la descubran los hombres del futuro. Entonces será llegado el momento de agitar las alas inmortales, como la Victoria de Samotracia. No digas a nadie: aquí estoy, como lo hiciste desembozadamente en tiempo de tus viejas rebeldías, y como tácitamente lo haces hoy; deja más bien que los otros digan: aquel es. Has de saber también que ningún hombre llegó a dominar todas las ciencias y aquellos que de todo hablaron son los que más dilates dijeron. La sabiduría es como los ríos de montaña, de cauce angosto pero profundo. Nunca pretendas dar una ciencia que no poseas: no te obliga a tanto la generosidad; tú eres poeta, pues bien: canta; no en estrofas rígidas y perfectas como una fórmula matemática, sino en versos donde palpite una férvida emoción humana. Haz lo que te digo y serás un hombre honesto y grande.

Esto le diría a don Leopoldo, si yo hubiera heredado como Espeusipo el solio magistral de la Academia; y luego me echaría a andar por la ribera del Iliso murmurando alguna estrofa de ágil ritmo anapéstico o el enjundioso aforismo de algún poeta gnómico.

Bueno fuera...

BUENO FUERA QUE EL HIJO DE SAMOSATA, CON su despiadada pluma y su ironía encantadoramente cruel, resucitara en algún hijo de este siglo. Necesidad tenemos de la frase cortante y ágil que hiera con la fría penetración del acero la co-

rrompida carne de los hombres, como con tanta bizarría de estilo lo hiciera el autor de *Icaro-Menipo*.

Fuera menester una pluma ligera y heroica, desvergonzada y sonriente, que desnudara las conciencias a la luz del sol, para que las gentes pudieran advertir cuánta inmoralidad pasa ante nuestros ojos, oculta bajo los mentidos velos de la virtud.

El carácter, hijo de la pureza espiritual, vive en perpetuo exilio lejos del Ágora y de la Academia. La hipocresía, que, como el agua, a todas las formas se conviene, ocupa el más alto peldaño en la rampa social. Ello se debe a que estamos bajo el reinado de la incultura; aquel que proclame su pensamiento (claras mentes de Bertrand Russell y Romain Rolland, prestadme vuestra rebeldía) será condenado a silencio o a calumnia, que tal es la cicuta de los nuevos tiempos. Sólo triunfa el que es capaz de encender pasiones pequeñas, porque la multitud levanta, no a los que le hablan^o desembozadamente, sino a los que le murmuran al oído. Y aquellos que padecen de cobardía moral y sienten por lo tanto la voluptuosidad de la intriga, se allegan a esa multitud, le dicen el gran secreto, la enorme revelación, y he aquí que la multitud bate palmas o he aquí que la multitud injuria. El aplauso de la multitud es el viento que infla las glorias percederas y la injuria de las lenguas vanas es el murmullo que levantan las glorias perdurables.

1921.

ENCUESTA DE “NOSOTROS”

COMO ES USTED JOVEN, PRESUMIMOS QUE NOS podrá contestar a lo siguiente con absoluta franqueza:

1.º ¿Cuántos años tiene usted?

Veintiséis.

2.º ¿Hay entre usted y los escritores de su edad una común orientación estética? ¿Cuál es?

Solemos reunirnos semanalmente un grupo de jóvenes, para escanciar el afecto y la cultura en el vaso cordial del coloquio a la manera platónica. Es una nueva Academia, en la que ni murmuran los plátanos ni cantan las cigarras. El recinto es breve y austero como la estrofa de un poeta gnómico. Hay en él una hondura cálida de pensamiento, y cierta inquietud como si flotara una armoniosa danza de teorías. Desde un rincón, la Victoria de Samotracia, como en el verso de Darío, agita sus dos alas pentélicas; en frente, la Venus de Milo insinúa la elegante posibilidad de sus brazos perfectos. Esa es la Academia Rohde, que así la llamamos porque está en la propia casa de Jorge Max Rohde. Allí se ha leído y comentado la *Divina Comedia*, allí se ha leído y comentado el *Quijote*, así como también se han leído y comentado autores de

hoy, algunos de los cuales no serán de mañana y mañana no serán de ayer, porque simplemente no serán. Allí llegó Manuel Gálvez con los entonces inéditos capítulos de *La tragedia de un hombre fuerte*, que a mí se me ocurre sea más bien la comedia de un hombre débil. Allí entró también Eugenio d'Ors, y vino a decirnos, con la brevedad propia de sus glosas, que Menéndez y Pelayo era un hombre sin inquietudes, porque... jamás aventuró sus pasos hacia Toledo; y, en fin, por allí han pasado muchos y nos hemos quedado pocos. Julio Irazusta, el más joven de todos, habla de literatura inglesa y de los autores franceses contemporáneos, que conoce muy bien. Carlos Obligado, de cultura selecta, nos lee sus hermosas traducciones de Vigny o de Hugo. Creo que piensa reunirlos en un volumen. Jorge Max Rohde habla de muchas cosas; él sabe como para hacerlo bien de todas. Es el joven de nuestra generación que más ha leído y escrito. Hay en sus obras un gran amor de artista, pero, así como a las de Estrada, acaso el exceso de acicalamiento les quita fuerza y calor humano. Concurren también algunos otros jóvenes de acción y de pensamiento.

Este es el grupo a que me hallo íntimamente vinculado. ¿Hay entre nosotros una común orientación estética? Creo que sí. Amamos la belleza donde esté. No la desdeñamos porque se nos presente con atavío clásico o romántico, simbolista o futurista. Por otra parte, creemos con Croce que el arte es independiente lo mismo de la ciencia que de lo útil y de la moral. La definición kantiana, de que la "belleza es forma de la finalidad de un objeto en cuanto es percibida en él sin la presentación de un fin", nos da una pauta segura, limpia de todo utilitarismo, para apreciar los valores perdurables. No se puede empequeñecer el valor de eternidad que la obra bella tiene en sí, con limitaciones de escuela o de tiempo. Dentro de estas normas que nos levantan por sobre toda frontera mental, labora y se perfecciona en nosotros lo que Winckelmann llamara "el fino sentido interior".

3.º ¿Algunos otros jóvenes de su época, están diversamente orientados? ¿Quiénes son y cuál es esa orientación?

Hay un grupo reducido de jóvenes que sigue la escuela rea-

lista de Fernández Moreno, alimentándose de “las hojas que él arrojó”. Indudablemente que el autor del *Intermedio provinciano* es un gran poeta, pero ahora ha caído en la irrespetuosa puerilidad de escribir en el tranvía. Con ello ha demostrado que sigue muy de cerca los pasos de su maestro el colombiano Luis Carlos López. En sus últimos libros no se advierte más que el afán de parecer ingenioso. Un psicólogo rancio diría que para escribir esos versos se pone en movimiento la misma circunvolución cerebral que ejecuta los logogrifos y las charadas. Fernández Moreno debiera allegarse un día a sus discípulos, y componiendo su luengo rostro de arcipreste nocharniego, decirles: Amigos, hace tiempo que venís tomando en serio lo que en mí no es sino flor de humorismo. ¡Si queréis ser dignos discípulos míos haced algo como *Invitación al hogar*, *Casi égloga* y otras cosas frescas y hondas que hay en mis libros! Si no sois capaces de hacerlo, tampoco invoquéis mi nombre. Debéis tener en cuenta cuando escribáis vuestros libros aquello que dijera el enjundioso Gracián: “¿Qué importa que el entendimiento se adelante, si el corazón se queda?”

Una vez dicho esto, Fernández Moreno podrá volver a escribir impunemente:

San Luis se me figura
El agujero de una cerradura.

El inquieto e inteligente José Gabriel fué el teorizador y el apologista de esta escuela, cuyo discípulo dilecto es Alfredo R. Bufano. Creo que Gabriel no ratificaría actualmente muchas de las afirmaciones que dogmáticamente hiciera en *La Novísima*.

También hay una naciente escuela ultraísta. En México le dan un nombre más apropiado al llamarla estridentista, puesto que me parece advertir un gran fervor romántico en su frenética exaltación de la metáfora.

4.º ¿De los escritores mayores de treinta años, cuáles son los que merecen su respeto? ¿En alguno reconocería usted a un maestro?

Admiro en Groussac su talento de historiador y “el contorno

nítido y el andar nervioso” de su estilo; me deleita la prosa “muy antigua y muy moderna” de Enrique Larreta y Alberto Gerchunoff; tengo gran simpatía por la cultura humanista y la aristocracia mental de Angel Estrada; me merece el mayor respeto la enorme labor que representa la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas; de todos los Lugones me quedo con el gran poeta; en la crítica han evidenciado amplia cultura, buen gusto y criterio independiente Roberto Giusti y Alvaro Melián Lafinur; he hallado una poderosa garra de novelista en las páginas de Benito Lynch, especialmente en aquellas que trasunta la vida del campo argentino: solamente *Los Caranchos de La Florida* lo coloca a la altura de Roberto J. Payró. También estimo a Manuel Gálvez, pero en sus buenas novelas anteriores a la decadencia... A Roberto Gache y Arturo Cancela (no sé si tendrán más de treinta años; pido perdón si cometo un anacronismo) no los respetaré nunca, porque ellos me lo han enseñado así desde las páginas graciosamente pirrónicas de sus libros. Sin embargo, creo con Chesterton que “es más fácil escribir un buen artículo de fondo para el *Times* que una buena sátira en el *Punch*”. Por razones de peso, respeto las obras de Quesada, cuyo perfil intelectual quedará maravillosamente estilizado en aquella frase que escribiera una pluma volteriana: “Pertenece al grupo feliz de los que conciben sin esfuerzo y paren sin dolor”. Y finalmente, por razones de mal gusto, que en nuestro país son poderosas razones, respeto las torrenciales tiradas que se hacen de las descoloridas novelas del ex diputado señor Martínez Zuviría.

No puedo reconocer en ninguno de ellos a un maestro. Desde luego doy a esta palabra un amoroso y amplio sentido socrático. Para ser maestro es necesario poder llegar hasta las conciencias jóvenes con la virtud del diálogo sabroso y sencillo. Ello puede hacerse desde la cátedra o desde el libro, pero hay que poseer cierta filosófica sabiduría, y esa discreta galanura propia de los espíritus acendrados en “il lungo studio e il grande amore”. Sólo puede ser maestro de almas que comienzan a tallecer, aquél que tenga un concepto idealista de la vida y haya alimentado su lámpara con el fuego de las tres antorchas que en la tríade platónica

nos legara el mundo antiguo.

¿Y quién puede decir entre nosotros que amó el bien, la verdad y la belleza como suprema aspiración, y que a ello ajustó el ritmo soberano de su vida? ¿Y si alguien puede decirlo, posee la cultura superior y la aptitud cordial para derramarse en mansa y melodiosa corriente de sabiduría hasta el fondo de las conciencias juveniles?

5.° ¿Cuáles son los tres o cuatro poetas nuestros, mayores de treinta años, que usted respeta más?

En primer término Lugones y Banchs; luego sin establecer jerarquía, Arrieta, Marasso, Fernández Moreno y Capdevila.

6.° ¿Cuáles son los prosistas?

Ya lo dije: Groussac, Larreta y Gerchunoff.

7.° ¿Cuáles son los más talentosos jóvenes de su generación y cuyo porvenir cree usted más seguro?

Julio Irazusta, Jorge Max Rohde y Aníbal Ponce.

1923.

Contestación a una encuesta de la revista "Nosotros".

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

NACIO LA MADRE SOR JUANA INES DE LA CRUZ el 12 de noviembre de 1651, en San Miguel de Nepantla, lugar que a doce leguas de la ciudad de México se asienta sobre la falda de dos grandes volcanes que levantan hasta las nubes la anciana majestad de sus blancas cumbres. Todos sus biógrafos alaban el claro entendimiento y el afán de sabiduría que desde los primeros años de su vida puso en evidencia. Como sucede siempre cuando se trata de un gran ingenio, todas estas biografías, desde la del Padre Calleja hasta la de Amado Nervo, recogen pormenores infantiles, con más fragancia de leyenda que sabor de historia, para demostrar el asomo de la genialidad casi con la insinuación de los primeros dientes. La verdad es que desde muy joven manifestó su deseo de ir a México, pues había oído decir que en su Universidad se enseñaban “muchas ciencias”. A la edad de ocho años consiguió su propósito; pero hubo de conformarse con los pocos y flacos libros de su abuelo, en cuya casa vivió. Sólo pudo

(1) Estas páginas no son más que un esbozo para la realización de un trabajo que estoy preparando acerca del gongorismo en América. — H. R. A.

obtener que el bachiller Martín de Olivas le diera lecciones de lengua latina: primeras y últimas lecciones, sin contar las primarias de leer y escribir, que recibiera de maestro alguno; pues es bueno saber que fué obra de su único esfuerzo el caudal de ilustración, rico en todas ciencias, con que colmó el cauce ancho y hondo de su espíritu.

Muy grande era su pasión por el estudio, y ella misma nos lo cuenta con cierta gracia candorosa: “Desde que me rayó la primera luz de la razón, dice, fué tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones, que he tenido muchas, ni propias reflexas, que he hecho no pocas, han bastado a que deje de seguir este natural impulso que puso Dios en mí... Y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres es tan apreciable el adorno del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes e imponiéndome la ley de que si, cuando volviese a crecer hasta allí, no sabía tal o cual cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedió así, que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía a prisa y yo deprendía despacio, y con efecto, lo cortaba en pena de la rudeza; que no me parecía razón estuviere adornada de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno”.

Luego, no sabemos si por acuerdo de su familia o por deseo del Virrey, pasó al palacio como dama de honor de la Virreina. En ello discrepan los comentaristas. Unos, como Calleja, creen que fué una medida de familia, pues la temían “desgraciada por discreta o perseguida por hermosa”; otros, como Pimentel, opinan que, habiendo crecido de tal manera su fama, el Marqués de Mancera quiso prestarle su protección. El caso es que ella entró en palacio y allí vivió durante algún tiempo, asombrando a las gentes con la abundancia de sus conocimientos y despertando impulsos sentimentales con el encanto de su hermosura.

Todas las costumbres galantes del reinado de Felipe IV se reflejaban en la corte de aquel virrey de la Nueva España, pudiendo así el espíritu de Juana Inés tener conocimiento de los halagos que

ofrece la vida mundana. Pero más anchos espacios había menester su amor para dilatarse que los de la terrena vida, y para ello buscó la estrechez de la celda conventual, que cierra las puertas al deleite de los sentidos a trueque de abrir las ventanas al alma. Y así fué que un buen día, cuando apenas contaba diez y siete años de edad, se abrieron para ella los claustros del convento de San Jerónimo.

Refiriéndose a esta decisión de Juana Inés dice, en forma admirable, el padre Calleja: “Entre las lisonjas de esta no popular aura vivía esta discretísima mujer, cuando quiso que viesen todos el entendimiento que habían oído; porque conociendo que el verdor de los pocos años tiene su ternura por amenaza de su duración; que no hay abril que pase de un mes, ni mañana que llegue a un día, que lo hermoso es un bien de tan ruin soberbia, que si no se permite ajar, no se estima; que la buena cara de una mujer pobre es una pared blanca donde no hay necio que no quiera echar su borrón; que aun la medida de la honestidad sirve de riesgo, porque hay ojos que en el hielo deslizan más, y, finalmente, que las flores más bellas, manoseadas son desperdicio, y culto divino en las macetas del altar, desde esta edad tan floreciente se dedicó a servir a Dios en una clausura religiosa, sin haber jamás amagado su pensamiento a dar oídos a las licencias del matrimonio, quizás persuadida de secreto la Americana Fénix a que era imposible este lazo en quien no podía hallar par en el mundo (1)”.

Acaso llevóla a tal estado, más que la propia vocación, el deseo de desembarazarse de los hombres y el afán de entregarse al estudio. Al menos ello es lo que se infiere de sus palabras cuando dice en su famosa carta al obispo de Puebla: “Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio; con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado, y lo más decente que podía elegir en materia de seguridad, que deseaba, de mi salvación; a cuyo primer respeto cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias

(1) Aprobación del Reverendísimo Padre Diego Calleja, de la compañía de Jesús, (*Fama y obras póstumas del Fénix de México*, tomo III de las Obras de Sor Juana, Madrid, 1714).

de mi genio, que eran, de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros (1)". Tan intensa fué su sed de sabiduría que, joven y bella, alabada y requerida por los poderosos, no vaciló en desdeñar la gloria perecedera, y dejó marchitar la vida en la soledad estudiantosa de su celda. Allí, sin más maestro que los "libros mudos", penetró en todas las ciencias profanas para luego remontarse a las divinas. Tanto en filosofía como en física, en matemática como en historia, en literatura como en música llegó a poseer conocimientos nada comunes, pues, como ella misma lo dice, le pareció preciso, para llegar a la cumbre de la sagrada teología, "subir por los escalones de las ciencias y artes humanas". Voló su nombre en alas de la fama hasta trasponer las fronteras de su país y llegar a la misma España. Recibía continuamente cartas y poesías alabadoras de su talento. Tanto los marqueses de Mancera como los condes de Paredes se mostraban dadivosos con ella, que agradecía sus cariños con sonetos y romances. Prueba de la estimación de que gozaba es la siguiente anécdota. En cierta ocasión tuvo un incidente con la priora del convento, que era mujer de muy cortos alcances, y Sor Juana, ofendida, le dijo: "Calle, Madre, que es una tonta". La priora sintiéndose ofendida recurrió en demanda de justicia al arzobispo, que lo era fray Payo Enríquez de Rivera, y éste, a fuer de varón ilustrado, puso al pie de la página: "Pruebe la Madre Superiora lo contrario y se administrará justicia".

Pero no sólo palmas y rosas conquistó la prestancia de su talento, que también las desazones martirizaron más de una vez su espíritu. En la carta dirigida a Sor Filotea, seudónimo del obispo de Puebla, que es quizá la página más admirable de las que escribió la insigne poetisa, dice con referencia a este asunto: "¿Quién no creerá, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa, y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes? Pues Dios sabe que no ha sido muy así: porque entre las flores de esas mismas aclamaciones, se han levantado y despertado

(1) Respuesta de la poetisa a la muy ilustre Sor Philotea de la Cruz (Ob. cit. t. III, pág. 124).

tales áspides de emulaciones y persecuciones cuantas no podré contar”. Y esta su queja no es tanto contra los que la combatieron como enemigos, sino más bien contra los que la atormentaban susurrándole al oído abandonara los libros de ciencia profana, porque sólo servían para mitigar la lumbre divina que mora en los corazones. Cubriéndose con la capa de la modestia, dice: “Me han perseguido, no por saber sino por amar la sabiduría”, y “cabeza que es erario de sabiduría no espere otra corona que de espinas”.

Llegaron hasta prohibirle el estudio durante un tiempo por creer que el “estudio era cosa de Inquisición”. Pero los libros eran para ella esencia vital, y no podía vivir otra vida que la del espíritu. De ahí que cuando le faltó la substancia fundamental, murió en el mundo para comenzar a vivir en la eternidad.

Sucedió que, en cierta ocasión, el célebre orador portugués Antonio Vieyra lanzó desde el púlpito ciertas afirmaciones infladas de pedantería. Dijo “que ninguna fineza de amor de Cristo dirán los Santos, que él no diera otra mayor que ella, y a la fineza del amor de Cristo que él dijere, ninguno le había de dar otra que la igualara”. Sor Juana, que tenía gran respeto por las afirmaciones que sobre el mismo asunto habían hecho San Agustín, Santo Tomás y San Juan Crisóstomo, salió en defensa de ellas, derribando la suficiencia del predicador con la abundancia y firmeza de sus argumentos. Pero ella, con el recato que acostumbraba poner en todas las acciones, hizo esta refutación en carta privada al doctor Manuel Fernández de Santa Cruz, a la sazón obispo de Puebla (1). Este prelado, a pesar de inclinarse ante el talento de Sor Juana, se permitió reprocharle por el hecho de que se ocupara más de las cosas humanas que de las divinas. En su respuesta, entre una amabilidad gentil y una alabanza justiciera, le decía: “Mucho tiempo ha gastado v. md. en el estudio de los filósofos y poetas; ya será razón que se perfeccionen los empleos, y que se mejoren los libros”. Y más adelante: “No es poco el tiempo que ha empleado v. md. en estas ciencias curiosas; pase ya, como el gran Boecio, a las provechosas, juntando, a las sutilezas de la natural,

(1) Véase *Crisis sobre un sermón*, en *Obras poéticas*, tomo II, de las Obras de Sor Juana, Madrid, 1715.

la utilidad de una filosofía moral". Estas recriminaciones se clavaron como flechas en el corazón de la poetisa, abriéndole hondas heridas de amargura, que la llevaron a una soledad donde sólo cultivó sangrientas rosas de penitencia. Contestó Sor Juana con la carta admirable que antes cité. Hay en ella páginas de un vigor realista y de una altura de concepto que no desdeñara la pluma sobria de Santa Teresa de Jesús.

Recorre a la historia sagrada y profana para extraer copiosos argumentos, y salvar con ellos los derechos que también tiene la mujer de llevar sus labios a la fuente de la sabiduría humana. Por instantes, llena de humildad, dice que seguirá los consejos del obispo, pero luego su espíritu bien templado no puede dejar de vibrar, y soltando su pensamiento extiende párrafos firmes, de una firmeza de acero. Al principio le manifiesta al destinatario: "Digo que recibo en mi alma vuestra santísima amonestación, de aplicar el estudio a Libros Sagrados, que aunque viene en traje de consejo tendrá para mí sustancia de precepto". Luego se levanta, rebelde a la derrota, haciendo una curiosa defensa de sus estudios. "¿Cómo, agrega, sabría yo los métodos generales y particulares, con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo sin retórica entendería sus figuras, tropos y locuciones? ¿Cómo, sin física, tantas cuestiones naturales de las naturalezas de los animales de los sacrificios, donde simbolizan tantas cosas ya declaradas y otras muchas que hay? ¿Cómo si el sanar Saúl al sonido del harpa de David fué virtud y fuerza natural de la música, o sobrenatural, que Dios quiso poner en David? ¿Cómo, sin aritmética, se podrán entender tantos compuestos de años, de días, de meses, de horas, de hebdomas tan misteriosas, como las de Daniel, y otras, para cuya inteligencia es necesario saber las naturalezas, concordancias y propiedades de los números? ¿Cómo, sin geometría, se podrán medir el Arca Santa del Testamento, y la Ciudad Santa de Jerusalén, cuyas misteriosas mensuras hacen un cubo con todas sus dimensiones, y aquel repartimiento proporcional de todas sus partes, tan maravilloso? ¿Cómo, sin arquitectura, el gran Templo de Salomón, donde fué el mismo Dios el Artífice, que dió la disposición y la traza; y el Sabio Rey sólo fué sobrestante, que la eje-

cutó, donde no había basa sin misterio, columna sin símbolo, cornisa sin alusión, arquitrabe sin significado; y así de otras sus partes sin que el más mínimo filete estuviese solo por el servicio y cumplimiento del arte sino simbolizando cosas mayores? ¿Cómo, sin grande conocimiento de reglas y partes de que consta la historia, se entenderán los libros historiales? ¿Aquellas recapitulaciones en que muchas veces se pospone en la narración lo que en el hecho sucedió primero? ¿Cómo sin grande noticia de ambos derechos podrán entenderse los libros legales? ¿Cómo sin grande erudición tantas cosas de historias profanas, de que hace mención la Sagrada Escritura?" Y así continúa en extensas páginas haciendo su defensa con el arma invulnerable de sus vastos conocimientos, adquiridos en devotas excursiones por los más variados campos de las ciencias y las artes. Pero luego que hubo afirmado así, en manera tan alta y valiente, la independencia de su espíritu y la claridad y firmeza de su temperamento, quiso demostrar cómo su amor a la sabiduría humana no había empañado el cristal de su devoción divina; cómo, a pesar de haber sido un espíritu abierto a toda luz y a toda voz, no había olvidado el silencio y la penumbra del recogimiento; cómo, a pesar de haber bebido en las fuentes que la humanidad podía ofrecer a sus labios, reservó lo más ardiente de su sed para abrevarla en los manantiales que brotan en la serena altura, a la que tan sólo nos pueden llevar las amplias alas que desplegara San Juan de la Cruz cuando escuchó la música de su infinita trascendencia. Desprendióse de todos los libros y los instrumentos músicos y matemáticos; y cuando se hubo quedado sola en la desolación de su celda conventual, extinguida toda luz de profano pensamiento, arrojó su alma del mundo y dióse a flagelar despiadadamente su cuerpo, en un férvido anhelo de penitencia. El dolor de su carne martirizada fué la llama en que quemó las glorias del mundo. Cilicios y disciplinas robáronle su juventud, hasta que, debilitadas sus fuerzas, una enfermedad le trajo la muerte.

El culteranismo en América

NO ME HE DE EXTRAVIAR EN LA BUSCA DE LAS más remotas fuentes del culteranismo. Sólo debo decir que no fué un acontecimiento estético proveniente del capricho o la genialidad de un hombre. Este movimiento literario fué de índole europea; y así, tanto los eufuistas (1) en Inglaterra como los marinistas (2) en Italia o los preciosistas en Francia, todos simultáneamente se esmeraron por arrancar nuevas resonancias al viejo metal del propio idioma. En España, Góngora fué el manantial donde bebieron los escritores americanos del siglo XVII y aun del XVIII. La poesía española había logrado su más alta excelencia en la obra de los místicos. Nunca llegará la inspiración a ese acendramiento que hiciera de la obra de fray Luis de León y de San Juan de la Cruz la música espiritual más honda que hubiera brotado en alma de poeta español. Pero bien sabemos que en toda literatura, un siglo de oro es a la vez demostración de grandeza intelectual y anuncio de próxima decadencia. Era, pues, perfectamente histórico que después de haber cantado a la *Noche serena* se escribieran *Las Soledades* o el *Polifemo*. No hay por qué indignarse contra el culteranismo, puesto que, a pesar de todo, trajo sus grandes beneficios a la literatura; y eso es lo que importa porque es lo único que queda.

Los que le atacaron sin fundamento y los que sin fundamento le defendieron, sólo han dejado páginas que podrán atraer la curiosidad erudita, pero que nunca servirán de base para orientar un criterio estético.

Muy poca substancia crítica puede extraerse de las objeciones de Valencia o Cascales, de Quevedo, Lope de Vega o Faría y Sousa. Acaso de todos los que atacaron el culteranismo, fué don Juan de Jáuregui, representante de la escuela sevillana, el que lo hizo con más fundamento y agudeza. En su *Discurso poético* (3)

(1) Discípulos de John Lily, literato afamado del siglo XVI, cuya obra principal se titula: *Euphuus, the Anatomy of wit*.

(2) Véase la obra de Lucien-Paul Thomas, *Góngora et le gongorisme considérés dans leurs rapports avec le marinisme*, París, 1911.

(3) Véanse los fragmentos que de él se transcriben en el tomo III de las *Ideas estéticas en España*, de Menéndez y Pelayo.

tan florido en la forma como donoso en el concepto, trae observaciones que son toques de luz en aquella polémica obscurecida por las pasiones. En cambio, las páginas de defensa, como las que escribieron don Francisco del Villar y don Martín de Angulo y Pulgar, sólo demuestran lo contrario de lo que se propusieron, cuando intentan una interpretación apologética de lo más enmarañado en la obra de Góngora. Para hallar una palabra serena al respecto, uno de esos juicios que nos presentan claramente los verdaderos valores, es necesario llegar hasta la época moderna.

Menéndez y Pelayo, en el tomo tercero de *Las ideas estéticas en España*, nos dice que Góngora, “pobre de ideas y riquísimo de imágenes, busca el triunfo de los elementos más exteriores de la forma poética, y comenzando por vestirla de insuperable lozanía, e inundarla de luz, acaba por recargarla de follaje y por abrumarla de tinieblas”. En estas palabras están resumidos los dos aspectos que presenta la obra de Góngora: el admirable paisajista, el elegante y flúido poeta de los sonetos y romances, y luego el inextricable autor del *Polifemo* y *Las soledades* (1).

Pero para desventura de las letras fué este último el que apasionó a los escritores de su época y el que mayor influencia tuvo en las letras hispanoamericanas. Ello se debe a que, en las batallas literarias, el resultado es siempre una paradoja: los derrotados son los que triunfan. Y así sucedió con el culteranismo: en cuanto lo atacaron formó escuela, y aún fué causa de que naciera el conceptismo, que al fin y al cabo es un culteranismo al revés.

En lo que se refiere a la influencia de Góngora en América, no se ha hecho todavía el estudio completo. Ligeras noticias tenemos al respecto por medio de historias literarias o antologías. De

(1) Con posterioridad, el escritor mexicano don Alfonso Reyes, uno de los que con mayor elegancia manejan actualmente la lengua de Gracián y de Quevedo, se ha ocupado de Góngora y el gongorismo en las siguientes oportunidades: *Sobre la estética de Góngora*, en *Cuestiones estéticas*, París, 1910; *Revue Hispanique*, Cuestiones gongorinas: *Sobre el texto de las lecciones solemnes de Pellicer*, París, 1918; *Revista de filología española: Góngora y La gloria de Niquea*, Madrid, 1915; *Contribuciones a la bibliografía de Góngora* (en colaboración con Martín Luis Guzmán y Enrique Diez Canedo), 1916-1917; *Reseña de estudios gongorinos (1913-1918)*, 1918; *Los textos de Góngora: Corrupciones y alteraciones*, 1916; *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid: Cuestiones gongorinas: *Pellicer en las cartas de sus contemporáneos*, 1919.

ellas podemos inferir que se prolongó hasta muy entrado el siglo XVIII. En el Perú introduce la manera gongórica don Juan de Ayllón; luego tiene cultores distinguidos como don Adriano de Alecio, autor de *El Angélico*, poema en que se relata la vida de Santo Tomás de Aquino. Pero quien la impone de una manera definitiva es don Juan de Espinosa Medrano, el *Lunarejo*, hombre culto en letras clásicas que escribió el libro titulado *Apologético en favor de don Luis de Góngora, Príncipe de los poetas lyricos de España, contra Manuel de Faria y Sousa, cavallero portugués*.

La obra fué editada en Lima en 1662 (1), y acaso sea la única que en defensa de Góngora se ha escrito en América.

La misma orientación descubrimos en algunos miembros de la Academia de Castell-dos-Rius, como el Conde de la Granja, autor del poema *Vida de Santa Rosa* (1712). A mediados del siglo XVIII, don Pedro Peralta Barnuevo aún mantiene encendida la brasa culterana. Autor del poema heroico *Lima fundada o Conquista del Perú* (1732), y obligado poeta en todos los festejos, su influencia se hizo poderosa, y numerosos versificadores de la época siguieron sus huellas. Acaso fuera el último de ellos el español Esteban de Terralla y Landa (2), que escribió, entre otras obras, el *Lamento métrico general, Llanto funesto y gemido triste que a el sensible y nunca bien sentido doloroso ocaso de Nuestro Señor Augusto Católico Monarca el Señor Don Carlos III (que en paz descanse), Rey de España y Emperador de las Indias...* (1789).

En Colombia fueron escasos los fervorosos del culteranismo. Son dignos de mencionarse los nombres de don Hernando Domínguez Camargo, autor de un *Poema heroico a San Ignacio de Loyola* (1666), y que según Antonio Gómez Restrepo “dió quince y raya a los más tenebrosos versificadores” (3), y luego don Fran-

(1) Menéndez y Pelayo afirma equivocadamente que fué editada en 1694; así lo demuestra don Luis Alberto Sánchez en su interesante obra *Historia de la literatura peruana*, I, *Los poetas de la colonia*, Lima, 1921.

(2) Este autor es el mismo que, con el seudónimo de Simón Ayanque, escribió el curioso libro en verso *Lima por dentro y fuera*, del que se hicieron ediciones en Cádiz, Madrid, México, Lima y París. Poseo un ejemplar de esta última, ilustrada con dibujos de Merino e impresa por la casa Mezin, en 1854.

(3) Antonio Gómez Restrepo, *La literatura colombiana*, en *Revue hispanique*, tomo XLIII, París, 1918.

cisco Alvarez de Velasco y Zorrilla, de quien dice Menéndez y Pelayo haber examinado, en la Biblioteca Nacional de Madrid, un voluminoso tomo coleccionado, entre cuyos papeles se encuentran composiciones de "extravagante estructura". Resulta interesante ver en la nómina de dichas composiciones que ocho de ellas, junto con un folleto de setenta y cinco páginas, se refieren a Sor Juana Inés de la Cruz (1).

Don Jacinto de Evia representa en el Ecuador la misma escuela. Publicó en Madrid, en 1675, un *Ramillete de varias flores poéticas y cultivadas en los primeros abríles de sus años*. Casi un siglo después de Evia, en la época en que don José Orozco levantaba a gran altura la poesía ecuatoriana con su poema épico *La conquista de Menorca*, el padre Juan Bautista Aguirre pugnaba aún por hacer revivir en su tierra la última llama del gongorismo (2).

En el resto de América el culteranismo se extiende menos. Lo vemos en Bolivia, a mediados del siglo xvii, en algunos pasajes de la *Crónica moralizada* del padre Francisco Antonio de la Calancha; en Venezuela tuvo varios adeptos al finalizar el siglo xviii, y, por fin, entre nosotros, Luis José de Tejeda es también un representante típico, a pesar de que don Enrique Martínez Paz diga "que andaríamos, tal vez, con más acierto si fuéramos a buscar la filiación literaria del poeta en la escuela sevillana, más oriental que clásica, alrededor del divino Herrera (3)": no es menester un estudio minucioso para demostrar lo contrario de esta afirmación (4). Por otra parte, no se comprueba la procedencia literaria de un escritor sorprendiendo en su obra el injerto de uno que

(1) Véase Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, tomo II, página 24 (nota), Madrid, 1913.

(2) Véase Juan León Mera, *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana, desde su época más remota hasta nuestros días*, 2.^a edición, Barcelona, 1893.

(3) *Coronas líricas, prosa y verso* por Luis José de Tejeda. Precedida de una noticia histórica y crítica por Enrique Martínez Paz, y anotada por Pablo Cabrera, Córdoba, 1917.

(4) Afirman el gongorismo de Tejeda don Ricardo Rojas (*La literatura argentina*, t. II, Buenos Aires, 1918) y don Jorge Max Rohde (*Las ideas estéticas en la literatura argentina*, t. I, Buenos Aires, 1921).

otro verso perteneciente al autor de quien se quiere demostrar que procede. Góngora representa en la poesía española una manera especial de expresión; y en la obra de Tejada encontramos esa manera de expresión, aunque bastante mitigada. No nos interesa saber si Tejada había leído o no a Góngora; nos basta saber que escribió en una época en que las letras españolas estaban impregnadas de culteranismo y toda su obra se templó, por lo tanto, al estridente diapasón de la época.

El culteranismo en México: La poesía de Sor Juana

AL DECIR DE UN CRITICO INSIGNE, EN EL SIGLO XVII, México continuaba siendo “la metrópoli literaria del mundo americano”. La sombra del ocaso envolvía la gran figura de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, escritor ilustre que en el teatro se levanta a la altura de Tirso y de Calderón, y que las letras españolas reclamaron para sí como hijo de su lengua y de su espíritu, pero que la pluma de Pedro Henríquez Ureña nos devuelve como el hijo que sólo fué a España a labrar el oro que le ofrendó la América (1). El gran dramaturgo iba tornándose en figura del pasado, su voz apenas se oía, cuando se abrió el espíritu de Sor Juana a las brisas poéticas de su tiempo. La Décima Musa, como se la ha llamado, despertó, pues, en medio de la música ensordecedora de los gongóricos que volcaban a torrentes la copiosa desarmonía de sus poemas. Era numerosa la cantidad de versificadores en cuyas manos había muerto el encanto de la sencillez y con ella la cálida y evocadora fuerza de la inspiración. Entre los que representan algún valor poético está el jesuíta Matías de Bocanegra, cuya *Canción alegórica a un desengaño* (2) se salva por la elegancia fácil del verso y el sentido suavemente religioso que la envuelve. Don Carlos de Sigüenza y Góngora, hombre, para su tiempo, de gran sabiduría en matemáticas, filosofía

(1) Pedro Henríquez Ureña, *Don Juan Ruiz de Alarcón*, 2ª. ed., Habana, 1915.

(2) Don Francisco Pimentel (*Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México, desde la conquista hasta nuestros días*, México, 1885) transcribe íntegramente esta composición, haciendo de ella un análisis demasiado minucioso, hasta detenerse en pormenores indignos de una crítica elevada.

e historia, pero frío y de mal gusto en materia poética, escribió un poema sacro-histórico que llamó *Primavera indiana*, otro en elogio de San Francisco Javier y muchas poesías sagradas (1.). Si como prosista y hombre de ciencias nos merece el mayor respeto, en cambio como poeta su lectura es imposible por la dureza impenetrable del verso. Fray Juan de Valencia escribió una *Teresiada*, poema en latín acerca de Santa Teresa; se compone de trescientos cincuenta dísticos retrógrados o anacíclicos, es decir, que lo mismo pueden leerse según están escritos, como al revés: labor que para afrontarla y llevarla a cabo requiere, a más de una paciencia espesa y larga, una absoluta falta de sentido poético. La historia literaria nos enseña que el artificio y la oquedad son frutos que tan sólo maduran en el árbol de la decadencia. La manera gongórica, que, especialmente con el maestro que le diera nombre y vida, contribuyó a dar movimiento y color al pesado y descolorido verso castellano, cuando penetra en la Nueva España se torna en el más enredado y obscuro galimatías. He aquí los títulos de dos libros del bachiller Pedro Muñoz de Castro: *Exaltación magnífica de la betlemítica rosa de la mejor americana Jericó y acción gratulatoria por su plausible plantación dichosa*. Otro: *Ecos de las cóncavas grutas del Monte Carmelo y resonantes balidos tristes de las Raqueles ovejas del aprisco de Elías Carmelitano*. Si esta era la leyenda del portal, es de imaginarse lo molesto que fuera un viaje a través de las páginas interiores, atur-

(1) A pesar de haber publicado varias obras, no fueron impresas todas las que escribió, según él mismo lo manifiesta: "Si hubiera quien costeara en la Nueva España las impresiones (como lo ha hecho ahora el Convento Real de Jesús María) no hay duda sino que sacara yo a luz diferentes obras, a cuya composición me ha estimulado el sumo amor que a mi Patria tengo, y en que se pudieran hallar singularísimas noticias, no siendo la menos estimable deducir la serie y cosas de los Chichimecas, que hoy llamamos Mexicanos, desde poco después del diluvio hasta los tiempos presentes, y esto no con menos prueba que con demostraciones innegables por matemáticas: Cosas son estas, y otras sus semejantes, que requieren mucho volumen, y así probablemente morirán conmigo (pues jamás tendré con que poder imprimirlo por mi gran pobreza)". (*Parayso Occidental, plantado y cultivado por la liberal benéfica mano de los muy Católicos, y poderosos Reyes de España Nuestros Señores en su magnífico Real Convento de Jesús María de México: de cuya fundación, y progresos, y de las prodigiosas maravillas y virtudes, con que exhalando olor suave de perfección, florecieron en su clausura la V. M. Marina de la Cruz, y otras ejemplarísimas Religiosas da noticia en este volumen D. Carlos de Sigüenza y Góngora Presbítero Mexicano. México, 1684*).

dido por la música de ese lenguaje embrollado y detonante (1).

La figura de Sor Juana se destaca como un oasis en la desolación literaria de su tiempo. Escritores como el padre Feijoo y don Juan Nicasio Gallego reconocen en ella un gran espíritu, pero le niegan talento poético. Ello se debe a la falta de hondo sentido estético en ambos autores (2). Fué menester que hablara la voz de Menéndez y Pelayo para que las gentes de letras se dieran a gustar las bellezas ocultas en los versos de la *Inundación castálida*. La simpatía de Sor Juana por Góngora llega no sólo a citar varias veces en sus libros, sino hasta imitarle de la manera como lo hizo en su *Sueño*. En alguna ocasión le llama el “Apolo andaluz”, poniendo en ello cierto respeto y predilección estética. Luego, en gran parte de sus composiciones, se advierte esa frialdad y aspereza que caracterizan la manera culterana. Pueden observarse claramente las huellas que dejó la garra del maestro, entre otras, en aquella composición que comienza así:

Oigan el eco horrisono
De mis acentos bélicos
Desde el confín antártico
Hasta el opuesto término.

También el espíritu de Góngora inspiró el *Néptuno alegóri-*

(1) Sobre las últimas manifestaciones del culteranismo en México, todavía a principios del siglo XIX v la *Antología del Centenario*, de Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, México, 1910, págs. VII a XIV, XLII, 662, 860, 866, 889, 967, 970 y 982.

(2) También con respecto a las poesías de Sor Juana, como en el caso ya citado de Bocanegra, don Francisco Pimentel se detiene a censurar los pequeños defectos, haciendo así una crítica que carece de valor fundamental. Mucho más exacto es el juicio que emitiera don Marcos Arróniz en su *Manual de biografía mejicana o galería de hombres célebres de Méjico* (París, 1857), a pesar de tratarse de dos o tres párrafos al final de un bosquejo biográfico. Don Leopoldo Augusto de Cueto, en su *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII* (Madrid, 1893), considera a la “famosa monja de México como uno de los más visibles ejemplos del estrago que en el siglo XVII llegó a causar la moda insensata de los alambicamientos de frase y de idea, y de las antítesis y metáforas exuberantes y ridículas” (t. I, pág. 17).

co (1), cuya *espesa* erudición mitológica hacen insoportable su lectura. Pero donde por ser fiel a la escuela llegó al máximo de la aberración del gusto, fué en el ya citado *Sueño* (2), sonora y enredada columna de versos, cuyo valor poético puede apreciarse a través de los siguientes con que comienza:

Piramidal, funesta, de la tierra
Nacida sombra, al Cielo encaminada,
De vanos obeliscos punta altiva,
Escalar pretendiendo las Estrellas;
Si bien, sus luces bellas
Essempas siempre, siempre rutilantes,
La tenebrosa guerra
Que con negros vapores se intimaba.
La vaporosa sombra fugitiva,
Burlaban, tan distantes...

La bondad de Amado Nervo llegó hasta el deseo de elogiar esta composición, pero como posiblemente le faltaron argumentos para ello lo hizo con palabras del "discreto" Padre Juan Navarro Vélez, el cual, queriendo destacar una virtud, manifiesta que "es tal este *Sueño*, que ha menester ingenio bien despierto quien hubiere de descifrarle (3)". Ello demuestra la existencia en dicha composición de una obscuridad retórica a la que sólo pueden penetrar cierta suerte de iniciados en los misterios del retrué-

(1) Neptuno Alegórico, Océano de colores, Simulacro Político, que erigió la muy Esclarecida, Sacra, y Augusta Iglesia Metropolitana de México, en las lucidas Alegóricas Ideas de un Arco Triunfal, que consagró obsequiosa, y dedicó amante a la feliz entrada del Excelentísimo señor Don Thomas Antonio Lorenço Manuel de la Cerda Manrique de Lara Enríquez Afan de Ribera Portocarrero y Cárdenas, Conde de Paredes, Marqués de la Laguna, de la Orden y Cavallería de Alcántara, Comendador de la Moraleja, del Consejo y Cámara de Indias, y Junta de Guerra, Virrey, Gobernador, y Capitán General de la Nueva España y Presidente de la Real Audiencia, que en ella reside, etc. Que hizo la Madre Juana Inés de la Cruz Religiosa del Convento de San Jerónimo de esta Ciudad. (*Poemas de la única poetisa americana, musa décima, Sor Juana Inés de la Cruz*, tomo I de las Obras, Madrid, 1714, pág. 273).

(2) "Primero Sueño, que así intituló, y compuso la Madre Juana Inés de la Cruz imitando a Góngora" (Obras, t. II, 17 pág. 171).

(3) Amado Nervo, *Juana de Asbaje* (Contribución al centenario de la independencia de México), Madrid, 1910, pág. 74.

cano. Pero si bien Sor Juana se olvidó por un momento de ser “grande con la expresión sencilla” (1), y se dejó llevar por la encrepada musa de *Las soledades*, en cambio, para el resto de su obra, muchas fueron las enseñanzas provechosas que recogió en el altísimo poeta de los sonetos y romances.

A pesar de su estado religioso y de haber buscado en el dolor de la penitencia la escala celeste de purificación, no hallamos en sus versos la fisonomía espiritual de un temperamento místico. El misticismo requiere un amor tan alto y tan puro, y a la vez un calor sagrado tan hondo, que la personalidad humana se levanta sobre el mundo en un férvido anhelo de posesión divina. Es una especie de sabiduría celestial purificada en el fuego del fervor. “Donde la imaginación y el sentimiento predominan, la reflexión dormita”, ha dicho Rousselot (2) refiriéndose al temperamento de los místicos. Y precisamente lo contrario sucede en la obra de Sor Juana. En la mayor parte de sus composiciones sagradas puede advertirse la labor de un espíritu que gusta más detenerse en la curiosidad de un retruécano que penetrar en la hondura del amor divino. Indudablemente que no todo en el misticismo ha de ser contemplación angelical. Puede florecer en un espíritu sereno como el de San Juan de la Cruz, o en un temperamento luchador como el de Raimundo Lulio, implacable enemigo del averroísmo. Al uno, su fervor lo llevará a escribir el *Cántico espiritual*; y al otro, a emprender una cruzada contra el islamismo o a escribir el *Cántico del amigo y del amado*. Pero a ambos la misma luz les iluminó el sendero y la misma llama les ardió en el corazón. En cambio a Sor Juana, a causa de la frivolidad de la vida colonial, le faltó acendramiento de espíritu para poner en sus estrofas esa inquietud que nos levanta en pos de una remota trascendencia. En sus *Letras sagradas* no se advierte el calor de una fe hondamente sentida; todo en ellas es juego de palabras y afán de cautivar al lector con la ondulación cambiante de su temperamen-

(1) Antonio de Capmany y Montpalau, *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, tomo III, Madrid, 1787. Palabras que se refieren a fray Luis de Granada.

(2) Paul Rousselot, *Los místicos españoles*. Traducción de Pedro Umbert, Barcelona, 1907.

to ingenioso. No tuvo la aptitud musical como Fray Luis de León, o la sencillez enjundiosa como Santa Teresa, para expresar el fervor trascendental. Acaso pudo haberlo hecho en sus últimos años, pero entonces prefirió callar su fervor para entregarse al martirio silencioso. Fué así un ave armoniosa en la tierra, a quien le faltaron alas para llevar hasta el cielo las canciones. Sus más ardientes versos han sido consagrados al amor humano. La raíz de esta pasión es un misterio que nadie ha osado penetrar, acaso porque sea más grata al oído la canción que se ignora de donde viene. Pero ahí están los sonetos, las liras y los romances, encendidos por una llama que arde en dolores de ausencia y desesperanza. Pienso que a pesar de lo mucho que dicen esos versos acaso sea más lo que callan. Así, por ejemplo, quién sabe lo que oculta aquella décima que dice:

El Page os dirá discreto.
cómo luego que leí
vuestro secreto rompí
por no romper el secreto.

I aun hize más, os prometo;
los fragmentos, sin desdén,
del papel, tragué también:
que secretos que venero,
aun en pedazos, no quiero
que fuera del pecho estén (1).

Algo debió suceder en el corazón de la joven en aquellos días de la fastuosa corte virreinal, cuando ataviada con sedas de Holanda o de China, inteligente y bella, encendiera recuestas galantes en labios de nobles españoles. Veamos un soneto que puede darnos la pauta para penetrar en el fondo sentimental de sus quejellas:

(1) *Poemas*, tomo I de las Obras, pág. 180, Madrid 1714.

Cuando mi error y tu vileza veo,
contemplo, Silvio, de mi amor errado
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.

A mi misma memoria apenas creo
que pudiese caber en mi cuidado
la última línea de lo despreciado,
el término final de un mal empleo.

Yo bien quisiera, cuando llego a verte,
viendo mi infame amor, poder negarlo;
mas luego la razón justa me advierte
que sólo se remedia en publicarlo;
porque del gran delito de quererte
sólo es bastante pena confesarlo (1).

Acaso no fuera difícil, aguzando un poco la imaginación y extrayendo minuciosamente el valor de las palabras, llegar a entrever la tragedia misteriosa que desde hace más de tres siglos guardan estos versos. Pero no queremos con nuestras plantas hollar tan sagrado recinto. Sólo interesa como fuente de un amor que no se olvida, y que con el pasar del tiempo va desde el calor de la pasión hasta la tibieza de la añoranza. Ella había dicho en este soneto “en que satisface un recelo con la retórica del llanto”:

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba.

Y amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía;
pues entre el llanto que el dolor vertía
el corazón deshecho destilaba.

(1) *Obras*, tomo I, página 202.

Baste ya de rigores, mi bien, baste,
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste
con sombras necias, con indicios vanos;
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos (1).

Pero he aquí que llega un día en que la despedida se hace menester, y entonces, en un encendido romance, canta el dolor de la ausencia:

Ya que para despedirme,
dulce, idolatrado dueño,
ni me da licencia el llanto,
ni me da lugar el tiempo:

Háblente los tristes rasgos,
entre lastimosos ecos,
de mi triste pluma, nunca
con más justa causa negros.

Y aun esta te hablara torpe
con las lágrimas que vierto;
porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego...

Acuérdate, señor mío,
de tus nobles juramentos,
y lo que juró tu boca
no lo desmientan tus hechos.

Y adiós, que con el ahogo
que me embarga los alientos
ni sé ya lo que te digo,
ni lo que te escribo leo (2).

(1) Sor Juana Inés de la Cruz, *Poesías escogidas*. Selección y prólogo de Manuel Toussaint, edición *Cultura*, México, 1916, pág. 32.

(2) *Obras poéticas*, tomo II de las *Obras*, Madrid, 1715, pág. 267.

La pasión es fuerte y se manifiesta en forma desembozada. Para que se advierta la vibración clara del espíritu, en vez de diluirla en metro amplio, nos presenta la emoción esencial como estereotipada en la escueta desnudez del octosílabo. Pero la vida se antepone, y es necesario reducir todo el placer del amor al recuerdo impreciso del amado. Y así, es un eco de su última voz amorosa, una música de su desesperanza, este bellísimo soneto. “que contiene una fantasía contenta de amor decente”:

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero
¿para qué me enamoras lisonjero,
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho,
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía (1).

Estos endecasílabos, fuertes y elegantes, reflejan un espíritu ágil para modelar el pensamiento y aprisionarlo entre las líneas firmes de la forma. La primera impresión que dejan los versos de Sor Juana es la de que estamos frente a un temperamento cerebral. Pero no es así: ello se debe al lenguaje de la época, un tanto indócil a los medios tonos de la emoción delicada. Es necesario el oído alerta y la atención cordial para llegar hasta el rumor de las profundas corrientes que llevan los secretos de un corazón atormentado.

(1) *Obras poéticas*, tomo II de las *Obras*, página 206.

En los *Autos sacramentales*, especialmente en el *Divino Narciso*, se encuentran sus canciones más bellas. Desnudas de todo ropaje amanerado, nos hablan con sencillez y elevación de las cosas del alma y del mundo, como si el devoto numen hubiera prestado alas más serenas a su inspiración.

Recojamos algunas estrofas de dicho *Auto*:

Pregunta a tus mayores
los beneficios míos;
los abundantes ríos,
los pastos y verdores
en que te apacentaron mis amores.
En un campo de abrojos,
en tierra no habitada
te hallé sola, arriesgada
del lobo a ser despojos,
y te guardé cual niña de mis ojos.
Trájetete a la verdura
del más ameno prado,
donde te ha apacentado
de la miel la dulzura,
y aceite, que manó de peña dura.
Del trigo generoso
la médula escogida
te sustentó la vida,
hecho manjar sabroso,
y el licor de las uvas generoso (1).

También pertenece a la misma obra un pasaje en el que se encuentran las estrofas más delicadas y más hondamente líricas de Sor Juana. Su extensión me impide transcribirlas, pero puede apreciarse su valor a través de esta estrofa:

Decidme donde está el que mi alma adora,
o en qué parte apacienta sus corderos,

(1) Fragmento transcrito en *Poesías escogidas*, México, 1916.

o hacia dónde a la hora
meridiana descansan sus luceros,
para que yo empiece a andar vagando
por los rediles que le voy buscando (1).

El encanto del *Cantar de los Cantares* pasa a los versos de esta composición. Ya no es la voz de Góngora la que gobierna su ritmo; hay una armonía más honda y más serena, hay más suavidad y más ternura, como si en las praderas de Garcilaso vagara una nota desprendida de las estrofas de Fray Luis de León. Pero pronto había de callar esa voz que recogió las bellezas del mundo para cantarlas. Una onda de fervor religioso le inundó el espíritu apagando toda llama de amor a los encantos de la vida. Desprendióse, como ya dije, de todo aquello que podía llevarla al contacto con las cosas terrenales, y se aprestó a inmolar su alma en las aras divinas. El éxtasis, la sed de Dios, se tornaron en el único objeto de su vida, y, como Santa Teresa, comenzó a morir de no morir. Fuerte debió ser la lucha consigo misma para redimirse de toda humanidad, y, desoyendo las halagadoras voces del placer perecedero, sumergirse en la hondura inmanente donde la devoción se acendra hasta identificar al hombre con la eterna bienaventuranza. Ella misma refiere esa lucha:

La virtud y la costumbre
En el corazón pelean;
Y el corazón agoniza,
En tanto que lidian ellas.
Y aunque es la virtud tan fuerte,
Temo que tal vez la venganzan;
Que es muy grande la costumbre,
Y está la virtud muy tierna (2).

Pero poco de su fervor religioso nos ha dejado en sus estrofas. Hallamos alguna nota serena con delicados matices de amor

(1) Véase Amado Nervo, *Juana de Austria*, página 212.

(2) *Fama y obras posthumas*, tomo III de las *Obras*, Madrid, 1714, pág. 243.

divino en los *Villancicos* del tomo primero. Pero siempre aparece a flor de verso el espíritu claro y ligero que escribe para el mundo: bien sabía ella que la escuchaba con atención el oído de su tiempo. Por eso es difícil oír en sus composiciones esa honda melodía que fluye con la delicadeza sencilla de lo que se da sin saber que se da, como la “callada música” de los grandes místicos. No olvida la opulenta púrpura culterana ni aún cuando ha de entrar en el templo.

Comienza así un *Villancico* en honor de María Santísima:

A la que triunfante
bella Emperatriz
huella de los aires
la región feliz.

A la que ilumina
su vago confín,
de arreboles de oro,
nácar y carmín (1).

Más adelante recojo estas otras estrofas escritas también “en honor de María Santísima Madre de Dios, en su Assumpción Triunfante”:

A llantos repetidos
entre los troncos secos,
ecos, ecos,
dan a nuestros gemidos,
por llorosa respuesta,
el monte, el llano, el bosque, la floresta.
Si las lumbres atenta
hacia el suelo volvieras;
vieras, vieras
qué triste se lamenta
con ansia lastimosa

(1) *Poemas*, tomo I, página 240.

el pájaro, el cristal, el pez, la rosa.
Mas con ardor divino,
ya rompiendo las nubes
subes, subes,
y en solio cristalino
besan tus plantas bellas
el Cielo, el Sol, la Luna, las estrellas (1).

Tomo estos ejemplos entre las composiciones que me han parecido menos amaneradas. Pero, asimismo, fácilmente se observa que la preocupación por el atavío amengua un tanto la espontaneidad del calor sagrado. De ahí resulta que la mayor parte de su obra es el reflejo, o bien de la frivolidad social del medio en que vivió, o bien de la decadencia literaria de su época. Sólo en sus últimos años, a partir de la carta de Sor Filotea de la Cruz, la invade un fervido misticismo, cuyos secretos guarda el enrojecido cáñamo disciplinante que mordiera sus carnes.

1923.

(1) *Poemas*, tomo I, página 247.—Sobre las ediciones de obras de la poetisa, v. la minuciosa *Bibliografía de Sor Juana Inés de la Cruz*, de Pedro Henríquez Ureña, en la *Revue Hispanique*, 1917.

A M A D O N E R V O

VENID EN BUSCA MIA, AMIGOS, CUANDO EL PESO de la vida os parezca demasiado pesado; y la prosperidad derramará sobre vosotros sus flores brillantes y sus frutas de oro, y nos adelantaremos todos juntos hacia un nuevo día; así la felicidad acompañará nuestra vida y nuestro viaje...

Esto decía el poeta germano, de ojos azules como las ondas del Rhin, en una mañana blanca de neblina, cuando escuchara sobre los campos de Weimar la voz divina que le decía en su acento inefable: conócete a ti mismo y vivirás en paz con el mundo. Honda sentencia, que los espirituales vientos al avanzar por la ancha ruta de los siglos, trajeron entre sus flotantes pliegues, arrancada al templo de Apolo en Delfos, donde la esculpiera acaso el dorado estilo de un poeta gnómico; honda sentencia que fuera el plinto de la clara filosofía socrática, y que San Agustín, profundizando más, la transformara diciendo: NOVERIM ME, NOVERIM TE; honda sentencia que en las vírgenes tierras de América ha encontrado un cáliz fragante que le brindara asilo, y ser así la inefable ventura de los espíritus que en él libaren la dorada miel de la sabiduría y de la belleza. Y ese cáliz fragante es el alma serena y

profunda de Amado Nervo. El escuchó también esa sentencia, honda en la sabiduría del decir antiguo; se asomó entonces al borde de su alma, contempló la propia inmensidad, y ante la excelsa revelación volvió a la vida, hecha flor en sus labios la frase helénica. Y ese fué el día, según el oculto numen de sus versos, en que empezó a vivir en paz con el mundo. Hizo de la vida un sendero de luz, por eso siempre sonrío: sonrío cuando el oculto destino le brinda su gloria, sonrío cuando turba sus pasos la mala-ventura. Y así lo envuelva la epifanía auroral o las sombras del conticinio, su corazón, como un ánfora bendita, se levanta para abreviar la sed de todo caminante.

En ningún instante de la vida deja de ofrendar a los hombres su ambrosía celestial; y con la prodigalidad y magnificencia de las rosas, impregna todos los espíritus con la delicada fragancia de su serenidad augusta. El posee la llave secreta que sirve para penetrar en el misterio de las cosas; por eso desde el fondo de sus versos, cuando en el silencio pensativo de las noches se abren como una flor ante la frente inclinada, parece fluir una onda de eternidad que trae el murmullo de mundos lejanos, y que al alejarse deja en la mente la estela impalpable de una sugestión divina. Es que Amado Nervo, al leer el *Gnothi Seautón* de la inscripción antigua, se volvió a sí mismo y descubrió la gota de Dios que todos llevamos en el alma. De ahí que flote sobre la transparencia de su verso un halo sedante de beatitud, ya sea cuando canta la armonía multiforme del agua o cuando reza la oración del amor, ya sea cuando asciende a la inmensa soledad del mundo o cuando dialoga con Kempis, el asceta que lo tornara triste al decirle que los hombres “pasan como las naves, como las nubes, como las sombras...”

Poeta del alma clara, levanta en cada canto su corazón florido, y como los andantes romeros, va por las sendas del mundo derramando, en su bondadoso peregrinar, la simiente idealista del amor y la belleza. Por eso Amado Nervo puede decirnos también como el poeta de la blanca mañana en los campos de Weimar: venid en busca mía, amigos, cuando el peso de la vida os parezca demasiado pesado. Y cuando vayamos hacia él, nos dirá en voz

baja muchas cosas buenas que serán también muchas cosas sabias. Por ejemplo, dejará caer en nuestro corazón esta hermosa fruta del árbol de su pensamiento: “siempre que haya un hueco en tu vida llénalo de amor”. Flor de cordialidad y de optimismo que todos los hombres deberían grabar con iniciales de oro en el campo de gules de su blasón espiritual.

Este aforismo amable y humilde como una violeta, lleva en sí la esencia más pura del corazón humano, y marca la ruta de paz en este mundo de malandanzas.

Si hubiera más amor entre los hombres, cada vida sería como una sonrisa en el tiempo, como una estrella en la noche. No habría las almas duras como las rocas, ni las almas enfermas, ni las almas frías y malvadas como un puñal de acero. Habría en cambio más optimismo y más bondad, y la claridad de los espíritus inundaría el mundo, y el ámbito inmenso vibraría en la diaphanidad divina de la belleza pura. . . . “Ama como puedas, ama todo lo que puedas. . . . pero ama siempre”.

También nos dirá Amado Nervo: “En cuanto caiga la noche enciende tu lámpara” y si de esta manera lo hiciéramos, cuando nos envuelvan las sombras del dolor, cuando avancen sobre nosotros las tinieblas del destino amargo, tendremos luz de resignación, y la sombra se tornará en penumbra, y así, inclinados en el pálido reposo de nuestra melancolía, aguardaremos tranquilos el alba nueva. . . .

Como las que acabamos de ver, muchas serán las rosas evangélicas que el poeta de la suavidad recóndita colocará en el búcaro de nuestro corazón cuando recurramos a él. Fuente de emociones claras y de pensamientos hondos, puede exclamar con Joubert: Yo no soy más que un tronco sonoro, pero quien a mi sombra se sienta y me escucha, se enriquece en prudencia y cordura. . . . Y al repetir el pensamiento hermano, será su voz dulce y lejana porque vendrá “desde la montaña augusta de la Serenidad”.

1919.

GORKI EN EL LIBRO DE CASTIÑEIRAS

MAXIMO GORKI VISTIO EN SU JUVENTUD LA BLUSA del obrero; juventud humilde y laboriosa en la que forjó su heroica personalidad de luchador. Al retorno de las jornadas rudas le quedaban fuerzas aún para inclinar su frente sobre las páginas de los libros. Su vida fué una peregrinación dolorosa, una lucha constante. Cargó sobre sus espaldas la enorme cruz del martirio por el sublime delito de ser romántico y vislumbrar en plena noche, sobre las estepas de su tierra, la aurora de la libertad. Su estampa de león indomable comienza a forjarse desde la niñez. Halla en su infancia un regazo tibio que le alberga, unas manos suaves que le acarician y unos labios dulces que le narran muchos cuentos y le llenan la mente de sueños. Es la abuela de "ojos pensativos" que le brinda de esa manera lo que le faltara en el ambiente frío y desapacible del hogar donde la mano cruel del abuelo fustiga su carne tierna. Luego, fuera del hogar, lejos del amor de la abuela y de la madre, y también del puño bárbaro del abuelo, pasa sus días errante y hambriento. Sólo de vez en cuando en algún círculo de estudiantes humildes o con algún compañero de labor puede hablar de las cosas del espíritu. Cada hora

de su vida era una tragedia. Notaba que en su mente le nacían alas, pero no podía volar porque gravitaba sobre sus hombros el peso de la tierra. Sus ansias férvidas de labrar pensamientos le hacían tomar la pluma, pero la vida miserable se la arrebataba. Prosigue sus andadas cayéndose y levantándose, hasta que consigue dar forma en las páginas del libro, al propio sufrimiento y al de sus hermanos. Y entonces, la fuerza de su pensamiento puesta al servicio de la libertad lo hace un hombre peligroso para la permanencia del despotismo zarista. La tiranía le hunde sus garras sobre el pecho, y ante la persecución despiadada de los sicarios del Zar se ve obligado a huir. Vagabundo siempre, con el alma llena de amarguras y la mente poblada de sueños, iba arrastrando por las rutas del mundo la cadena de su miseria, sufriendo esa libertad maldita de los perros apedreados en todos los caminos. Muchas auroras le vieron ambular, lento y cogitabundo, inclinado sobre la tierra del exilio, y muchos crepúsculos le hallaron con la cabeza entre las manos, forjando pensamientos rebeldes ante la visión de sus hermanos aherrojados por la cadena de la tiranía. Escribió así sus obras inmortales y las arrojó sobre las multitudes esclavizadas, en el olímpico gesto de un sembrador de rebeldías. Un viento revolucionario hincha sus páginas, donde las pasiones se entrechocan y se yerguen como en un tumulto de olas. Su pluma firme y áspera traza los perfiles de sus vagabundos en la forma cruda como los presenta la vida. Gorki deseaba ser “una fuerza social activa” y lo consiguió. El propósito que perseguían sus obras podemos expresarlo con sus propias palabras: “...el fin de la literatura no es otro que el de ayudar al hombre a comprenderse, a despertar su fe en sí mismo y a desarrollar en él su aspiración hacia la verdad. A luchar contra el mal en los hombres, a saber encontrar el bien en ellos, a excitar en sus almas la bondad, la cólera, el valor, y a sacrificarlo todo para que lleguen a ser generosamente fuertes y puedan animar su vida por el espíritu sagrado de la belleza”. Sobre este cauce hizo deslizarse el agua rebelde de su pensamiento. Y después de tanta fatiga, al llegar la hora del reposo, contempla su mirada taciturna el derrumbe de la antigua fortaleza. Y he aquí que el viejo luchador, renunciando a la

vida sosegada, apréstase para la obra constructiva.

TODO ESTO NOS ENSEÑA ALEJANDRO CASTIÑEIRAS en las ciento noventa páginas de su libro, escritas con una hermosa sencillez de estilo. Libro desapasionado y sereno, revela en el autor una acendrada disciplina de espíritu. Cruza por toda la obra un soplo cálido de simpatía que en ningún instante degenera en ditirambo. De ahí que despierte en el lector que se allega a sus páginas una cariñosa admiración por el gran novelista ruso.

1920.

J O R G E M A X R O H D E

HACE TIEMPO QUE CONOCIAMOS A ESTE JOVEN estudioso. Sus dos libros de versos nos lo presentaron como un poeta extraño a nuestro ambiente literario: muy antiguo y muy moderno, habría dicho Rubén. Había en sus versos la serenidad luminosa de fray Luis y la armonía de los cármenes horacianos. Quizá pudo decirsele que pecaba de anacrónico, pero le redimían de tal reproche los pensamientos nuevos que, de acuerdo con el precepto de Chénier, eran la onda emotiva de sus versos antiguos.

El poeta lanzó sus *Cantos* y sus *Nuevos Cantos* al viento de nuestra tierra; pero la voz era desconocida y sólo algún espíritu selecto alcanzó a descubrir la armonía purísima de su acento.

Luego nos brindó el volumen de sus *Estudios literarios*. Ya en él asomó el crítico de mirada serena y limpia prosa que con claro criterio penetra en las páginas de los libros para desentrañar el valor substancial y contemplarlo a la luz de su devoción estética. Los más diversos temas son desarrollados ahí con la seguridad de juicio que se adquiere después de una vasta cultura filosófica y literaria. Y también esta vez nuestros críticos, que tan

pródigos en epítetos lisonjeros suelen ser para con este amigo que es un coplero vulgar o para con aquel otro que es un ramplón folletinista, guardaron silencio.

No vieron ni el valor esencial de la obra que es grande, ni el valor latente, que era la revelación de un alto espíritu promisor de más sazonados frutos. Pero si nuestra crítica permaneció indiferente, no sucedió lo mismo con la extranjera. Armando Donoso en el *Mercurio* de Chile, y Doña Emilia Pardo Bazán en el *A B C* de Madrid, se ocuparon extensamente y con abundante elogio de este joven autor, augurándole un lisonjero porvenir en las letras americanas.

Apenas ha transcurrido un año de que dobláramos aquellas páginas y ya nos sorprende Rohde con un nuevo libro: *Las ideas estéticas en la literatura argentina*. Obra sólida, nacida después de un amplio y sereno estudio de nuestra literatura.

Ha tomado el autor los hombres representativos, puesto que ellos son los que resumen, con todas las virtudes y todos los defectos, la forma y la ideología de las escuelas. Y así, independizándose del método de Taine, que se detiene en el medio ambiente, y del método biográfico de Sainte-Beuve, toma a los hombres que son síntesis de una manera colectiva y extrae de su obra el valor fundamental.

Antes de penetrar en los capítulos de la obra, el autor traza una hermosa semblanza del Renacimiento español en los siglos XVI y XVII. La poesía erudita es cultivada paralelamente a la poesía popular; pero en el siglo XVI los poetas cultos comienzan a escribir romances en metros cortos, que es la manera de trovar de la gente del pueblo. Así llegamos hasta principios del siglo XVIII en que estas dos corrientes estéticas se bifurcan nuevamente para penetrar por distintos cauces en tierras de América. Ya entre nosotros la poesía erudita había tenido un fiel adepto en el culterano don Luis de Tejada, pero la popular florece a fines del siglo XVIII y en el siglo XIX con la poesía gauchesca de Bartolomé Hidalgo y José Hernández.

Luego de esta advertencia, entramos de lleno en la obra. En el siglo XVIII, dos corrientes filosóficas que provienen de Descar-

tes la una y de Bacon la otra, penetran en España e informan sus orientaciones políticas, éticas y estéticas. Del seno de esa ideología nacieron el preceptismo de Luzán y la crítica de Forner. Y siguen la misma senda poetas como Jovellanos, Quintana, los Moratines. El reflejo en el Plata de esta modalidad literaria fué el pseudo-clasicismo de Juan Cruz Varela. Este poeta es el cantor de la época rivadaviana, y resuena en su grandilocuencia el liberalismo que arraigara en los hombres del tiempo de Carlos III. En su poesía un tanto árida e hiperbólica encuéntrase de vez en cuando alguna reminiscencia de Fóscolo y una que otra flor delicada recogida en los vergeles de Horacio y de Virgilio.

Más rica en esencia poética es la generación de los románticos. Nutrido el romanticismo en el concepto kantiano de la belleza, y luego de vibrar con claros timbres en la voz purísima de Schiller, lo recoge Mme. de Staël en el corazón de Weimar para llevarlo a tierras de Francia. Levantóse allí, con renovado vigor, al amparo de filósofos como Cousin y su discípulo Jouffroy, que, recogiendo el concepto de la "finalidad sin fin", proclaman la teoría "del arte por el arte". Chateaubriand, Hugo, Lamartine, Musset, son la pléyade magnífica que al apartarse de la senda clásica, guiados por el nuevo concepto estético, despiertan en el verso resonancias nunca oídas. Esta intensa agitación poética, como era natural, repercutió en las márgenes del Plata. La musa lamartiana anidó en el corazón de Echeverría, la prosa admirable de Chateaubriand agitó el espíritu de Mármol, y Hugo despertó un eco vibrante en la fantasía de Andrade. El prólogo de *Cromwell* llegó a ser la bandera de esta generación que no sólo fué literariamente romántica, sino que llevó también su romanticismo a la acción. Naturalmente que esta tiranía de Francia sobre nuestras letras no debe aceptarse de una manera absoluta. En Mármol v. gr., es muy grande la influencia de Zorrilla, y en todos, no menor es la de Byron. Ricardo Gutiérrez, que fué el último de nuestros románticos, no se entregó a Francia en la manera como lo hicieron sus anteriores. Poeta suavemente cristiano, deshojó en silencio las rosas de su melancolía y de su bondad. No fué un cincelador de la forma, pero su verso, al decir de Rodó, "brotaba de su mente,

alado, ágil, espontáneo, con ímpetu como de lampo de luz que rasga de improviso las sombras”.

Pasando luego a través de la obra de Juan María Gutiérrez, que es el poeta de la transición de Echeverría a Obligado y Guido Spano, entramos en una nueva corriente estética: el neoclasicismo. La poesía de Guido Spano es suave, pulcra, ligera. Hay en ella el encanto de la Grecia vista al través del cristal de Francia. A veces asoma sobre la transparente ondulación de su ritmo, como la sonrisa de Anticlea en el verso de Meleagro, la delicada flor de la ironía. En cambio, don Rafael Obligado recoge “la leyenda lugareña” y los “sentimientos del hogar cristiano”, todo “saturado con el perfume purísimo de la tierra pampeana y de las flores del aire que esmaltan las frondas ribereñas del río de Labardén”. Su obra maestra es el poema *Santos Vega*, por el que cruza, en el sentir de Rohde, “el soplo épico más profundo de la poesía llamada, aunque muy holgadamente, de los gauchescos”.

Por último, tenemos a don Calixto Oyuela, que, armado de selecta educación clásica, “se levanta sobre el horizonte de una triste y estéril generación argentina”. “Poseía cultura estética suficiente para reformar el móvil de su arte” y a pesar de la indiferencia que halló en los hombres de su época, no dejó por ello de labrar sus estrofas con el amor de un artista del Renacimiento. Todo su placer y todo su afán estaba en la realización de su idea de belleza, y no fueron bastante a detener la mano que cincelaba con serenidad segura, ni el desprecio de algunos, ni el ataque de los otros, ni el silencio de los más. Acaso su mayor pecado estuvo en la incomprensión del movimiento modernista, al que le opuso violentas páginas de crítica: pero ello no amengua en lo más mínimo el valor substancial de su obra.

En cuanto a la corriente modernista, Rohde toma cuatro figuras principales, pero no se detiene mayormente en ellas por faltarle aún la perspectiva que le permita apreciarlas con serenidad. Tres de ellos, Estrada, Larreta y Rojas, se salvan del abismo decadente, apartándose de la ruta primera. Estrada toma el camino de Roma; Larreta se refugia en la ciudad de Ávila, “rumorosa de campanas y de oraciones”, y Rojas se introduce en “el país de la

selva". Leopoldo Lugones es el único que continúa alentando la llama de la primera hora. Sólo que hoy su devoción va más hacia Darío que hacia Hugo. Del primero le queda la galantería, la fidelidad simbolista, la savia decadente, todo ello envuelto en una hueca resonancia hugoniana.

HASTA AQUÍ LLEGA LA OBRA DE ROHDE: OBRA primera y única en su género, dentro de nuestras letras. Jamás se había penetrado hasta el fondo de nuestra literatura para descubrir la corriente oculta que la sustentara, para desentrañar la ideología estética que es su savia espiritual. Muchos se han ocupado de ella, unos para negarla, sin mayores fundamentos, otros para defenderla, sin mayores luces. A todos les faltó esa visión penetrante y clara como la de un Menéndez y Pelayo, para quien la literatura universal no tuvo sombras ni misterios. Pero ello tan sólo se adquiere cuando, como en el cantor de Horacio, se ha recogido los inmortales frutos de las grandes culturas. Y esa es la senda firme que ha seguido Rohde. Su maestro es Menéndez, y a fe que la sabiduría del mentor será bien acrisolada en el seguro espiritual de este joven, que también ha sentido sobre su frente el calor sagrado de la eterna lumbre idealista. Los que aún no han llegado a las regiones donde vibra el resplandor de los grandes espíritus "que en el mundo han sido", no podrán comprender su amor por las páginas inmortales de la literatura y le reprocharán su admiración por los clásicos. Esta es una objeción muy común en nuestros críticos de pacotilla que viven esperando los últimos figurines de la literatura. Se cree que clásico es lo viejo, lo que ya no sirve, cuando precisamente es lo que se conserva joven a pesar del tiempo.

En poesía no se puede renegar de Homero, ni en filosofía de Platón. Todos los grandes autores, así cultiven la Literatura, como la Filosofía o la Historia, llega un momento en que son clásicos de la Literatura, la Filosofía o la Historia. Y son clásicos, precisamente, porque son grandes. Y en tratándose de arte, cuando se permanece firme, sobreviviendo al transcurrir de los siglos, es porque se ha labrado la propia estatua con el cincel seguro de

los inmortales. De ahí que cuando se le objete a Rohde su simpatía por los grandes autores de la antigüedad lo tome más bien como un halago que como un reproche. Por otra parte, sus excursiones a la Grecia de Sófocles o a la España de San Juan de la Cruz no le impiden viajar por los senderos crepusculares donde sollozara el alma entristecida de Gutiérrez Nájera. Lo que acontece es que en él no hay prejuicios de escuela y admira la belleza donde quiera que la encuentre. No le cautivan ni le deslumbran las modas literarias, que son el ropaje transitorio con que se cubren los espíritus livianos y veleidosos. Podría exclamar como Sócrates en el diálogo platónico: "dadme la belleza interior", es decir, la belleza perdurable, la que en su onda emotiva trae las eternas fragancias del espíritu, la que surge del fondo de nuestra vida como el manantial que brota en el corazón de la montaña.

Saludemos, pues, en este joven escritor, al noble estudioso que muy pronto será una de las más grandes figuras de las letras hispano-americanas.

1921.

PRESENTIMIENTOS

CON ESTE TITULO, ACABA DE PUBLICAR EL SEÑOR Arturo Marasso, un libro de versos; el más personal y el más vigoroso de cuantos se han publicado de varios años a esta parte.

Bajo los astros, su primer libro, fué el brote augural, que luego comenzó a tallear con *La canción olvidada*, y ahora *Presentimientos* nos muestra ya el esperado tronco de robusta fibra.

Firme armonía, profundidad sentimental: he ahí el divino revestimiento y el corazón divino, con que plasma y alienta el verso, este humilde pulsador del "instrumento olímpico". Tan pronto adquiere la severa armonía del mármol griego, como la melancólica sonoridad de la campana que solemniza el reposo místico del concitino.

Alma grande y buena; nutrida de pensamiento y templada en el dolor. La Biblia le ofrendó las flores silvestres y el vino de sus campiñas; Marco Aurelio le habló de la bondad del mundo; y Rubén Darío, cobijándolo bajo su túnica de oro, le enseñó el camino de las grandes cumbres, donde al pasar los vientos del Helicón le dejaron un rumor de bronces homéricos. Todo ello unido a la ubé-

rrima savia española y quintaesenciado en el cristal de su espíritu moderno, viene a constituir la vigorosa personalidad de este poeta. Por eso su poesía, como síntesis que es de tan selecta substancia, no podía caer, como tantas, en la uniforme y marmórea rigidez lugoniana, ni en la sensiblera declamación de nuestros decadentes. El pensamiento, más grave y más severo, desciende de su mente al corazón, y allí al amparo cordial que le prodiga su amor para con todas las cosas, se impregna de dulzura y surge transformado en sentimiento cálido.

Su estro, exuberante y recio por lo bien nutrido, tan pronto se desborda en cristalina cascada lírica como en honda vibración de bronce; pero siempre, ya se trate de música sonora o de sugestión recóndita, cruza ondulando en su verso un aliento inefable y sombrío: brisa pensativa que trae del silencio un vago rumor de hondo escepticismo.

Recóndita amargura colma su alma al sentirse tan pequeño y transitorio en la inmensidad del mundo y de la vida: "sombra pasajera que cruza el abismo, desde el ayer ignoto al ignoto futuro". Lo martiriza la obsesión perenne del misterio eterno, y por eso, como la espalda del mar, gusta de ser sonoro y trémulo en el silencio impenetrable de la noche. Así como el alma de Darío, tiene para cada dolor, un ruiseñor que canta.

El pesimismo — que en tantos rimadores llega al tono subido del lamento — es en este poeta una flor de resignación y de bondad; y así nos dice suavemente en verso alejandrino, por él tan amado:

Eternidad que duermes en el círculo claro
de la luz compañera de nocturna labor,
tú sabes que mi alma va sola y sin amparo
por tus ásperas cimas de ensueño y de dolor.

Has visto deshojarse mi alma de amargura
y estar sola en tu océano y morir de sed,
de la sed de un halago, de una sed de ternura,
y tú sola le has dicho: floreced, floreced.

Y el corazón que tienes en tus manos rendido
abre su flor extraña de azul inmensidad,
y al quedarse en tu seno sin límites dormido,
comprende en tu silencio tu amor, eternidad.

A pesar que la mayor parte de sus composiciones están impregnadas de ese pesimismo, hay momentos en que el desengaño de la vida se desvanece al conjuro de una sensación plácida, y entonces el alma del poeta, como un sereno fontanar, se deslíe por un cauce de paz y de ventura:

¡ Volver por los senderos que el pino azul orilla,
entre el blando murmurio que en las hojas resuena,
cuando es el mundo todo como un alma sencilla
que hace dulce el recuerdo de sollozante pena!

¡ Volver por tus jardines, oh tarde silenciosa,
cuando el hogar callado con su lumbre me espera,
con las abiertas páginas del libro y la gloriosa
áurea guirnalda de un amor de primavera!

Marasso ama a la naturaleza con el noble amor de un griego, y para reflejarla, hace de su espíritu el espejo de concentración que preconizaba Hugo, cumpliendo a la vez con el precepto de Guyau de que es necesario que nuestra vida se una a la de las cosas, y la de las cosas a la nuestra.

En poemas transparentes, canta a la selva, al “mar de innúmeros murmullos” que decía Homero, y, como hijo que es de la región serraniega, suele erguirse con frecuencia en la firme plasticidad de su verso, la majestad austera de la montaña. Pero cuando habla del mar, de la selva o de la montaña, no lo hace en forma descriptiva, sino en un rasgo sintético y magnífico que envuelve alguna evocación intensa. Marasso no puede ser un poeta pictórico, porque su espíritu potente no le permite detenerse en la superficie de las cosas. Colocado ante un paisaje, prima en él, sobre el color, el sentimiento que le sugiere.

Deposita en cada verso una gota de sangre universal, y esto precisamente es lo que hace de *Presentimientos* un libro vigoroso que vivirá siempre y siempre será joven. Las páginas se doblan al peso de nobles y grandes ideas, como el grávido sarmiento al peso de los racimos. La imaginación amplia y potente del poeta se diluye en el misterio universal para agitarse en la transformación incesante de las cosas, para vivir en la eterna juventud del mundo, y luego, impulsada por un férvido anhelo insaciable, llegar al borde del supremo arcano, y temblar llena de angustia ante las puertas mudas del “no ser”, cuya severidad de Dios permanece impávida a la súplica que le tiende sus brazos ansiando el más allá presentido.

Entonces, el poeta, con el corazón cohibido, se echa a andar nuevamente por las sendas de la vida — que por cierto no son sendas de misericordia — mientras sus labios rezan la oración armoniosa de sus canciones, y su espíritu florece en rosas de amor y de belleza.

1918.

PAISAJES Y ELEGIAS

HACE MUCHO TIEMPO QUE LA GENTE SE HA CONVENCIDO de la ignorancia de ciertos críticos. Hoy nadie cree en la sabiduría del sombrero amplio. Por más que sus palabras sean recogidas en anchas páginas periódicas, no tiene ya el valor que en épocas de menor cultura se les daba. La deshonestidad crítica se vistió de sedz, y como es tela frágil, a poco andar se quedó desnuda. Ya nadie oye lo que dicen las páginas de nuestros grandes diarios, porque en materia de crítica sólo han servido para que cuatro o cinco periodistas superficiales ejerciten sus venganzas y colmen sus intereses creando personalidades absurdas. Esa clase de crítica sólo interesa actualmente a ciertos poetas y novelistas que desean ser leídos en los balnearios aristocráticos o en las alcobas fragantes, que es donde surgen las famas transitorias. El prestigio perdurable no lo han de dar aquellos que doblan fácilmente su pluma para cargar de tinta las líneas de un perfil según los grados de conveniencia o amistad. Hemos llegado a lo que podríamos llamar la prostitución del epíteto. Y así como hay quien lo compra para hacerlo aparecer en la primer página de algún periódico francés, hay quien lo mendiga en la forma más des-

vergonzada. De esa manera sigue la caravana de poetas, novelistas y críticos afanosos por conquistar lauros a trueque de la propia integridad moral, sin advertir que sobre ese pedestal deleznable no se levanta ninguna estatua sólida. Tenemos grandes escritores nuestros que, como no saben extender la mano para pedir o pagar una frase de elogio, yacen poco menos que en el olvido. Es el caso de Angel Estrada, algunas de cuyas obras más importantes jamás fueron comentadas por la crítica argentina. Pero surge cualquier ripioso a lo Belisario Roldán o algún chabacano a lo Martínez Zuviría, y al uno se le dice poco menos de lo que se ha dicho al Alighieri, y al otro algo más de lo que se le ha dicho a Galdós.

Todas estas cosas las he de estudiar con más detención en un análisis que haré de nuestra literatura contemporánea. Ahora me detendré solamente en el libro de Marasso, que es objeto de estas páginas.

Pocas obras tiene la poesía argentina de más alto valor que *Paisajes y Elegías*. Toda la belleza la envuelve: la belleza de la forma perfecta, del idioma puro, de la inspiración elevada, de la natural y suelta sencillez. Posee el autor un gran dominio del idioma y del verso, manejándolos con agilidad y pulcritud de acendrado artista; la mayor parte de nuestros escritores sienten un inexplicable desdén hacia el estudio del idioma, por creer que esa es labor propia de académicos. Pero esa rebeldía para con el decir castizo no es más que un gesto en el que se ampara la pereza intelectual o se escuda la pobreza de ilustración. Marasso, hombre de vastísima cultura, conoce todos los secretos del lenguaje en que escribe, sin que por ello se note, en sus prosas o en sus versos, afectación de purismo ni empalagosa pesadez académica. *Paisajes y Elegías* es de una frescura y sencillez virgilianas, a veces empañada por la inquietud trascendental que vela en el fondo de su espíritu.

Son dos los matices fundamentales que presenta la obra de este poeta: uno nace de la zozobra ante el misterio, y el otro del amor a la naturaleza. Los secretos de la vida, lo ignoto del destino, aguzan su curiosidad interior. Lo martiriza el anhelo de esca-

lar la infinita montaña del pensamiento, para descubrir las fuentes eternas y saciar esa sed metafísica, ese deseo de poseer lo absoluto. De ahí nace en él el dolor de sentirse demasiado humano, el eterno dolor de los hombres pensativos, al que le dice:

El tiempo te ha nutrido, la realidad te viste,
la eternidad te espera, a los dioses entrañas,
eres severo y grande, no lloroso ni triste
¡tú que miraste alzarse y hundirse las montañas!

Entonces se consuela contemplando la eternidad en el fluir silencioso de las horas, y dirigiéndose a la noche le canta así:

Cual la luz de tus astros en las hondas cisternas,
así tu lumbré esparces en mi dolor inerte;
y me das la ambrosía de las horas eternas
en el sonoro pórtico que se abre hacia la muerte.

Y más adelante:

¡Ay, la hora fugitiva no detuvo su vuelo,
y perdióse en el aire la nota del laúd!
Era el fragante Octubre ¡tan puro estaba el cielo
y tan florido el árbol de nuestra juventud!

El pensamiento, reposado y hondo, algo así como un rumor de aguas recónditas, discurre con serena y firme ondulación por los versos de estas estrofas. Hay en ellos la armonía silenciosa de los bronce que suenan a la distancia. Por un instante nos llaman a recogimiento, y sentimos que nos embarga la emoción de una melancolía remota. Su espíritu, sensible a las músicas ignotas, recoge todas las voces que le llegan del mundo, penetra todas las cosas para extraer su belleza íntima y derramarla luego en la corriente emotiva, que con ritmo lento y seguro se desliza a través de sus poemas. Esta manera de descubrir los matices de las cosas le da alguna semejanza con Juan Ramón Jiménez, pero con la di-

ferencia de que el espíritu del poeta español tiene la serenidad de un lago y el de Marasso la inquietud del mar. Ya Roberto Giusti, crítico de probada ecuanimidad y de claro juicio, decía hace tres años en esta misma revista: "Arturo Marasso es uno de los raros poetas que rompe con notas graves y profundas la común frivolidad de nuestra lírica". Y así es, en efecto, puesto que en su alma se acendra la música grandiosa de su montaña nativa. En los libros anteriores predominaba, como consecuencia de su afán por lo absoluto, la amargura ante la vida; debido a ello tachábasele de poeta monocorde. Pero en este nuevo libro, una armonía bucólica se levanta de sus páginas, con el rumor de los manantiales, el canto de las aves y de las cigarras, el susurrar de los álamos y de los pinos y la deleitosa fragancia de los frutos maduros. Refiriéndose a su tierra de provincia, exclama:

Yo te amo, piedra ruda de mi tierra montuosa;
ásperas cuestas, valles, senderos entre espinos;
oh cielo azul, que brillas en la fontana herbosa
y en toda la añoranza de los días divinos.

.....
Como el perenne canto de la cigarra eterna
así en mi alma resuena siempre igual pensamiento:
tu soledosa calma está en mi paz interna,
tu tempestad sonora es mi pensar violento.

Luego, en forma maravillosa por la frescura y el vigor sintético, nos describe una tarde de otoño:

Áureas y negras uvas de copiosos racimos
en vid y olmos brillaban al sol, tarde otoñal;
en hojosos senderos de viñas recogimos
las húmedas violetas de entre el verde hinojal.

.....
Murmuraban del álamo los ramos ya amarillos,
con frutos de miel pálida aun verdeaba el peral,
y entre hojarasca y pámpanos fragantes los membrillos,
en el agua ya oscura mirábase el nogal.

Quedaba en los ramajes algún durazno acaso,
algún rojo durazno de divino sabor;
en el silencio ya hondo del otoñal ocaso,
como una flor abierta daba al viento su olor.

Esta sobriedad en el epíteto, que le da una fuerza antigua al verso, debieran aprenderla nuestros rimadores de prosaicas tonterías o de suspirillos sentimentales. Entre los primeros están los discípulos de Fernández Moreno, que, como sucedió con los de Darío, imitan y hasta plagian los juguetes rítmicos del maestro; y entre los segundos, se encuentra especialmente Pedro Miguel Obligado, que, a pesar de poseer cualidades de poeta, no llegará a ninguna parte si pierde el tiempo en cuidar su fama y se obstina en volar con “alas de sombra”. Marasso, sin imitar a nadie ni comprometer la lengua de los críticos, ha vivido heroicamente una soledad reconcentrada y estudiosa. Para él no tienen secretos las grandes páginas de la literatura universal. Muchas noches le vieron, solo, “con el texto griego y el cristal empañado” o con “la pluma minuciosa que los poemas labra” escribiendo estrofas dulcemente horacianas, como las siguientes:

Dichoso aquel que vive en mansión heredada,
oye cantar los tordos que escuchó cuando niño;
ve llegar los inviernos entre lluvia y nevada
y siente el mismo acento de familiar cariño.

.....
Feliz aquél que vive en mansión heredada
con fontanares y árboles al pie de una colina,
y del Otoño lánguido en la tarde nublada
ve rodar por los campos la lluvia y la neblina.

Al leer esto, uno recuerda con regocijo los versos del *Beatus ille*... o los esbeltos y donosos de *La Comedieta de Ponza* que comienza así:

Benditos aquellos que con el açada
Sustentan su vida e viven contentos.

Posee Marasso la virtud de acrisolar en su espíritu todas las músicas y los colores de la naturaleza para reflejarlos en sus composiciones, impregnadas de un inefable temblor emocional. Veamos algunos fragmentos:

Se arraciman de púrpura y nieve las corolas,
en manzanos y acacias hay flores, hiedras, nidos;
y entre un oleaje rojo de abiertas amapolas
lleva el viento el enjambre de pétalos caídos.

... ..

El agua está florida de azul y verdes ramas,
es el azul del cielo en donde el agua está,
son los verdeantes árboles y amarillas retamas
y un pájaro que vuela y una nube que va...

... ..

Silba el tordo en los álamos y ríe la mañana,
el alma se hace triste cual si fuera a llorar,
y en acordada música ramajes y fontana
y pájaros y flores se ponen a cantar.

Otras veces la contemplación del paisaje le despierta armonías interiores, recuerdos de instantes felices o desventurados de la vida y entonces surge la comparación del objeto exterior con el momento subjetivo:

Entre muerta hojarasca del bosque en la otoñada
mi pie, ya tardo, huella los herbosos senderos;
mi corazón es selva también ya deshojada
en el áureo tumulto de los años ligeros.

Quiero terminar estas notas citando algunas estrofas de la última composición del libro, titulado *Dime canción*. El poeta lanza en ella su voz a lo futuro, y, con el estremecimiento propio del que avanza en el misterio, interroga a la canción aun no soñada y que algún día florecerá en sus labios:

Canción no adivinada o presentida,
como una novia tocarás mi puerta;
te ungiré con el óleo de mi vida,
serás en mi dolor profunda y cierta.

.... .

¿Qué me dirás a mí, cuando callada
llenes de pronto toda el alma mía;
y te quedes en mi hombro reclinada
y esparzas en mi oído tu armonía?

¡Porque te amo, canción! Nuestro cariño
brotó en la tarde azul de la montaña;
la noche hablóme al corazón de niño,
díjome el mundo su palabra extraña...

¡Cuán viejo es nuestro amor; y aún esconde
tanto misterio en tu mirar arcano;
cada hora nuevo amor en ti responde;
la eternidad me ofreces en tu mano!

Siempre mi amor solícito te busca,
débil o audaz en tu pasión confía,
y cuando el mundo el corazón me ofusca,
siempre te encuentra y siempre tú eres mía!

Es esta una de las más bellas composiciones que tiene la poesía argentina; el verso ondula en ella como agua clara, tal es la armonía del ritmo y la limpidez de la forma. Una música serenísima la envuelve, suavizando la inquietud del poeta ante el afán de presentir qué nuevas emociones cantará mañana su canción.

Dejo así ligeramente comentada la nueva obra de Marasso. Ya vendrá una voz más autorizada que la mía a reconocer los altos quilates de su personalidad. Por otra parte, tiene su obra suficiente solidez para resistir al tiempo: no en vano el cielo y la montaña le prestaron su serenidad y su fuerza perdurable.

P A B L O G R O U S S A C

ENTRE LOS ESCRITORES QUE HAN ESCRITO EN nuestro país, es indudablemente don Pablo Groussac el que mejores páginas puede ofrecer a un espíritu de acendrada cultura. Llegado a nuestra tierra en una época en que los postulados económicos traían a la zaga los verdaderos valores de la cultura, incorporó a estos últimos, dándoles un impulso vencedor, su constante trabajo de estudioso y su clara inteligencia de artista. Venía de otro mundo espiritual, de un mundo en que el arte y la ciencia tenían ya profundos manantiales; y a este lugar donde las letras eran por lo general un democrático instrumento de políticos y gacetilleros, traía él su temperamento enriquecido con las resonancias que le dejaran las mejores páginas de Renan. Entró, pues, en medio de nuestra bárbara decadencia, con una orientación segura que, a poco andar, había de abrir cauce más amplio y más hondo a nuestra superficialidad cosmopolita. La historia, aun no bien desprendida de la epopeya, había pasado de las manos pecadoras de López a las honradas pero inseguras de Mitre. Cuando no era la falta de un concepto definido, solía ser la presencia de un falso concepto el que guiaba la pluma de los historiadores. O bien, y

esto sucedía con frecuencia, los rencores políticos o de familia, aun encendidos, inspiraban páginas donde la fuerza de la pasión llenaba el vacío de la verdad. Fué en ese momento de nuestra vida intelectual cuando Groussac, con nuevos conceptos, y adoptando una posición crítica con respecto a los historiadores clásicos del Plata, señaló rumbos que habían de ser venturosos para la historiografía argentina.

Pero su personalidad, abierta a todas las inquietudes del espíritu humano, no podía vivir tan sólo en el ambiente espeso de la erudición.

El abolengo de su cultura lo redimía de esa atrofia del buen gusto. Y a menudo, entre el reposado analizar de los documentos, vemos florecer sus lecturas en alguna cita de Horacio o de Virgilio. Los jóvenes y talentosos historiadores de la nueva escuela no le perdonan este pecado de hiper-erudición; pero me parece que hay en ello un exceso de fidelidad a las normas geométricas de Bernheim. . . La historia para historiadores es una ciencia egoísta, carece de valor humano. Es necesario animar los hechos, desenrañar la vida que llevan en sí y de la que no está ausente por cierto la belleza. La relación escueta de los sucesos no es toda la verdad histórica; hay que buscar en ellos el alma del hombre, que es donde moran las fuerzas creadoras de la vida. Es verdad que los historiadores de la nueva escuela tienen de su parte la ciencia histórica; pero yo creo que hay también un arte de la historia, y en este caso, a la ingratitud de la ciencia para con Groussac, ha de suplir con ventaja la fidelidad del arte. A la luz de nuevas investigaciones podrá discutirse el valor científico de su obra, pero siempre quedará aquello que escapa a la solidez relativa de los documentos: el valor perdurable de la belleza.

Acaso su pluma, a veces un tanto volteriana, se haya convertido con demasiada frecuencia en dardo enherbolado; con lo cual abrió muchas heridas que indudablemente no le fueron perdonadas. Pero juzgando con un criterio sano de todo prejuicio localista, debemos confesar que aquella garra implacable, en esta tierra donde más de un político se creyó historiador o literato, si desgarró una fama, fué para salvar un concepto. Con la misma se-

verdad analiza la obra de Avellaneda como la de Darío, la de Goyena como la de Lugones. Y, sin embargo, Darío confiesa haber aprendido en Groussac normas esenciales de su cultura. Yo he encontrado miel en la boca del león, declara. Y así fué: en la prosa de Groussac descubrió el gran poeta la transparencia del cristal de Francia; y acaso Lugones no olvidará, tampoco, los sabrosos consejos que le diera en aquel admirable medallón de *La Biblioteca*. De acuerdo con todo lo dicho, podemos afirmar que nuestra historia y nuestra literatura, como el Telémaco de la epopeya, tuvieron en Groussac la mente guiadora de un Mentor.

Ahora acaba de reunir en un volumen cinco novelas cortas que intitula *Relatos Argentinos* y que ya fueron publicadas anteriormente en diversas revistas o periódicos. Son cortos vuelos de la fantasía, realizados a hurto del historiógrafo. Aunque no está en esta obra el escritor de sus mejores páginas, se mantiene a la altura de su prestigio. No podemos perdonarle esa fingida modestia de comenzar diciendo al lector que estas páginas han sido escritas en un "cuasi castellano". Ya quisiera esa multitud de descoloridos escritores, más empeñados en requebrar a la fama que en adquirir cultura, escribir en la prosa limpia de estos relatos. Como pocos, conoce el señor Groussac nuestra lengua, y a ello se debe el haber podido arrancarle los secretos de su armonía.

En todas las páginas de sus obras resalta ese afán por mantener la elegancia de la forma que es propio de la aristocracia mental. Tener en la pluma aquel dón exquisito de la gracia, que decía Rodó, significa en el escritor un descubrimiento de los ocultos matices que guardan la armonía de las palabras y de los pensamientos. Entre nosotros, Larreta y Groussac son los escritores que poseen, de una manera más natural y perfecta, ese sentido del ritmo, ese andar ondulado de la frase, que es como la gracia escultural del estilo.

1923.

J U L I O N O É

EL SEÑOR JULIO NOE, JUNTAMENTE CON ROBERTO F. Giusti y Alvaro Melián Lafinur, es sin duda alguna de los mejores críticos argentinos que tiene nuestra literatura contemporánea. Posee la cultura acendrada y el gusto certero como para penetrar resueltamente en una obra y extraer o negar los valores de su esencia. Raras veces la crítica ha desempeñado entre nosotros una función estética; ha sido más bien una ligera labor periodística o una página circunstancial inspirada por afectos personales. La crítica erudita fué iniciada magistralmente en el terreno de la historia por Paul Groussac, quien tampoco olvidó en ello los valores estéticos, pues no en vano pertenece por su sangre y su cultura a la estirpe de los Renan y de los Taine. Pero en cuanto a la crítica literaria, podemos afirmar rotundamente que, a pesar de los Gutiérrez, los Goyena, los Cané, no han tenido las letras argentinas un maestro de esos ante cuyos ojos no hay senderos oscuros, porque han dilatado sus pupilas en la contemplación de todos los panoramas de la cultura universal. Y es lógico que así sucediera en un país casi sin tradición cultural como lo es el nuestro. No acontece lo mismo en otras naciones de América,

como México, por ejemplo, donde ya en el siglo xvii había florecido una cultura superior. Todas las corrientes clásicas del espíritu reposaron allí, y en ellas se nutrieron hombres que habían de ser más tarde doctos humanistas. En cambio la tradición intelectual nuestra, a más de ser muy reciente, carece de unidad. Son manifestaciones aisladas y personales de espíritus que vivieron culturalmente fuera del país y a merced de la última novedad bibliográfica.

Hasta nuestra mejor poesía, inspirada en los motivos del terruño, fué escrita por hombres como Hernández o como Obligado, fervorosos lectores de la más selecta producción europea, siendo el primero algo así como el Ossian de la tradición gauchesca. No hubo, pues, ni un hondo arraigo en las cosas nuestras, ni una sólida asimilación de los valores universales que perduran en las profundas corrientes humanistas. De ese modo la producción argentina fué siempre débil y tornadiza, y con esas fibras mal nutridas se ha formado este tronco raquítico de nuestra cultura. No podía, por consiguiente, prosperar en terreno tan deleznable una manifestación tan alta del espíritu como lo es la crítica literaria, que requiere raigambre sólida para poder florecer y fructificar. No basta haber leído libros de versos para hacer crítica sobre poesía, ni con leer novelas se es crítico de novelas. Se confunde a menudo la visión impresionista de una obra, para lo cual no se requiere más que un poco de soltura en la mano, con la crítica en sí, que exige un conocimiento amplio de todos los valores estéticos, para desentrañar con criterio firme el oro de buena ley. Así, cuando Menéndez y Pelayo entraba en una obra, con la potente luz que le daba su cultura universal, desvanecía todas las sombras para que el espectador tuviera la visión nítida de los más leves matices. Nuestra tradición cultural no puede concebir todavía un crítico de esa especie. Sin embargo, los tres jóvenes nombrados, a los que puede agregarse Jorge Max Rohde como el primer historiador de las ideas estéticas en la literatura argentina, son espíritus selectos que llevan hacia lo futuro un tesoro de posibilidades. En cuanto a Lafinur, no nos atreveríamos a decir hasta dónde llegará, puesto que no sabemos hasta cuando seguirá descansando

sobre la gloria de sus laureles prematuros; Rohde y Giusti, a juzgar por su laboriosidad, nos dan motivo para esperar todo lo bueno que pueden producir sus talentos; y finalmente Julio Noé, con su reciente libro, nos ha demostrado lo que podrán ser las obras que anuncia, siempre que no se desvíe hacia otras actividades del pensamiento.

Nuestra Literatura, según el autor, son “crónicas de lecturas, notaciones marginales, divagaciones de un lector que transige en escribir”. En verdad hay mucho de ello en el libro, pero también hay algo más. Sigamos a través de las páginas, y al final veremos cómo supera la propia manifestación. Se inicia comentando un libro de viajes por Europa, Africa y América, de Sarmiento. Ahí vemos al gran luchador que se lanza a un continente viejo, a países cargados de experiencias históricas, con el objeto de recoger enseñanzas que habían de servirle para ser sembradas en esta tierra joven, donde las ansias de prosperar agitaban ya las lides del trabajo. El crítico lo sigue a través de Francia, de España, de los Estados Unidos, deteniéndose para resumir y comentar con certeza las impresiones rudamente plasmadas por el gran educador. Finalmente concreta su juicio del modo siguiente: “Pudo así componer su libro de viajes con los más distintos elementos: recuerdos de lecturas y observaciones personales, estadísticas y emociones estéticas, pormenores íntimos y pensamientos sociales, todo en el barroco dinamismo que es característica de su obra total”. No puede decirse más de la obra de Sarmiento, ese párrafo la sintetiza y la comenta definitivamente.

El trabajo sobre Angel de Estrada es, sin duda, el mejor del libro. La personalidad de este escritor tenía que ser grata al espíritu finamente culto de Noé; y en efecto, en dichas páginas el autor de *Redención* aparece perfilado con amor y delicadeza de artista. Comienza diciendo que “Estrada siente el contento de ver, de acariciar con su mirada las líneas armoniosas, las formas puras, los colores” como que a la manera de Gautier practica la “crítica plástica”. Pero otras veces, después de recorrer casas ilustres, tumbas de grandes hombres, catedrales, monumentos, “sus historias, sus sueños, dejan sobre nuestros sentidos una leve caricia que

pudo ser de aire, de seda o de humo". Y esa es la impresión total que la obra de Estrada trasmite. Su espíritu, de una armoniosa aristocracia, está, también, como el de Juan de Monfort, "cargado de historia, de fábula, de poesía, eco vibrante del sonido, del color y de la forma; insomne viajador a través de los siglos, es arpa colgada en el olivo griego o en el laurel del Lacio, y en el sauce hebreo como en la encina gala". Pero como dice muy bien Noé, "el arte griego lo ha subyugado como ninguno, aunque lo fuera como a un italiano del Renacimiento: cristiano a pesar de todo". De ahí la elegancia de su temperamento, a la vez devoto de su religión y enamorado de la vida, que llega a conciliar dos posiciones al parecer antinómicas, cuando define su estética diciendo: "Mis ojos son paganos, porque aman la hermosura; mi alma cristiana, porque adora la verdad". Dando Noé un ritmo claro y seguro a su prosa, evoca algunos personajes de las novelas de Estrada, como Juan de Monfort y Carlos Ikreen. Nos confiesa, luego, su simpatía por esos espíritus refinados que "han leído todos los libros y visto todos los cuadros", y que pasan por la vida "cargados de pensamientos, de ensueños, de memorias" sin poder realizar en el mundo los anhelos que llevan en el alma. Y por fin destaca con nitidez ese afán de Estrada por alcanzar la suprema expresión de las ideas dentro de los más perfectos contornos de la forma; ese afán que al no poder apresar lo imposible, le hace decir: "Lo necesario sería usar una lengua, instrumento tan fino que diese, por ejemplo, la impresión de un rayo de sol perfumándose en una rosa".

El "espíritu delicado" de Juan Agustín García le inspira a Noé párrafos cordiales y comprensivos. Bien sabe que el autor de *La ciudad indiana* discurre amablemente a través de la vida colonial, si no con mucha ciencia, al menos con ingenio fácil y prosa ligera. (De pasada llama a Ingenieros "historiador inteligentísimo de las ideas argentinas". No aceptamos el superlativo. En su oportunidad diremos cuál es la palabra que debe reemplazarlo). También opone palabras irrefutables al escéptico que se lamenta de nuestra incultura, demostrándole que el país nunca tuvo una producción intelectual ni más profusa ni más valiosa que la de hoy.

Los reparos que luego opone a *El solar de la raza* de Gálvez son verdaderamente inobjetables, sobre todo cuando se refieren a la capacidad religiosa de nuestro pueblo. Nunca nuestro catolicismo podrá ser el austero catolicismo español. Somos un alma sensual y nos agrada dispersarnos en la sensación cambiante de la vida exterior. Tampoco el criterio estético que expone Gálvez en dicha obra puede aceptarlo totalmente nuestra sensibilidad moderna. Por ello concluye muy bien Noé diciendo que el libro no es más que una bella realización literaria.

Las páginas dedicadas a Cancela y a Gache son sin duda las mejores que se han escrito sobre estos dos jóvenes humoristas. Finalmente la poesía filosófica de Benjamín Taborga, la poesía "pura y honrada" de Rafael Obligado, el alma helénica de Achával, sugieren a Noé inteligentes comentarios escritos con armoniosa galanura de estilo. Todo ello es la demostración de que *Nuestra Literatura* es algo más que simples "crónicas de lecturas, notaciones marginales, divagaciones de un lector que transige en escribir". Se trata de una obra bellamente escrita, y reveladora de un fuerte y acendrado temperamento crítico.

1923.

LEOPOLDO LUGONES

DON LEOPOLDO LUGONES HA DADO RECIENTEMENTE tres conferencias, haciendo profesión de fe en ellas de una ideología similar a la de Benito Mussolini, el gran histrión de la actual política italiana.

Antes de que nuestro poeta asumiera esta actitud, eran ya de todos conocidas las bellas metáforas con que más de una vez intentara justificar sus frecuentes inconsecuencias en el campo de la acción y del pensamiento.

Siempre le ha sobrado potencia imaginativa y riqueza verbal para cubrir con atavíos suntuosos las miserias interiores. Pero nunca había llegado, como lo ha hecho ahora, a proclamar desembozadamente las excelencias de lo que fustigara durante toda su vida por considerarlo una rémora en la conciencia de los pueblos. El hombre avanzado de ayer, aparece de antuvión levantando una bandera reaccionaria y ridícula, como pudo hacerlo cualquier ganadero elemental del Jockey Club o cualquier pintoresco militar de tierra adentro.

Lo grave del caso no es el hecho en sí mismo, ni tampoco las inmediatas consecuencias sociales que pudiera tener; lo grave está en la triste lección de inmoralidad que de ello trasciende y

que la juventud está acostumbrada a recibir con demasiada frecuencia de nuestros intelectuales. Son muchos los que como el señor Lugones, después de haber hecho abundante gala de rebeldía, terminan por humillarse desvergonzadamente al primer requiebro de las fuerzas reaccionarias. Esa falta de carácter para sustraerse a la influencia de halagadoras posiciones sociales que antes combatieron, o esa falta de pudor para proclamar las propias traiciones y flaquezas, es lo repudiable porque denuncia la falta de una ética en la vida esencial de nuestros hombres. Felizmente la juventud del país está hasta cierto punto acostumbrada a que sus maestros, cuando llegan a cierta altura de la vida, prefieran, a la atención cordial de sus discípulos, la admiración estúpida de unos cuantos señores tan privilegiados de la fortuna como desheredados del talento. Por ello no nos sorprende que el señor Lugones haya preferido el público opulento y sibarita del Coliseo a la muchedumbre consciente de los salones universitarios. Esas tres conferencias, con su sonoro estrépito de hipérboles y de metáforas, han señalado el derrumbe de una personalidad en la conciencia de la juventud. El grotesco señor Carlés ha conseguido en cambio engrosar las filas de su comparsa. Don Leopoldo Lugones, junto con aquellos coroneles carnavalescos que describiera en algún poema, se paseará por las calles de Buenos Aires, empavesada la solapa de su saco con una muy argentina floración de moños y escarapelas. Luego, en horas de holgorio patriótico, incitará a las huestes armadas de la *Agrupación* al exterminio del extranjero peligroso que se cree con derecho a expresar sus ideas. Y cuando la sangre derramada sea suficiente como para saciar la sed de los cancerberos de la patria, retornarán a sus hogares cantando jubilosamente:

Oíd, mortales, el grito sagrado:
Libertad, Libertad, Libertad.

1923.

IMPRESIONES
Y FANTASIAS

BAJO LOS PLATANOS DE ACADEMO

BENDIGO A DIOS PORQUE ME HA DADO UN CO-razón sereno, porque me ha hecho un hombre apacible y claro. El hombre rudo de espíritu que alienta grandes pasiones, que lleva un mar convulsionado en su pecho, no podrá nunca vivir la vida en toda su plenitud de belleza. Porque es menester que haya oro de sol en el alma, que haya azul de cielo en el alma, que haya pájaros y que haya flores en el alma, es decir: toda la diaphanidad armoniosa y fragante de una mañana primaveral, para que los hombres puedan elevar las manos juntas en esta santa religión del vivir. Cuando se ha adquirido esta claridad juvenil y optimista, el hombre empieza a florecer como las plantas y a prodigar su aroma espiritual en la onda de todos los vientos. Ama todas las cosas, porque cada cosa le brinda su encanto; y así van a la vida a beber el amor y la belleza, con la simplicidad feliz, con la ansiedad dichosa del gañán que va al hontanar a beber en el hueco de la mano, o del pájaro que sumerge el pico en el hilo plateado de la fuente. Todo le brinda su armonía porque ha aprendido a recibirla. Tanto amó la placidez de la sonrisa, que hasta el mundo le sonrío: le sonrío en la flor que se da sin espinas, en el

agua que canta, en las frondas que refrescan, que abrigan y que cantan, en las aves que son como las cuerdas musicales de los paisajes, en la mano afectuosa que es como el heraldo cordial del corazón, en la mujer que es ánfora de los sentimientos puros y de los sentimientos bellos, que supo ser Virgen María y Venus de Milo, que fué llena de gracia y llena de armonía, en la mujer que es bienaventurada porque espera, porque sufre y porque perdona...

Y así andando por el mundo, y el mundo sonriendo, el hombre de corazón sereno no ha menester de Templarios para llegar a la Jerusalén que soñó, pues lo orienta y lo afirma en su ruta la más alta sabiduría que adquirió en la comprensión de la vida, en el hallazgo de la veta divina que oculta cada cosa: hilo de oro que le dió la clave de la armonía universal, sombra mística que nos sugiere el sentido de las cosas.

Cuando ha adquirido la aptitud de intuir este sentido de las cosas, comienza el hombre a esparcir fragancia de amor. Tiene ya en su mente la luz eterna, la luz de redención que disipa toda sombra, maravillosa chispa que apresó el pensamiento en su serena elevación hacia la nada, donde, como Goethe, halló el gran todo.

Por eso, tanto cuando se inclina su frente para descubrir la escondida miel que puso el poeta en el tronco de un verso, como cuando se levanta para extenderse en la amplitud de un cielo estrellado, comienza a sentir una misteriosa atracción de infinito, apenas su vista se posa sobre un objeto, siente una secreta voz que le dice: más allá, entonces surge hacia afuera la mirada interior, y se abre la inmensidad como un abismo.

De ahí que para llegar a comprender — y por ende para llegar a amar — la belleza de la armonía universal, es menester que vivamos el encanto de la vida sencilla, que brindemos nuestra alma a las cosas humildes y al parecer sin trascendencia. Atañederas a esto mismo, dicen una hermosa verdad las palabras de Ortega y Gasset, cuando proclaman que “la intuición de los valores superiores fecunda nuestro contacto con los mínimos, y el amor hacia lo próximo y menudo da en nuestros pechos realidad y eficacia a lo sublime. Para quien lo pequeño no es nada, no es grande lo grande”.

El que no percibe la armonía de una nota cuya vibración se prolonga hasta desvanecerse en el silencio, incapaz será también de vislumbrar el alma que danza, como un velo invisible, en los acordes de una sinfonía. La comprensión de lo simple nos dará una pauta para comprender lo excelso.

Bien podían, pues, hablar de Dios, aquellos angelicales labios del seráfico Santo de Asís, cuando habían aprendido a decir: Hermano lobo...

1919.

C R E P U S C U L O S

I

En el campo

SUEÑA LA TARDE EN MI CORAZON. EL CREPUSCU-
lo con sus dilatados velos de sombra, sus canciones perdi-
das que vienen de los caminos lejanos, los labriegos que retornan
de las eras para sentarse junto a la lumbre hogareña, las aves que
también retornan a los follajes preferidos después del festín en
los rastrojos, han penetrado en mi espíritu como una fresca fra-
gancia de égloga y siento como nunca la belleza infinita de la
hora. La armonía del atardecer se desvanece en la lejana suavi-
dad del silencio. Una inefable serenidad flota sobre el mundo
pensativo. La tierra está fragante y el espíritu se aleja en pos
de una trascendencia ignota o en alas de una añoranza. Evoco
aquellos instantes de la vida que dejaron en mi espíritu una vi-
bración íntima y sagrada: este paisaje cordial, aquella página in-
tensa, ya una melodía cálida o alguna voz preferida; todas las
emociones eternas van pasando lentamente por la apacible sole-
dad de mi alma. Tienen la dulzura de todo lo que ahonda y sua-
viza la distancia, visten los velos grises que a todas las cosas pres-
ta la lejanía. En esta hora recobran las emociones su virgen fra-
gancia espiritual, como a la vuelta de cada primavera las rosas

del jardín olvidado. Los pensamientos se desvanecen en la infinita vaguedad del ensueño, las esperanzas van hacia la vida como palomas blancas que cruzan la inmensidad sin poder alcanzar el horizonte siempre renovado. Hay un encanto místico, una elevación trascendental en la serena placidez de las cosas y del espíritu. Pero en el fondo, bajo el velo silencioso, una férvida inquietud es como la llama eterna y sagrada que renueva el calor de los ideales: temerarios anhelos de cruzar los mares, de escalar las montañas, de remontar los espacios; mares de la vida multiforme y una, montañas infinitas del pensamiento, espacios insondables del alma humana. Toda aventura imposible exalta mi heroísmo... La estrella, que hace rato se ha abierto en el cielo como una rosa de luz, podría ser la morada de mis esperanzas. Bien pueden refugiarse en ese tembloroso corazón de plata las purísimas doncellas de mis ilusiones... La estrella tiembla y el mundo calla... El cielo se está poniendo cada vez más azul y la tierra más sosegada y más sombría. Hacia el oriente, va alejándose por los caminos una dulce canción campesina...

2

En la gran Metrópoli

SOY UN VAGABUNDO INCORREGIBLE, Y PREFIERO para mis andanzas las horas crepusculares. Lentamente pasec mi tristeza pensativa y lejana por los jardines de Palermo. Es una emoción intensa y dolorosa la entrada de la noche en la gran metrópoli, para el que puede contemplarla, como yo en este instante, desde apartado lugar, cabe la dormida plata de un lago sin rumores.

Desde la ciudad, que antójasele lejana y sumergida, llega el vasto y confuso estruendo de su inquietud eterna. Es un ruido prolongado y extraño como el clamor de un mar misterioso... Y la veo, en esta hora, más doliente que nunca, agobiada bajo el peso miserable de la vida; adivino en su entraña la llama devoradora de las pasiones, la fiebre ardiente del vivir terreno, y la siento agitarse en el vórtice mundano, donde chocan y se confunden y se desgarran los ideales vivos, las esperanzas muertas, la gloria, el

dolor, la desventura... La siento así, ardiente y sombría, con la rumorosa inquietud en su entraña, de los hombres que van y de los hombres que vienen, como un férvido torbellino humano que arrastra su carne azotada y vencida por esas nuevas catacumbas del siglo veinte. Parece que la voz de los hombres, inclinados bajo la coyunda del martirio, se elevara en inmenso clamoreo desde el fondo de la Metrópoli tentacular, como en una evocación de Verhaeren, para expandir su ansia de libertad en el infinito silencio del cielo azul. Y mi idealismo me levanta a la serena altura donde moran las esperanzas supremas. Entreveo en lo porvenir a los hombres saliendo de la ciudad en éxodo redimido para lanzarse a la ventura de los campos abiertos: presiento la hora en que el alma enferma de la Metrópoli sonora salga a contemplar los horizontes vastos y a vivir la beatitud del silencio divino...

Llega hasta mí una canción de lejanos bronces que vibra por un momento y luego se desvanece... Por el fondo azul del lago lentamente se desliza una nube gris. Mientras las sombras llegan, voy perdiendo la noción del lugar y del instante, hasta quedarme a solas con mis pensamientos.

Febrero de 1921.

M I N I A T U R A S

I

Al son de la lluvia nocturna

LLUEVE. TURBANDO SUAVEMENTE LA PAZ PROFUNDA del silencio, llegan hasta la soledad del cuarto los sonos pausados de una campana: el reloj de la Universidad canta la media noche con esa honda y lenta tristeza del bronce. Hora de calma sentimental, en que el pensamiento se abstrae en la contemplación de cosas lejanas, y se pierde melancólicamente como un camino en la callada inmensidad de los campos. La dulce monotonía de la llovizna lenta que cae sobre la ciudad dormida hace revivir en la memoria la risueña aurora de los días pretéritos. El solitario estudioso, a la vera de la lámpara fiel, deja de meditar por un instante, pone la mano sobre la frente pensativa, y goza de un inefable encanto al recordar los tiempos del tallecer juvenil...

Todo está envuelto en la calma rumorosa de la noche, y es más honda la quietud del instante en el reposo de las cosas mudas... Sobre la mesa iluminada, los libros predilectos duermen el sueño plácido de los niños, arrullados por la dulce y extraña oración que prolonga la lluvia... Lluve serenamente en la noche tranquila; golpean las gotas en el cristal de la ventana; reposa el espíritu en el silencio suave y un recuerdo sedante impregna de

bondad el corazón... ¡Oh soledad amiga, quién pudiera vivir la vida entera en esta hora tranquila, al arrullo del agua mansa, y abierta en el corazón la rosa de los ensueños cordiales...!

2

Se van las violetas

LAS HUMILDES VIOLETAS, LAS DULCES AMADAS del poeta taciturno, que engalanaran el búcaro de su alcoba en las pensativas horas de los días grises, se van, así, como vinieron, ocultas bajo la hoja de forma de corazón. Silenciosamente se alejan, cuando el reventar de los grávidos brotes, como avanzados heraldos, proclaman la cercana pompa primaveral; cuando reverdecen las ramas y recobran diafanidad los espíritus; cuando los días son más transparentes y es más armonioso y más vibrante el ritmo que impulsa la vida. Silenciosamente se alejan, porque se van también los días neblinosos y las noches frías...

La más buena y angelical de las flores emprende el viaje hacia remotos climas. Será bajo otros cielos, en la soledad de la noche, cuando gima el viento en el ventanal sonoro, la cordial compañera de algún soñador espíritu; quizá al amparo de una mano hacendosa de mujer, el adorno predilecto en la paz doméstica de un hogar sencillo, o tal vez, en las veladas íntimas de alguna mansión aristocrática, entre la armonía del esplendor palatino, el presente gentil de un garrido galán.

Las violetas se van... acaso porque sea más propio de rosas exornar el escotado busto femenino; pero, al abandonar nuestros jardines, como las joviales golondrinas azules, nos dejan tan siquiera el íntimo consuelo del retorno...

3

Vuelven las rosas

BAJO EL ORO SUAVE DEL TIBIO SOL ESTIVAL, las fragantes rosas comienzan a desplegar la policromía de sus gá-

las. Un exuberante renacer de pimpollos antecipa la magnificencia de la cercana fiesta.

Aún estamos en la hora temprana de la estación, y ya la vanguardia del séquito ha engalanado los primeros ramos, y hasta ha habido también algún breve desgranar de pétalos sobre el esmeraldino césped.

Retorna, pues, la pomposa emperadora de las fiestas galantes, amada del poeta madrigalesco. Habrá para ella jarrones de pórvido y arrogantes floreros; lucirá su hermosura en el garboso flanco de alguna dama, o escuchará el ritmo emocionado de algún corazón amante. Reinará a lo largo de las frondosas verjas, será delicado cáliz de armonía al borde de los estanques, y vaso de miel para la abeja dorada, y lecho de seda para la transparente gota de rocío.

Galana pompa habrá donde haya rosas, habrá fragancia y habrá color. Dedos de mujer suavemente rosados, podréis tronchar rosas rojas en la mañana dorada; rosas pálidas en la sedante penumbra crepuscular, y rosas blancas, en la fresca placidez del parque nocturno...

Vuelven las rosas y en torno a ellas jugarán los angelicales niños vestidos de blanco: rosas blancas en los rosales y rosas blancas en el hogar...

4

Los cisnes

SOBRE EL TRANSPARENTE CRISTAL DEL LAGO que cubre el inmenso abismo del cielo, se desliza serenamente el diáfano perfil de un cisne. Las níveas alas pomposas como pétalos, y la curvatura de su cuello, soberbiamente echada hacia atrás, le dan un porte severo y gentil. Con principesca gallardía, la proa triunfante de su pecho va cortando majestuosamente la onda polícroma que tiembla. Y a cada instante, con pausado gesto, desencorva la arrogancia de su cuello para sumergir el rosado pico en el agua.

Así pasa el ave armoniosa, flotante floración de los lagos, haciendo despertar las ondas tímidas que se levantan para escoltar al silencioso remero.

¡Oh cisnes de luminosa blancura bajo el sol, encanto de las aguas azules en los estanques apacibles! Ya os vieron florecer, en pretéritos siglos, las antiguas mitologías; y así fuisteis blancos bridones en el carro aéreo de Apolo Hiperbóreo o divina encarnación de Zeus sobre el rosado vientre de Leda; renacisteis más tarde bajo el cielo germano, esfumados en las brumas del romance legendario, conduciendo la barquilla del caballero Lohengrín; y en los tiempos modernos acrecentasteis el brillo de vuestra estirpe regia, siendo “blanca urna de armonía” en el transparente verso rubeniano.

5

Las frondas

LOS ARBOLES, QUE HASTA AYER PERMANECIERON mudos en la esquelética desnudez de sus ramas, comienzan a revivir con la eclosión exuberante de las hojas. Conjuntamente con el tallecer de los retoños reverdecen las altas copas. Ante la savia nueva que vigoriza las fibras, huye el letargo invernal de los parques y jardines, y renace la vida plena en la primaveral juventud de las plantas. Tórnanse armoniosas las frondas con el canto de los pájaros y el murmullo del viento; bajo la sombra apacible florece la risa jovial de los niños.

Vuelve la vida en la frescura del follaje glauco; los pájaros harán sus nidos y habrá arrullos de tórtolas y sonora vibración de cigarras; será más melodioso el murmullo de las fuentes y habrá más policromía en los paisajes que reflejen las serenas aguas de los lagos...

Ante este férvido renuevo de la naturaleza el espíritu parece que se nutriera de la misma savia que alienta los troncos, y siente que una recóndita energía rejuvenece el corazón y retempla el ánimo. Bienvenidas las espesas frondas que brindan la sombra amiga a los fatigados caminantes.

1919.

AUNQUE LAS PALABRAS N O S S E P A R E N

TENDIDO CON DELICIOSO ABANDONO SOBRE UNA cama egipcia, hacía unos instantes que la pupila estancada de Rubén veía desvanecerse las espirales que formaba el humo de su cigarrillo. En su mano derecha, puesta sobre el pecho, retenía un tomo del Petrarca. Era la rara edición que se hiciera en Basilea en 1581. Uno de sus más grandes placeres consistía en recrear su pensamiento leyendo a los grandes autores en viejas o en lujosas ediciones.

Solía decir con frecuencia, dando a sus palabras una sabrosa lentitud: “A mis labios, cuando la sed los excita, acérquenles el agua, o bien en sensuales cántaros de barro o bien en labrado cristal de baccarat. El agua fresca del cántaro es como un beso de Sulamita, y entre las luces del cristal es como un beso de Salomé”. Por eso sentía un extraño deleite cuando doblaba esas viejas páginas amarillentas que guardan antiguos pensamientos y remotas armonías. Buscaba en ellas músicas dormidas o ideas ocultas, deteniéndose en ocasiones a leer dos y tres veces una página, como quién gusta con fruición hasta el más delicado sabor de un vino añejo. Lo mismo hacía con las ediciones de gran lujo, que solía

abrir con la voluptuosa lentitud de quien abre una flor, aspirando la fragancia que se levanta del papel.

Papeles de Holanda y del Japón, en las más raras ediciones, hacía deslizar entre sus dedos con un prolongado sensualismo de bibliófilo renacentista.

Todo lo que fuera suntuosidad, elegancia, sabiduría, deleitaba su gusto soberano de gran señor. Por ello leía frecuentemente, saturándose de cierta añoranza histórica, la descripción que hace del Generalife Don Andrés Navagero, embajador veneciano ante la Corte de Carlos V. Luego se dilataba su recuerdo a través de los penumbrosos pórticos del tiempo, y le parecía vivir en aquellos señoriales palacios ocultos entre floridas frondas y arrullados por mil rumores de aguas. Espíritu refinado y aventurero, envidió más de una vez la personalidad de Baltasar Castiglione, que tan pronto era militar en las bandas de Ludovico Sforza, como gentil y docto cortesano de la Corte de Guidobaldo de Urbino, donde hacía gala de fino conversador al lado de la duquesa Isabel de Gonzaga y del cardenal Pietro Bembo. Temperamento escéptico por haber conocido ya los secretos del mundo, solía engalanar su palabra y su pensamiento con suaves matices de ironía; de ahí que la paradoja fuera a menudo un arma de dos filos en su dialéctica.

Aquella tarde, leyendo *Il Canzoniere*, aguardaba la visita de Eleonora Porti; hacía un instante que había cerrado el libro y aún continuaba repitiendo mentalmente el último verso que leyera: "quanto piace al mondo é breve sogno".

La ilustre cantante se había enamorado de Rubén, atraída más que todo por el encanto diabólico de su hidalguía displicente de hombre a quien nunca subyugaba la emoción. A Eleonora le sugestionaba la imperturbable serenidad con que aquel esteta veía todas las cosas, analizándolas con la frialdad matemática de su temperamento cerebral. Porque tenía la seguridad de sí mismo usaba la palabra densa y el ademán oportuno; movía el brazo haciendo curvas porque le agradaba la elegancia de la ondulación.

Erguida y dominadora como una emperatriz romana, entró la cantante acostumbrada a manejar desde los más grandes escenarios del mundo el ritmo de los corazones humanos. Sin embar-

go, aquella sala pequeña, en cuyos muros resplandecían las mujeres más maravillosas que eternizara el pincel italiano, le pareció el escenario más vasto y más esquivo de cuantos conociera en su vida. Sus plantas se sintieron inseguras; tuvo la sensación de que en ese instante iniciaba la conquista de lo imposible. Rubén se adelantó halagador y enigmático. Eleonora estrechó su mano aguda y perfecta como un puñal florentino, y la sonrisa acariciadora del hombre le pareció tan dulce y tan remota como la primer estrella de la tarde. Luego paseó la mirada por las paredes cubiertas de cuadros, y refiriéndose a ellos, dijo:

—En medio de esta ronda de mujeres hermosas, ha de vivir usted en un estado de constante indecisión.

—No, al contrario, replicó Rubén; todo ello puede satisfacer mi decisión de cada instante. Hay formas ahí para halagar el gusto cambiante de un espíritu tornadizo.

—Pero alguna de ellas preferirá usted seguramente.

—Sí, de todas ellas prefiero... la que falta.

—¿Y cuál es la que falta?

—La que aún no existe, o mejor dicho, la que no conozco aún.

—¿Y por qué la prefiere usted a las que ya conoce?

—Porque las que ya conozco no tienen secretos para mí; en cambio la otra, la que falta, para un espíritu como el mío, a quien el mundo le ha brindado todo sin ocultarle nada, es un tesoro de posibilidades. Pensando en ella tengo la esperanza de hallar un encanto desconocido.

—¿Así que usted no ha hallado en la vida una mujer digna de ser perpetuada dentro de su espíritu?

—Al contrario, todas lo han sido. Si usted pudiera recorrer las sendas de mis recuerdos, vería cuántas mujeres engalanan las horas más bellas de mi vida. Todas viven dentro de mí; pero a pesar de todo — ya se lo he dicho — ninguna tiene tanto poder de sugestión como la que está en la sombra, como la que viene del misterio. Los hombres ignoran el encanto de los enigmas, no saben que la Gioconda es eterna porque eterno será el misterio de su sonrisa, que no se sabe si está en los labios o está en los ojos.

—Veo que su espíritu es un tanto voluble.

—Acaso tenga usted razón; prefiero la vida errante de los pájaros a la vida inmutable de las piedras.

—Pero es que usted seguramente no se habrá detenido a pensar que los años se van, y que cada uno de ellos le lleva un pedazo de su vida. De modo, pues, que ha de llegar un instante en que el mundo no sea para usted el panorama rico en matices de placer que ve el hombre joven de hoy; y entonces ¡qué desolación más profunda sentirá usted en aquel desamparado crepúsculo de su existencia! Esos recuerdos en los que ahora se solaza, porque puede superarlos, o por lo menos, volver a vivirlos, se acercarán a usted con la fugacidad de los viajeros que llegan a contemplar las ruinas...

—Y yo les brindaré la gloria de mis escombros ilustres,—interrumpió sonriendo Rubén, en momentos que encendía un cigarrillo. Después de un instante de silencio agregó:

—Óigame, Eleonora: hay muchos hombres que prefieren morir en la vida para resucitar en la muerte; yo prefiero la gloria de vivir, al vivir en la gloria. Al fin y al cabo, la vida no es más que una aventura: tiene de ésta lo maravilloso y lo fugitivo. No pretenda, pues, que yo intente resolver problemas cuya solución ha de plantearse en una edad todavía remota para mí. Soy un hombre contradictorio, que de nada duda porque en todo cree. No intento modificar las cosas; acepto la realidad, diversa y múltiple, tal como ella se me brinda, procurando siempre libar en su esencia. Por eso tanto los licores dulces como los amargos me han sido igualmente deliciosos. En la variedad he hallado el constante renacer de mí mismo. El día que mi gusto se estancara, me parece que sería como si el movimiento del mundo se detuviera.

¿Usted se imagina la quietud total de las cosas, el tedio de un mundo sin movimiento? ¡Ah! Eleonora, si eso sucediera alguna vez, en el mismo instante yo me transformaría en Dios, y con una mano gigantesca revolvería las selvas como quien revuelve una cullera, y encerraría el mar en un puño para luego soltarlo en cataratas, y azotaría los vientos para que huyeran aullando por todos los caminos... Pero... en fin, Eleonora, no hablemos más de estas cosas. Yo he nacido para ser distinto a cada instante, para

aspirar a todas las cosas que puedan aspirar los hombres, para rebalsar todos los moldes, para quebrar todas las normas. Soy la paradoja misma y ningún criterio verticalmente sensato podrá apresar-me entre sus redes.

—En verdad, Rubén, es usted incomprensible, dijo Eleonora, poniéndose nerviosamente de pie. Paseó un instante por la sala, y luego dirigiéndose hacia un florero sacó de él una rosa y comenzó a acariciarla. Rubén, que la había observado sin hacer el menor movimiento, dijo con voz lenta y cálida:

—¡Cómo me gustaría ser espina en el tallo de esa rosa!

—¿Y sería usted capaz de herirme?

—La misión de la espina es defender a la rosa...

Eleonora sintió que el alma de aquel hombre se le iba de entre las manos. Se le entregaba promisoramente y fugitiva a la vez; apenas notaba tenerla cerca de sí, cuando ya se le iba desvaneciendo como serpiente de humo. Y cuando advirtió que como tantas otras veces, le sería también ahora imposible apresarla, en un gesto de rabiosa impotencia arrojó la flor diciendo:

—Es usted un espíritu diabólico.

Rubén sin inmutarse, y con un reposado ensañamiento, respondió:

—Así es, como el espíritu de la tentación...

Luego de unos instantes de silencio se levantó sonriendo, y acercándose lentamente a ella, que desde la ventana contemplaba el jardín, le murmuró con suavidad al oído:

—No se enfade, Eleonora; hablemos en voz baja y verá como, aunque las palabras nos separen, los corazones se juntan...

Sobre la *Primavera* de Botticelli, los últimos rayos del sol desvanecían un oro suavísimo. Por la ventana venía la fragancia vitalizadora y sensual que brota de los jardines húmedos a la hora del atardecer.

I N D I C E

<i>Nota biográfica</i>	5
<i>Héctor Ripa Alberdi</i> por Pedro Henríquez Ureña	7

DISCURSOS

El Colegio Novecentista	17
Despedida al maestro	25
Nuevas orientaciones	29
Eugenio D'Ors	35
Por la unión moral de América	39
Porque os amamos profundamente	45
Bienvenida	51
Elogio del doctor Pessolano	55
El banquete	59

CUESTIONES UNIVERSITARIAS

La nueva generación universitaria	65
A los universitarios de la República	69
Los movimientos universitarios de Córdoba y La Plata	73
La reforma universitaria	77

A los estudiantes universitarios de la República...	83
Intenciones	89
Ultima palabra	93

ESTUDIOS Y DISCUSIONES

Al margen del ambiente literario	99
Escolios y evocaciones	105
Encuesta de <i>Nosotros</i>	109
Sor Juana Inés de la Cruz	115
Amado Nervo	139
Gorki en el libro de Castiñeiras	143
Jorge Max Rohde	147
<i>Presentimientos</i>	153
<i>Paisajes y elegías</i>	157
Pablo Groussac	165
Julio Noé	169
Leopoldo Lugones	175

IMPRESIONES Y FANTASIAS

Bajo los plátanos de Academo	179
Crepúsculos	183
Miniaturas	187
Aunque las palabras nos separen	191

I N D I C E

De la presente recopilación en dos volúmenes que el Grupo de Estudiantes Renovación de La Plata ha hecho de la obra de Héctor Ripa Alberdi, se han tirado 450 ejemplares numerados. Este primer tomo se acabó de imprimir en los Talleres Gráficos El Inca, en Buenos Aires, el 31 de Julio de 1925

Tomo I. Ejemplar N. 150